Jorge Majfud

CRISIS DE LAS DEMOCRACIAS LIBERALES

EL DERRUMBE DE LA PAX AMERICANA

PUV
Universitat de València

Jorge Majfud

CRISIS DE LAS DEMOCRACIAS LIBERALES

EL DERRUMBE DE LA PAX AMERICANA

PUV
Universitat de València

CRISIS DE LAS DEMOCRACIAS LIBERALES

EL DERRUMBE DE LA PAX AMERICANA

BIBLIOTECA JAVIER COY D'ESTUDIS NORD-AMERICANS

http://puv.uv.es/biblioteca-javier-coy-destudis-nord-americans.html

DIRECTORA

Carme Manuel

(Universitat de València)

CRISIS DE LAS DEMOCRACIAS LIBERALES

EL DERRUMBE DE LA PAX AMERICANA

Jorge Majfud

PUV
VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Crisis de las democracias Liberales: el derrumbe de la Pax Americana

© Jorge Majfud

Reservados todos los derechos

Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN: 978-84-1118-385-7 (papel)

ISBN: 978-84-1118-386-4 (ePub)

ISBN: 978-84-1118-387-1 (PDF)

Imagen de la cubierta: Sophia de Vera Höltz

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Publicacions de la Universitat de València

http://puv.uv.es

publicacions@uv.es

Edición digital

Índice

Tribalismo libertario

Texas: separación por diferencias culturales

Los nazis de la OTAN

Crisis y civilización Postanglosajona

Carta abierta al embajador de Estados Unidos en Venezuela

La deshumanización de los (inmigrantes) pobres

Bomb, baby, bomb. Rusia, Argentina y México

Ingeniería electoral

Democracias políticas, dictaduras económicas

Democracias de cartón

¿El establishment vota contra el establishment?

Odio, ira, rabia, sexo y elecciones

Bots: racismo, clasismo y lucha de clases

Fraudes electorales 2.0

¡Viva el Partido Chimpancé!

Fondos buitres, jueces carroña

Crímenes de opinión

Libertad de expresión en tiempos de la esclavitud

Fascismo, narcisismo colectivo y el miedo a la libertad

Pero la culpa es de los zurdos resentidos

La política del ad hominem

Cultura y distracción

La prisión sin muros

El peligro de la cultura

La cultura unidimensional del consumismo

Negocio de la atención, estrategia de la distracción

Rogers Waters y la estratégica cultura de la cancelación

Argentina y la violencia del vacío

La información como producto de consumo

La estrategia del olvido

Postcapitalista y postanglosajón

El dogma capitalista y sus fósiles

El patriotismo capitalista

El capitalismo ha muerto

Postcapitalista, Postreal y Posthumano

Salario universal ya

Mercado o muerte

Los trabajadores le roban a los inversores

Astucias del imperio del dólar

Dólares, bonos del Tesoro y cleptocracia internacional

Esclavitud moderna

Privatizadores con patente de corso

Milei en el país de las maravillas

Milei en la Irlanda de las maravillas

¿Es malo que una empresa del Estado tenga déficit?

TRIBALISMO LIBERTARIO

Texas: separación por diferencias culturales

CADA VEZ QUE EN ESTADOS UNIDOS se le pregunta a alguien por qué se independizó Texas en 1836, la respuesta salta by default: "por las diferencias culturales con los mexicanos". Cuando hemos demostrado con documentos que la ilegalización de esclavitud por parte de México fue la razón central del conflicto, se continuó insistiendo en la incompatibilidad de las culturas, antes de pasar al argumento ad hominem.

Por 1836 y hasta la Segunda Guerra Mundial (cuando el nazismo perdió su prestigio en Occidente), no se hablaba de culturas sino de razas incompatibles. No por parte de los mexicanos, sino de los políticos de Texas y sus aliados, los estados esclavistas del Sur.

¿Cuál era esa supuesta diferencia cultural? Según el cliché, los estadounidenses luchaban por la libertad, para liberarse del despotismo mexicano—no por la libertad de esclavizar a otros. El mito de películas como El Alamo no nació en 1960 sino en la prensa esclavista durante la rebelión de secesión de Texas contra México.

Cuando Texas escribió su constitución en 1835, se apresuró a establecer que la esclavitud no era una cuestión debatible. La mayoría de los votos que la aprobaron era de inmigrantes ilegales que habían llegado a México en los últimos dos años, en una desesperada carrera de colonización, cuando los mexicanos entendieron que no bastaba con regalarle tierras y exonerar de impuestos a los colonos del norte para que cumplieran con las leyes del país y liberaran a sus esclavos. Los rancheros que apoyaron a los colonos anglos también fueron despojados de sus tierras y expulsados "a su país" una vez que se completó el proceso de independencia. Las familias tejanas, como luego las familias del resto de los actuales estados del Oeste de Estados Unidos que llevaban siglos en esas tierras, fueron deportadas como extranjeras. Otra ola de deportaciones de estadounidenses ocurrió un siglo después, durante la Gran Depresión, por las mismas razones: por

hablar español o por tener caras de mexicanos.

Cuando James Polk y los senadores de los estados del Sur esclavista inventaron la guerra contra México, el objetivo declarado fue no mezclarse con esa raza inferior. Según el senador Calhoun, “ni en sueños hubiésemos aceptado integrar en nuestra Unión otra raza que no sea la caucásica; el nuestro, señor, es un gobierno de la raza blanca, de la raza libre”. Los mexicanos fueron despojados de sus propiedades, criminalizados como bandidos y expulsados como invasores. Mientras, en Washington los esclavistas sumaban más estados y más representantes a la Unión, rompiendo el balance en el Congreso, en contra de los representantes y senadores antiesclavistas del norte.

Las diferencias culturales no fueron un obstáculo para tomar estados más poblados, con más de dos siglos de tradición hispánica. Se convirtieron en un obstáculo inventado para negarle el derecho a voto a estados como Nuevo México y Arizona hasta 1912, cuando la raza y la cultura hispánica ya no eran mayoría.

Más tarde, cuando un mexicano o centroamericano pobre llegó al país donde se imprimía la divisa global para trabajar y aportar a la economía de este país, fue automáticamente criminalizado con narrativas en conflicto con los datos, como el aumento de la criminalidad o la parasitación del Estado. Esos mismos pobres que huían de la brutalidad de las dictaduras del Sur, todas apoyadas por las trasnacionales estadounidenses, como la UFCo (Chiquita), TexaCo, Standar Oil, ITT o Pepsi y los ya reconocidos complots criminales de la CIA. Los mismos que entrenaban a paramilitares que sembraron con montañas de muertos esos países del Sur, luego volvían a Estados Unidos a “defender nuestras fronteras” de aquellos que venían a invadirnos con sus hijos en brazos. Porque éste es El país de las leyes. Nuestras leyes, que también se aplican al resto del mundo.

Ahora, cuando los inmigrantes pobres (si son pobres son ilegales) que han vivido aquí por años, por décadas, o los descendientes de aquellas familias mexicanas que estuvieron aquí por siglos mantienen sus tradiciones no anglosajonas, automáticamente surge la sospecha o la acusación de no asimilarse a “nuestras costumbres”. Ningún inmigrante está amenazando con una secesión de Estados

Unidos “por incompatibilidad de culturas”, sino aquellos que están en el poder político y que repiten orgullosos las falsedades históricas sobre la independencia de Texas o la Toma de la mitad del territorio mexicano, incluso hasta el extremo de provocar no sólo violencia política y moral constante, sino matanzas como la de El Paso en 2019. Entonces, el asesino argumentó estar defendiendo a su país de una invasión de hispanos, al tiempo que denunciaba los peligros de la integración cultural y racial, exigiendo asimilación o deportación. El asesino no fue el primer culpable de esa tragedia (ya que es un individuo con problemas psiquiátricos, algo que no es propiedad exclusiva de Estados Unidos); es el producto de una narrativa de odio de aquellos políticos que se benefician de la demonización de las minorías que, además, ni votan ni tienen lobbies. Aquellos que, como en tiempos de la esclavitud, en nombre de la libertad prohíben libros y criminalizan a los críticos. Exactamente como hacían los estados esclavistas y hasta la misma Confederación, la que protegió en su constitución la libertad de expresión hasta que ésta comenzó a ser ejercida por los verdaderos críticos del sistema.

En 1836 Texas se separó de México para reinstalar la esclavitud. En 1860 se unió a las fuerzas separatistas contra la Unión por la misma razón: para mantener su derecho a esclavizar a otros seres humanos. En ambos casos se alegó “diferencias culturales”. El divorcio entre la realidad y el discurso mitómano es tan poderoso que hoy los partidarios de la Confederación, el único grupo que estuvo a un pelo de “destruir este país”, se presentan como los campeones del patriotismo. Tal vez en algo tienen razón: el patriotismo supremacista es amor propio proyectado en símbolos a un pedazo de tierra y odio a la gente que lo habita. Las leyes, los discursos y los acuerdos están ahí para servir a poderoso del momento. Como siempre ocurrió con los pueblos nativos, con los salvajes de aquí y los negros de más allá, las leyes y los tratados los escribimos nosotros y los rompemos cuando dejen de beneficiarnos.

El 22 de octubre de 1836, en su discurso inaugural como primer presidente de la República de Texas, Sam Houston volvió a la tradición de negar la realidad con la fuerza fanática y arrolladora de la ficción política que se repetirá por los siguientes doscientos años: “nuestros enemigos se han opuesto a todos los principios de la

guerra civilizada: la mala fe, la inhumanidad y la devastación marcaron su camino de invasión. Nosotros éramos un pequeño grupo que luchaba por la libertad. Ellos eran miles, bien equipados, munidos y aprovisionados, que buscaban ponernos cadenas o extirparnos de la tierra. Sus crueldades han provocado la denuncia universal de la cristiandad… Pero el mundo civilizado contempló con orgullosa emoción la conducta que tanta gloria reflejaba la raza anglosajona".

Los nazis de la OTAN

EN MAYO DE 1945, el Institut français d'opinion publique reveló que el 57 por ciento de los franceses entendían que la Unión Soviética había sido la potencia que había derrotado a la Alemania de Hitler. Sólo el 20 por ciento consideraba que se debía a la intervención de Estados Unidos. Para 2004, los franceses pensaban exactamente lo contrario: sólo el 20 por ciento atribuían un rol relevante a los soviéticos y sus 27 millones de muertos.

El caso de los alemanes no es muy distinto. Aunque Alemania enfrentó la historia del nazismo con más coraje y más éxito que lo hicieron los estadounidenses con la esclavitud, la confederación y la Guerra Civil, también pecó de amnesia programada con respecto al rol jugado por la Unión Soviética en su liberación.

En marzo de 1952, el malo y ex aliado de Gran Bretaña y Estados Unidos, Joseph Stalin, le envió a Washington, Paris y Londres una propuesta para resolver la nueva escalada militarista. La propuesta consistía en unificar Alemania, no obligando que la parte occidental se convirtiese al comunismo sino que la Alemania comunista adoptase el sistema de democracia liberal de la Alemania capitalista. A cambio, Stalin proponía el retiro inmediato de todas las fuerzas de ocupación de la nueva Alemania unificada, el establecimiento de un ejército propio, independiente, pero neutral y libre de alianzas. El acuerdo de paz también aliviaría a una Unión Soviética degastada por la guerra y con desventaja militar.

La propuesta fracasó cuando Bonn y Washington aceptaron el regalo de la Alemania comunista pero no lo que demandaba Moscú a cambio, es decir, la neutralidad de la Alemania unificada y el enfriamiento de la escalada armamentista. El Plan A de Occidente era integrar a la Alemania occidental al sistema militar del bloque capitalista antes de cualquier otra negociación. A lo largo de ese año, Stalin envió tres propuestas más, con el mismo resultado.

En los años 80s, los archivos desclasificados mostraron que las

propuestas de Stalin iban en serio, pero en 1952 se acusó a Moscú de proponer un imposible con fines propagandísticos. El más que razonable plan de paz del mayor aliado de Occidente contra los nazis pocos años antes, fracasó. El objetivo de Washington, Bonn y Londres era continuar expandiendo su maquinaria militar a cualquier precio. Todo en nombre de la democracia y la libertad.

En 1961, la OTAN nombró al general Adolf Bruno Heusinger como jefe de su poderoso Comité Militar en Washington. Heusinger había sido uno de los más cercanos oficiales de Hitler (el tercero en la línea de mando) que nunca fueron condenados por las potencias vencedoras de Occidente, sino todo lo contrario: como fue el caso de otros miles de nazis menos conocidos, fueron premiados a cambio de su pasión y conocimiento en "la lucha contra el comunismo". El nombramiento de Heusinger se produjo cuando la Unión Soviética lo reclamó para ser juzgado por sus crímenes de guerra, sobre todo durante la invasión nazi a los países de la Europa del Este y de la misma Rusia a comienzos de la Segunda Guerra Mundial.

Aparte de su nombramiento como jefe militar de la OTAN, Heusinger fue condecorado por Estados Unidos con la medalla Legion of Merit, creada por Franklin D. Roosevelt. Heusinger la colgó junto con la Cruz de Hierro y la Cruz Nazi al Mérito de Guerra, otorgadas por Hitler, entre otros ornamentos que los militares importantes se cuelgan en las fiestas de sociedad. En 1971, Johannes Steinhoff, también honrado con una Cruz de Hierro nazi, fue nombrado jefe militar de la OTAN. Ernst Ferber, condecorado con la Cruz de Hierro fue nombrado jefe de las Fuerzas Aliadas de Europa Central de la OTAN en 1973. Karl Schnell también recibió la Cruz de Hierro nazi y también sucedió al General Ferber como jefe de las Fuerzas Aliadas de la OTAN en Europa Central en 1975. Franz Joseph Schulze también recibió una Cruz de Hierro nazi y fue nombrado jefe de las Fuerzas Aliadas de Europa Central de la OTAN en 1977. Entre otros…

Nada de esto debe sorprender si consideramos que la misma idea de una OTAN había surgido en la Alemania nazi como una forma de alianza con el bloque capitalista contra los soviéticos. Alianza que, a nivel empresarial, político y económico, ya existía mucho antes de

que estallara la guerra. Heinrich Himmler, uno de los principales organizadores del ahora llamado Holocausto judío, fue uno de los primeros en proponer esta idea. Reinhard Gehlen, Hans Speidel, Albert Schnez y Johannes Steinhoff, otros de los militares nazis más poderosos, protegidos y premiados por Occidente, tuvieron más suerte y fueron empleados por Washington y la CIA, todos unidos por un nuevo enemigo común (el exaliado en tiempos de guerra) y con un plan claro de alianza militar que se llamó OTAN.

Existían dos razones a la luz del día para la negativa de las potencias occidentales a la propuesta de Stalin de 1952. Como desarrollamos en otros libros, las palabras crean la realidad que creemos es independiente de las palabras. La primara razón era puramente militarista, resumida en lo que el presidente Eisenhower consideró uno de los mayores peligros para la democracia y, en 1961, llamó el "complejo industrial militar". La segunda razón también procede de las profundidades de la historia: en solo treinta años, la Unión Soviética había realizado una de las proezas económicas y sociales más impresionantes de la historia moderna, todo a pesar de haber sido el país que más sufrió, social y económica-mente, en su lucha contra el nazismo.

El objetivo era, a cualquier precio, evitar el mal ejemplo del éxito ajeno. Aunque la propaganda de "los medios libres" insistieran en lo contario, la inteligencia de los países occidentales no veían ninguna posibilidad de alguna invasión militar soviética. Que Stalin confirmase dichos informes con una propuesta que apuntaba a reducir la tensión belicista del mundo capitalista era inaceptable.

Cuando la Unión Soviética cometió suicidio en 1991 (en condiciones mucho peores, Cuba mantuvo su sistema comunista), Rusia cayó en una crisis económica y social al mejor estilo capitalista, empeorando casi todos los indicadores sociales; una especie de regreso a la Rusia zarista, pero los poderosos medios lo vendieron como una "salida de la crisis" festejando la apertura de un gigante McDonald's en Moscú como símbolo de libertad y de alimentación democrática.

Toda esta historia, como otros casos, fue olvidada. Según Stephane Grimaldi, director del Museo Caen Memorial, "En 1945, el gran aliado era Stalin y la Unión Soviética; su papel estaba

absolutamente claro para los franceses". Pero el efecto Guerra Fría y la masiva propaganda cultural de Hollywood, el mayor creador de mitos modernos del siglo XX, dio vuelta el juicio sobre un hecho relevante del pasado. Lo mismo hizo Hollywood con la mitificación de la guerra contra México en 1845 con películas como The Alamo. Lo mismo con el lavado moral del rol de la Confederación en la Guerra Civil. Más recientemente, lo mismo hizo con la invención de un triunfo moral (similar al del Sur durante la "reconstrucción") en la Guerra de Vietnam con innumerables películas, aparte de libros, del apoyo de una prensa funcional y un periodismo mayoritariamente obediente.

Ahora que Rusia no es más comunista, queda clara la paranoia calvinista por mantener al resto de la humanidad bajo control moral y productivo, a cualquier precio y en nombre de la libertad y la democracia.

Crisis y civilización Postanglosajona

UNA CIVILIZACIÓN SE BASA EN UN SISTEMA socioeconómico, como en el pasado antes del último sistema dominante, el capitalismo, lo fue el feudalismo. Cuando uno de sus componentes, sea el sistema económico o el sistema de valores culturales cambia, la civilización comienza a cambiar.

El capitalismo, sobre todo el capitalismo anglosajón ha muerto. Su sistema y estructura de poderes no tienen nada que ver con los siglos en los que reinó con brutal fuerza. Si no lo vemos es porque todo lo vemos a través de un pasado reciente y porque, de hecho, el capitalismo persiste como un zombi, como persistió el feudalismo por la mayor parte del tiempo en que el capitalismo dominó como paradigma. Estamos en el mismo momento cuando el capitalismo nació en el siglo XVII. Dos sistemas conviviendo, uno en declive y el otro en ascenso.

Si bien en este momento de la agonía y muerte del capitalismo no se vislumbran aún con claridad las alternativas (¿acaso John Locke llamó capitalismo a la era que ya se había iniciado casi un siglo antes?), podemos observar que sólo el traslado del centro geopolítico y económico del mundo anglosajón a China y a otros centros secundarios implicará, más que un cambio económico de sistema, un cambio económico de distribución de poder geopolítico y, consecuentemente, un cambio de paradigma cultural que tendrá efectos en la psicología y en la filosofía dominante en otras regiones —incluida la región anglosajona. En este caso, la transferencia será desde el paradigma materialista, utilitario, individualista del capitalismo anglosajón probablemente a un modelo más próximo a la filosofía confuciana o budista. Es decir, menos consumista, lo cual es, precisamente, lo que el maltrecho sistema ecológico está necesitando desesperadamente. De esta forma, se continuará el desplazamiento del centro civilizatorio de Este a Oeste, siguiendo el recorrido del sol e iniciado miles de años atrás—solo que ahora el Oeste del otro lado del océano Pacífico es, otra vez, el Este.

Aparte de la propia crisis de Estados Unidos en el siglo XXI, el cambio de centro geopolítico operará de ejemplo de que "otro mundo, otras formas de pensar y de vivir son posibles", lo que facilitará una revolución inevitable en la cultura y en el sistema socioeconómico dentro mismo de Estados Unidos. Algo que por más de dos siglos hubiese sido imposible de imaginar, ocurrirá en este siglo que vivimos. Golpeadas por la degradación social, por su pérdida de privilegios globales (desde el geopolítico, el económico, el financiero, el monetario en base al dólar), por el acoso de las deudas de las generaciones anteriores y por la insatisfacción de una vida dedicada a un objetivo de éxito material que se revelará como un fracaso, las nuevas generaciones operarán un cambio radical en su concepción de sociedad y, sobre todo, existencial. ¿Es la producción y la acumulación de riquezas el objetivo supremo de un individuo que morirá en unas pocas décadas? ¿Qué sentido tiene ser los "número uno" del mundo? ¿Qué sentido tiene que en 1845 el expresidente Andrew Jackson, agonizando por una diarrea que lo estaba llevando a la muerte, hasta su último suspiro estaba tan preocupado por robarle California a México…?

Preguntas que hasta hoy han sido tabúes, serán puestas sobre la mesa mañana. Y las respuestas no serán las que hoy da la abrumadora mayoría de los estadounidense, cegados por la propaganda corporativa de una elite financiera sino también por una mentalidad fanática que combina Jesús con Mammón como el café con leche. Una fiebre materialista, supremacista, de ganar a cualquier precio aunque para ello haya que matar a miles o millones y perder la vida en una empresa ciega que funciona como distracción neurótica.

Como dice un viejo refrán sobre las posibilidades vanas del optimismo de nuestro tiempo: "cuando pensamos que hay una luz al fondo del túnel, luego resulta que es otro tren". Es cierto que en lo que se refiere a los seres humanos no hay muchas razones para ser optimistas, pero siempre hay, o debe haber espacio para imaginar un mundo mejor. Entonces, tal vez la esperanza, que a veces mata, a veces ayuda a vivir y hasta hace posible que sigamos luchando por una salida a nuestros problemas.

Por ejemplo, es posible que la nueva civilización cambie el

paradigma de la guerra y la opresión del otro por un tiempo de mayor paz, de colaboración. Un cambio civilizatorio centrado en el individuo, en el egoísmo sobre todas las cosas como el resumido por Ayn Rand, por otro más asiático, más confuciano, más budista, más indígena americano centrado en valores comunitarios, menos materialistas, menos beligerantes en procura de un único absurdo llamado dinero—capitales, en el lenguaje de los poderosos de hoy.

Después de todo, después de tantos siglos de violenta historia, no estaría mal cambiar la filosofía del águila y del oso por la del panda —esa especie que parecería ser la más feliz del mundo. Sin idealizar, tanto la naturaleza como esos seres desprendidos de ella, los humanos, necesitamos de una nueva perspectiva, de un nuevo paradigma civilizatorio. No es una contradicción sino simplemente una paradoja que los nuevo necesita de lo viejo, como ser original significa ir al origen. Ese nuevo-antiguo son las filosofías orientales como el confusionismo. Algo que, como las mismas filosofías nativas del continente americano o de varias culturas africanas como el Ubuntu o la tradición pacifista del longevo reino de Nri, en el occidente post capitalista son demonizadas como socialistas o comunistas. En alguna medida lo son, pero ese nuevo-antiguo deberá crear una cultura y una civilización menos fanática, como lo ha sido la brutal civilización capitalista que, en su fanatismo, ha logrado colonizar hasta la misma idea de libertad, progreso a fuerza de opresión y miseria—económica y humana.

Carta abierta al embajador de Estados Unidos en Venezuela

Sr. Embajador James Story:

Me complace saber que la nueva política del gobierno de Estados Unidos incluye la posibilidad de levantar las sanciones económicas a Venezuela, una vieja práctica de Washington desde principios del siglo XX y que consistió en arruinar economías de países con gobiernos independientes o no alineados. Como fue el caso de Chile, cuando las sanciones contra el gobierno democrático de Allende fueron levantadas sólo cuando el complot de Washington y la CIA lograron destruir aquella democracia en su 9/11 de 1973 para reemplazarla por la brutal dictadura de Augusto Pinochet. Sólo entonces las sanciones fueron reemplazadas por millonarias ayudas para producir el promocionado "Milagro chileno", que ni así evitó varias crisis económicas y sociales. Los ejemplos son múltiples, pero no voy a entrar en más detalles. Lo bueno es que sus responsables nunca, jamás van a enfrentar alguna corte nacional o internacional por sus crímenes de lesa humanidad. La justicia es para los pobres y para los perdedores.

Como usted sabe, en 1989 la población venezolana salió a las calles para protestar contra las políticas de su gobierno, el que intentaba implementar lo que luego se conoció como la doctrina del Consenso de Washington. Cientos de personas (probablemente miles) fueron masacradas por las fuerzas de represión, pero el presidente George H. Bush no bloqueó ni castigó al gobierno venezolano con sanciones sino que, por el contrario, salió al rescate del presidente Carlos Andrés Pérez con una ayuda multimillonaria y con el compromiso de radicalizar las mismas medidas contra las cuales protestaba la población.

Según economistas como Jeffrey Sachs, las actuales sanciones contra el pueblo de Venezuela son responsables por la muerte de decenas de miles de venezolanos y, en parte, de los millones de emigrados. Entiendo que la guerra contra Rusia y los más recientes

acuerdos de paz propiciados por China entre otros dos grandes productores de petróleo, Arabia Saudita e Irán, hacen necesario y urgente una reconsideración sobre el caso de Venezuela.

Pero hablemos de democracia, que es lo que importa. Recientemente usted realizó una declaración oficial urgiendo a los venezolanos a registrarse a votar en las próximas elecciones. Una idea que apoyamos casi todos. Pero que lo diga usted y de forma oficial representa una vieja historia de dos siglos que América latina ha debido sufrir por las injerencias de los gobiernos y las corporaciones privadas de Estados Unidos.

En los años cuarenta, uno de los países más alejados de la influencia geopolítica de Estados Unidos y uno de los más rebeldes y detestados por eso mismo, según los diplomáticos de Washington de la época, era Argentina. Su independentismo y su falta de obediencia motivaron las intervenciones políticas del embajador estadounidense de la época, Spruille Braden. Con su injerencia en la campaña electoral de 1945, Braden inventó el antiperonismo antes que naciera el peronismo. Casos similares podemos mencionar por decenas y usted lo sabe. En geopolítica se cumple la Tercera ley de Newton, aunque nunca en la misma proporción. Casi siempre la acción aplasta la reacción con alguna dictadura colonial, pero a veces ocurre lo contrario y se llama revolución.

En su comunicado del 27 de abril, usted les advirtió a los venezolanos que el gobierno del señor Maduro intentará convencerlos de no votar. Usted también calificó a algunos representantes de la Asamblea Nacional como “alacranes”, quienes usan diferentes siglas políticas para dividir votos.

¿Se imagina usted si se aplicase la regla de oro de las relaciones internacionales, el principio de reciprocidad, y el embajador de algún país latinoamericano se dirigiese a los estadounidenses en un mensaje oficial para favorecer a republicanos o a demócratas? ¿Imagina si alguno de ellos le pidiese a los estadounidenses democratizar el sistema electoral eliminando el Colegio Electoral, herencia del sistema esclavista, como tantas otras cosas? ¿O el desproporcionado sistema que asegura dos senadores por estado, sin importar que unos estados tengan cuarenta veces la población de otros? ¿O que los ciudadanos estadounidenses de la colonia de

Puerto Rico se movilicen para reclamar el derecho a voto? ¿O que las corporaciones dejen de escribir las leyes en los congresos y que dejen de donar cientos de millones de dólares a los candidatos en cada elección? ¿Se Imagina?

Pese a todo, sería menos grave, considerando que nunca hubo un país latinoamericano que invadió Estados Unidos, que le quitó la mitad de su territorio, que derribó varios gobiernos e instaló dictaduras militares para proteger las empresas privadas latinoamericanas. ¿Usted conoce algún ejemplo? No, ¿verdad? Pero si se diese ese caso hipotético no sólo ese embajador perdería su puesto, sino que, de ser el embajador de Bolivia o de Venezuela el mundo ya estaría esperando "un cambio de régimen" o un nuevo bloqueo.

Por si fuese poco, usted le pidió a los venezolanos "hablar con sus vecinos" porque "se puede ganar las elecciones". No es que esto sea algo nuevo en la trágica historia de América Latina que, como usted sabe y mucho mejor saben los latinoamericanos, cuya vieja y nueva memoria está regada de trágicas injerencias, golpes de Estado y sangrientas "dictaduras amigas" apoyadas por Washington y las corporaciones que tienen más poder que usted y que cualquier otro embajador. Tal vez lo nuevo es que ya ni siquiera se disimula o se lo niega, como solía hacerlo, por ejemplo, el Sr. Kissinger.

¿Cuándo vamos a entender que es del interés del pueblo estadounidense y latinoamericano dejar de fabricar enemigos con estas injerencias paternales, arrogantes y contra principios elementales de las relaciones internacionales?

¿Cuándo vamos a dejar de representar intereses especiales y pensar, en serio, en el bien común de los pueblos, libres e independientes?

¿Cuándo vamos a entender que no sólo es más justo y menos trágico, sino hasta más económico hacer amigos que enemigos, que la "seguridad nacional" pasa por lo primero, no por lo segundo?

¿Cuándo vamos a dejar de ver al mundo como una película de indios contra cowboys, de superhéroes contra villanos, de policías contra ladrones donde nos arrogamos siempre el papel de cowboys, policías y superhéroes olvidando la trágica historia que originó "los

chicos malos” mientras el mundo nos va dejando cada vez más solos?

¿Cuándo vamos a cambiar nosotros para hacer de este mundo un lugar más justo, con más acuerdos equitativos y menos guerras supremacistas?

¿Cuándo vamos a dejar de controlar la vida de los demás en nombre de viejas y bonitas excusas y dedicarnos a arreglar nuestros propios problemas nacionales que cada día son más y más graves?

¿Es que solo aceptamos que el mundo cambie (y, como siempre, se adapte a nuestras exigencias) y nosotros no?

¿Hasta cuándo seguiremos fracasando con estilo mientras pretendemos darle lecciones al mundo de libertad, de democracia, de derechos humanos, siempre a la fuerza de sanciones económicas cuando no de conocidos bombardeos?

¿Hasta cuándo vamos a dar lecciones de cómo vivir cuando ni nosotros sabemos cómo hacerlo?

Atentamente,

JM.

La deshumanización de los (inmigrantes) pobres

A FINES DE LOS AÑOS 70, mi padre le compró un televisor a sus suegros. Ellos vivían en una granja sin electricidad en Colonia, Uruguay. Allí, mi hermano y yo pasábamos los tres meses del verano, los meses más felices del año, trabajando en el campo (con frecuencia al sol, durante horas; no era una imposición, sino el reflejo de la ética del trabajo de los abuelos). Por las noches, podíamos ver dos horas de televisión argentina, porque eso era lo que duraba la batería que alimentaba un cargador artesanal de viento. Uno de los programas favoritos de los niños era El Chavo del 8.

En una conversación reciente, Fernando Buen Abad me hizo notar la violencia permanente que sufría El Chavo. Yo nunca había reparado en ese tema que ocupaba a Fernando. De hecho, me hizo recordar que siempre me dolía la escena de don Ramón golpeando al niño cada cinco o diez minutos, pero, al mismo tiempo, lo tomaba como algo gracioso. De la misma forma, disfrutábamos del humor sexista de Benny Hill, uno de los actores más creativos en ese género. La violencia es fácil de naturalizar, incluso (o sobre todo) cuando se la presenta como algo divertido. También para los espectadores de las corridas de toros, el espectáculo de la tortura animal es algo divertido.

El pasado 2 de octubre, la embajada de Estados Unidos en México lanzó una campaña publicitaria destinada a quienes estaban pensando emigrar, recurriendo a El Quico, el segundo personaje más importante de la serie El Chavo, sino el primero. El publicitario está lleno de las famosas frases de nuestro querido antihéroe de la infancia, cuarenta años mayor pero vestido y hablando de la misma forma:

“Cállate, cállate porque me desesperas… No cruces la frontera de Estados Unidos porque pueden estar en peligro tu papá, tu mamá, tu tío, tu perro, el gato, el perico… Mejor, cruza legal. Ándale, dime

que sí. Si lo haces, sí me simpatizas". El anuncio cierra con "Cruza legal" y "Utiliza las vías legales". Nada muy diferente de lo que cualquiera de nosotros recomienda cada tanto. Entonces, ¿cuál es el problema?

El Quico (la Embajada) no le está hablando a un niño que no puede realizar ningún trámite. Le está hablando a adultos, a quienes trata como si fueran niños. Pero esto sería un detalle, considerando la tragedia del contexto.

El discurso de la inmigración legal ha sido la tradicional muletilla para justificar cada uno de los ataques contra los inmigrantes pobres que, en Estados Unidos, desde la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto se lava con la excusa de la legalidad. "No estamos contra los inmigrantes, sino contra la inmigración ilegal". Por eso en 1882 prohibieron, legalmente, la inmigración de asiáticos y no pararon filtrando razas indeseables hasta 1965. En 2017 el presidente Trump reemplazó razas por naciones.

El eslogan de la embajada "CRUZA LEGAL" también es demagógico. Los embajadores estadounidenses saben, mejor que nadie, que los pobres no cruzan de forma ilegal porque sea más fácil o porque sea más barato. Un coyote les cobra miles de dólares para dejarlos tirados en el desierto. Cruzan de ilegales porque son pobres o no tienen una beca universitaria, y las embajadas no otorgan visas a los pobres ni a los obreros que no pudieron estudiar.

Voy a repetirme: si esos países empobrecidos del sur fuesen a reclamar una indemnización por más de un siglo de saqueos, de golpes de Estados, de destrucción de democracias o de apoyos a dictaduras amigas que dejaron varios cientos de miles de muertos sólo en América Central, no nos darían las reservas del Tesoro Nacional ni todo el oro de Fort Knox.

Así que, por lo menos, podríamos dejar de tratar a los inmigrantes ilegales como niños y como criminales. La solución de la pobreza y la violencia del mundo no está en las manos de un solo gobierno, pero dejar de deshumanizar a los pobres, como niños buenos o como adultos malos, podría ayudar en algo. Bastante deshumanizados ya están como mano de obra desechable.

Los estadounidenses deberían agradecer que todavía hay pobres que quieren venir a trabajar a este país. Pero todavía no han tomado conciencia de que gran parte de su prosperidad (asentada en sus medios imperiales, desde la fuerza militar hasta la emisión de la divisa global) se basó en la necesidad de sobrevivencia de los habitantes de las neocolonias, ya sean profesionales especializados en la punta de la pirámide laboral o de inmigrantes pobres y sin títulos universitarios en la base. Justo en los dos extremos donde, desde hace décadas, existe un déficit crónico.

Sin embargo, al mismo tiempo que este flujo de fuerza productiva comienza a secarse en Europa y en Estados Unidos por la misma razón (por la pérdida de la hegemonía global y su poder de acoso y saqueo de los últimos siglos), en lugar de competir por los inmigrantes del mundo, insisten en obstaculizar su ingreso con leyes anacrónicas y discriminatorias, hijas de un viejo y profundo racismo que ha sabido camuflarse de legalidad. Racismo que el mismo embajador Lee Salazar en México sufrió en carne propia, cuando de joven, en Colorado, lo llamaban “mexicano sucio”, como si los mexicanos los hubiesen invadido y no al revés.

Ahora, que ya no es tan fácil dictar la moral y las políticas económicas al resto del mundo ni venderles brujas y espejitos a cambio de los recursos que mueven el poder global, entonces explota el fascismo visceral. Esta reacción fascista ha contagiado a otras partes del mundo, aún con situaciones sociales y económicas opuestas, como en las neocolonias que, por generaciones, han copiado las tendencias de la moda y de las ideologías del Norte. Ahora, una parte de las neocolonias es la encargada de mantener viva la mentalidad del colonizado, aunque más no sea como inercia cultural. Así aparecen los Jair Bolsonaro y los Javier Milei repitiendo ideas del imperialismo del siglo XIX con las narrativas de la Guerra Fría, como si fuesen la última novedad.

Yo también aconsejo que nadie emigre de forma ilegal. Es una forma de convertirse en un esclavo moderno, como los europeos pobres se vendían como esclavos indenture en el siglo XIX, no porque quisieran hacerlo sino porque sus otras opciones eran el hambre y la muerte. Como esos indenture, el resto de los inmigrantes pobres también fueron criminalizados al llegar a este

país, sobre todo si pertenecían a una variación corrupta de la sangre blanca, como era el caso de los irlandeses, primero, y de los italianos después.

Pero ¿quién soy yo, o cualquier otro, para juzgar y criminalizar a un padre o a una madre desesperada que sólo lucha por una vida mejor para su familia y, al llegar, encuentra más violencia y más miseria humana? En lugar de vender políticas infantiles, las leyes de inmigración bien podrían dejar de criminalizar a los trabajadores sin grandes cuentas bancarias.

Aquí, señores embajadores, necesitamos más gente como esa. No más inútiles de las oligarquías del Sur.

Bomb, baby, bomb. Rusia, Argentina y México

EL 2 DE FEBRERO DE 2023, la representante republicana del exilio cubano en Miami, María Elvira Salazar, presentó una propuesta de condena a "los crímenes del socialismo". La conocida cadena de radio y televisión José Martí de Miami (la que desde 1983 produce propaganda ideológica en favor de la libertad del capitalismo y la empresa privada, pero con fondos del gobierno que superan los 30 millones de dólares anuales) tituló: "Cámara de Representantes de EEUU aprueba resolución que denuncia los horrores del socialismo". De los horrores del capitalismo, varias veces más trágicos, ni una palabra.

El 28 de febrero, esta misma congresista amenazó a la Argentina "en español, para que quede claro" por ejercer su soberanía con el proyecto de una fábrica de aviones con asistencia de China, "haciendo un pacto con el Diablo, que puede tener consecuencias de proporciones bíblicas", dijo.

Cuando setenta años atrás el presidente democrático e independentista de Argentina J. D. Perón inició la producción de los exitosos aviones Pulqui I y II, produjo la misma alarma. Los Pulqui fueron usados por los militares (viejo brazo armado de la oligarquía criolla) para derrocarlo en 1955. Luego este proyecto de industrialización nacional fue desmantelado por presiones de Washington, que le prometió a la dictadura siguiente aviones más baratos. Sesenta años después, por las mismas razones, desde su púlpito de la Cámara de Representantes, la congresista Salazar levantó dos dedos y sentenció: "Hay dos mundos, el mundo libre y el de los esclavos".

La dicotomía mesiánica asume que el mayor destructor de democracias y el mayor promotor de dictaduras amigas del siglo XX, el imperio que se hizo a base de esclavitud, robo de tierras, imposición de su propia voluntad y de guerras alrededor del mundo es, al mismo tiempo, "el Mundo libre".

Este tipo de arrogancia imperial no es nuevo y ha sido ejercido con fanatismo en este lado del Atlántico desde hace más de dos siglos. Pero ningún fanatismo (sea religioso o político) es posible sin un trabajo persistente de proselitismo y propaganda. Desde el siglo XIX y, sobre todo, a partir de Edward Bernays y del desarrollo de los medios de comunicación masivos en el siglo XX, la creación de opinión pública se convirtió en una industria y en un mercado fríamente calculado. En el siglo XXI, el siglo de las redes sociales y de la inteligencia artificial, poco o nada ha cambiado. La censura de ese "Mundo libre" se sigue ejerciendo como en el "Mundo esclavo" pero con diferencias metodológicas y con el mismo objetivo de siempre: mantener a una micro minoría en el poder político y económico.

Esta representante de 130 mil vecinos de Miami, en nombre de los 320 millones de estadounidenses, asume que los pueblos olvidan qué gobiernos promovieron y financiaron más dictaduras y más golpes de Estados contra naciones soberanas y contra las democracias en el mundo.

Claro que la señora Salazar no está sola. Más recientemente, el 16 de marzo, el representante republicano por Carolina del Sur, Lindsey Graham, sacudió la idea de una Tercera Guerra Mundial como opción para responder a la ofensa del derribo de un dron militar estadounidense en el Mar Negro. Según Graham, Estados Unidos no se debe limitar a financiar la nueva guerra con cien mil millones de dólares (siempre en nombre del "derecho a la defensa propia") sino que también debe derribar aviones rusos en represalia por el "atroz ataque" contra nuestro país el que, en realidad, tuvo lugar en el Mar Negro, a miles de kilómetros de distancia y a unos pocos de la frontera rusa, y costó cero vidas estadounidenses. Por aquello de "nos atacaron primero y debemos defendernos", usado hasta el hastío contra los indios invadidos, contra los mexicanos despojados, contra el inexistente ataque español al Maine y un largo, largo etcétera.

El mismo Graham poco antes había propuesto intervenir en México o usar drones militares "para solucionar" el problema de los carteles y de las drogas. Por su parte, también el representante de Texas, Dan Crenshaw, pidió una autorización para usar la fuerza militar en

México contra los carteles de la droga. Como lo indica la historia desde la Doctrina Monroe de 1823, la autorización no se la piden a México, sino a Washington.

El mismo recurso de la fuerza unilateral, esa herencia de la mentalidad esclavista hasta después de la abolición, se definía a sí misma como "la raza libre", esa misma que se cree justa, divina y democrática cuando no pide ni acepta opiniones de razas, de culturas y de pueblos inferiores. Raza libre por la fuerza de las armas que mantenían a los esclavos aquí y a los "negros pacíficos" en el Patio trasero y en los trópicos allá, bajo la ley del revólver y del cañonero.

Como siempre, los más valientes y patriotas del mundo son aquellos que saben que nunca irán a ninguna guerra, pero algunos de sus donantes ganarán mucho dinero con el viejo negocio de la muerte.

El fanatismo del Destino manifiesto no descansa. Sus votantes, sus creyentes, tampoco pueden ver que existe una solución más simple, más lógica y efectiva que continuar con el negocio de las armas. Ya escribimos sobre esto hace veinte años, pero vamos a insistir. Basta con considerar la ley capitalista de la oferta y la demanda: eliminen o reduzcan el consumo de drogas en Estados Unidos y el problemas del narcotráfico disminuirá hasta su mínimo posible, inevitablemente. El problema es que (1) es necesario invertir en un plan socialista de prevención, trasfiriendo esos millones de dólares de la fallida Guerra contra las drogas hacia las escuelas y los hospitales; (2) el lucrativo negocio de las armas y de los capitales que se transfieren de Estados Unidos a los carteles mexicanos se vería afectado. Así que mejor continuar combatiendo el fuego con más gasolina. Parece mejor acosar a México, algo que ha dejado buenos negocios desde su destrucción en otra guerra inventada en 1836 y en 1846 para extender "la bendición de la esclavitud" bajo banderas falsas… Hasta que terminen por obligar a México a llamar los misiles rusos o chinos, como obligaron a Cuba en 1961 luego de la invasión de Bahía Cochinos. ¿Parece impensable? Bueno, se puede inflar un globo por mucho tiempo, pero no por siempre.

Claro que hay opciones menos dramáticas. Es difícil de imaginar que Donald Trump pueda tomar las mismas posiciones de política internacional que los malos hemos sostenido por décadas, pero el

17 de marzo de este año se produjo un modesto milagro cuando declaró que “debe haber un compromiso total para desmantelar todo el establishment neoconservador globalista que nos está arrastrando perpetuamente a guerras interminables, pretendiendo luchar por la libertad y la democracia en el extranjero, mientras nos convierten en una dictadura y en un país del tercer mundo”.

¿Por qué lo hace? ¿Efecto reacción-a-Ron DeSantis? Puede ser. Pero ese es otro tema que no anula lo que entendemos es una simple y trágica verdad. Sólo por esto, después de 250 años, un ex presidente de Estados Unidos podría tener algún problema con la justicia.

INGENIERÍA ELECTORAL

Democracias políticas, dictaduras económicas

Desde Francia hasta Uruguay, no por casualidad, los gobiernos neoliberales han propuesto una reforma jubilatoria que agrega años a la edad de retiro (dos en Francia; hasta cinco en Uruguay). La narrativa que justifica el incremento de la edad de retiro es doble: (1) la gente vive más y, por lo tanto, debe trabajar más; (2) si no se hacen estas "necesarias y dolorosas reformas", el sistema se desfinanciará y el país perderá competitividad en el mundo, ya que otros países han aplicado estas mismas medidas, necesarias para la clase financiera y dolorosas para las clases productivas. El mismo discurso, más una tercera amenaza, se ha repetido por décadas en Estados Unidos: (3) el Social Security (invento de "el presidente comunista" Franklin D. Roosevelt durante la Gran Depresión) no es sustentable, por lo cual hay que elevar la edad de retiro y, hasta donde sea posible, privatizarlo. No importa que sea y siempre haya sido autosustentable. Los seguros sociales son eso: seguros, no inversiones de riesgo.

La privatización se puso en práctica primero en los países periféricos. La destrucción de la democracia socialista de Allende, hace cincuenta años, y la imposición de la dictadura de Pinochet tuvo la intención declarada de preservar la libertad de los capitales y utilizar a este país como laboratorio de las teorías neoliberales de Hayek y Friedman. El "Milagro chileno" se destacó por sus crisis sociales y económicas, pese al tsunami de dólares de Washington y las grandes corporaciones. El modelo de pensiones semiprivadas se llevó a Uruguay en 1996 y solo le tomó veinte años para fracasar. El maldito Estado debió salir al rescate de los perjudicados por los genios de las inversiones.

La dificultad de que un solo país, sea Francia o Uruguay puedan resistir esta aceleración del robo a las clases trabajadoras se debe a que estas políticas neoliberales tienen alcance global. Los países son rehenes de los grandes capitales que migran de un país al otro en

cuestión de horas, aterrorizando a las poblaciones con la amenaza de otra crisis económica y obligando a sus gobernantes, democráticos o no, a arrodillarse ante estos señores feudales. Por otro lado, las mayores instituciones financieras del mundo, como el FMI y el Banco Mundial, son aliados de esta mafia. El BM se define como un banco para el desarrollo, pero su práctica indica lo contrario: está al servicio de los beneficios de los capitales, informando al minuto qué países están planeando votar una ley para proteger a sus trabajadores o para controlar la banca con regulaciones. Así, sus socios y clientes pueden proteger sus inversiones transfiriendo sus millones de un país soberano a otro más friendly, mejor ubicado en el ranking de "libertad de negocios", otra de esas viejas ficciones funcionales.

Desde los años 80, la productividad de los trabajadores en Estados Unidos y en el mundo ha ido en sostenido crecimiento, mientras que sus salarios se mantuvieron estacados o perdieron capacidad de compra. No es necesario ser un genio para entender a dónde fue esta diferencia entre productividad y salario. Pero quieren más.

Otra tierna explicación para legislar contra la voluntad del pueblo consiste en la clásica idea de que no son los sindicatos los que gobiernan sino los gobiernos electos. Pero sólo en Francia el 70 por ciento de la población está en contra de la reforma jubilatoria y su "gobierno elegido por el pueblo" se resiste a escuchar. Esta sordera es clásica y, a su vez, se justifica en otro ideoléxico: "el gobierno debe actuar con responsabilidad, no con demagogia". Otra vez: responsabilidad ante el capital de acoso; demagogia por ejercer la democracia, dándole al pueblo su derecho a decidir.

Todo esto se podría solucionar con un sistema de democracia más directa, algo sobre lo que desde hace décadas muchos escribimos, sobre todo a partir de las nuevas herramientas digitales. Si los franceses pudiesen decidir en referéndums regulares, en Francia no se habrían producido las masivas manifestaciones y los destrozos urbanos que llevan semanas. Pero los ciudadanos comunes no tienen otra herramienta efectiva que la rebelión, en casos violenta. Obviamente, esta idea de democracia directa es peligrosa porque es una idea a favor de una democracia real.

Como la historia lo demuestra, el capitalismo es, por naturaleza,

antidemocrático. Se ha desarrollado desde la brutalidad y las matanzas en sus colonias; se ha fortalecido con la esclavitud; se ha consolidado con las múltiples dictaduras militares en Asia, África y América Latina. Incluso, últimamente, se ha sentido más que cómodo con el comunismo chino. Cuando el capitalismo convivió con las democracias liberales, no fue porque fuese un sistema democrático sino porque es un gran manipulador, hasta el extremo de convencer a medio mundo de que democracia y capitalismo son la misma cosa, ya que ambos se basan en la libertad. Lo que se le olvida aclarar es que la democracia se refiere a la libertad de los pueblos y el capitalismo la entiende como la libertad de los capitales, es decir, de la dictatorial elite que hoy no sólo posee la mayor parte de la riqueza del mundo, sino el control del sistema financiero mundial y el casi monopolio de los medios de comunicaciones dominantes.

Los franceses tienen una larga tradición de protestas sociales, pero además pueden darse el lujo de rebelarse en las calles, ya que pocos los acusarán de subdesarrollados. Los uruguayos, a pesar de su larga tradición de instituciones democráticas como la educación, la salud y los derechos individuales es mucho más tímido en sus reclamos. Su oligarquía, como todas, también tiene una larga tradición de estigmatizar los avances de la democracia real, acusando a cualquier reclamo popular de comunista (receta inoculada por la CIA en los años 50s y que sobrevive treinta años después de la Guerra Fría) al tiempo que lo hacen en nombre de la democracia y la libertad.

La (re)solución para Francia no es fácil en un contexto internacional secuestrado por los amos del capital que exigen y hasta convencen a sus esclavos que trabajen más años por la misma ración y que, además, lo hagan por voluntad propia. Para Uruguay, por su contexto y por su tamaño, es más que difícil. Pero en ambos casos, si la resistencia al dictado económico triunfa, podrían erigirse en ejemplos peligrosos.

Por estas razones, la única solución a largo plazo es la unión de una nueva corriente de Países No Alineados o asociados por intereses comunes (culturales y económicos) como, por ejemplo, América Latina.

Pero claro, todos sabemos que la solución centenaria del capitalismo imperial ha sido la desunión, la desmovilización y la desmoralización de las colonias y de sus propios trabajadores. Tan larga es esta inoculación ideológica que hoy, en las excolonias, los movimientos nacionalistas están en auge. Con un detalle: no son el nacionalismo anticolonialista de los 60s en África, por ejemplo, sino un reflejo cipayo y parasitario del nacionalismo imperial en sus propias colonias.

Democracias de cartón

EN 2015, EN UNA DE LAS REUNIONES con “la troika” (el BCE, el FMI y la Comisión Europea), el por entonces ministro de economía de Grecia, Yanis Varofakis, presentó un pedido de renegociación sustancial del llamado “programa económico griego” y reclamó la devolución de alguna soberanía económica para su país. El ministro de finanzas alemán, Wolfgang Schäuble, le advirtió: “No está permitido que las elecciones cambien el programa económico de un estado miembro”.

Las similitudes del sistema dominante actual con otros como el feudalismo, la esclavitud y el colonialismo son, por lejos, mucho mayores que las percibidas por la población a través de los medios y el sistema educacional. Las democracias del siglo XIX no solo estaban asentadas en el sistema esclavista y corporativo sino también en un brutal colonialismo extractivo. La excusa por entonces (y de una forma más encubierta hoy) era que sólo quienes tenían intereses materiales tenían algún sentido de responsabilidad.

También la condición de propiedad privada transmutó para continuar dictado las políticas convenientes de los propietarios, pero ahora no a cualquier propietario, ya que hoy la propiedad privada es casi universal en nuestro mundo capitalista y hasta un pobre obrero organiza su vida entorno a esa realidad, sólo que su capital es un auto y una casa la que, por lo general, termina de pagar poco antes de jubilarse. Con frecuencia, ni eso, porque el endeudamiento es la estrategia central del post capitalismo, incluso a nivel internacional.

La elite propietaria y hereditaria que antes decidía las elecciones (la oligarquía), por ley primero y por dinero después, es ahora la elite corporativa y financiera. Como en el siglo XIX, hoy las elecciones son compradas por los donantes millonarios hasta en los países más poderosos que se presentan como grandes democracias, como Francia, Inglaterra o Estados Unidos, en los cuales existe una simbiosis entre democracia política y dictadura económica. El

sistema económico mundial es aún más tiránico, ya que ni siquiera tiene un sistema político que pueda amenazarlo con algún límite. La ONU es un perro sin dientes y amaestrado por los criterios, antojos e intereses de las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial.

Las corporaciones actuales funcionan como feudos medievales por los cuales los señores dueños de vidas y tierras se reparten los reinos cuyas coronas, sus gobiernos, poco pueden hacer para limitar su poder. En algunos casos, plataformas como Facebook o Twitter se han convertido en feudos globales donde sus cientos de millones de habitantes viven, consumen, son vigilados, producen contenido gratis, realizan transacciones, se informan y son expuestos a las noticias que deciden las reglas del reino gobernado por un solo hombre, sea Mark Zuckerberg o Elon Musk con su corte CEOs, administradores y "moderadores". Esos poderosos feudos globales son propiedad privada de un puñado de hombres que no reciben órdenes de sus sirvientes y mucho menos son elegidos por ellos.

Ésta es sólo la radicalización de una tradición que, a partir de 2007 llevó a que el 90 por ciento de los capitales de Wall Street estén en manos de tres grupos de inversiones llamados The Big Three (solo BlackRock, Vanguard y State Street suman 22 billones de dólares en capitales, el PBI de Estados Unidos). Pero las corporaciones también están en los comités de redacción de leyes, son importantes donantes de los candidatos de los dos partidos en perpetua disputa, gracias a las leyes y a las decisiones judiciales que, por ejemplo, en 2010 eliminaron el tope máximo de donación permitido a las corporaciones (a través de Super PACs) bajo el argumento de que atentaba contra la libertad de expresión. Irónicamente, la demanda ante la Suprema Corte a favor de las grandes corporaciones fue realizada en nombre de una "organización independiente" llamada Ciudadanos Unidos, justo cuando la mayoría de los ciudadanos de este país estaban en contra de la propuesta.

Gracias a las leyes aprobadas bajo extorciones en los gobiernos, nacionales y extranjeros, las corporaciones privadas poseen inmunidad y hasta soberanía, mucho más soberanía que los mismos Estados soberanos, ya que pueden demandar a gobiernos pero no ser demandadas por éstos. Gracias a su poder financiero, los países

atrapados en la telaraña de deudas y en la necesidad de desarrollo eternamente interrumpido por las superpotencias noroccidentales hacen hasta lo imposible por atraer sus inversiones y luego por mantenerlos contentos para que no se vayan. Como los tratados de libre comercio que estas mismas corporaciones logran que los gobiernos firmen sin conocimiento popular (y cuyas negociaciones sólo se conocen cuando ocurre una filtración, como la de WikiLeaks en 2013) suele establecer la libertad casi absoluta de los capitales de invasión, su poder de extorción es máximo: cuando se les antoja, entran en un país y, cuando algo no les gusta, como algún derecho ganado por los trabajadores, se van sin avisar, descalabrando la economía de países grandes y chicos.

Cualquier forma de regulación que limite esta "libertad de inversión" para asegurar condiciones de estabilidad para los países cautivos, es saboteada como una amenaza contra "la libertad" y el "libre mercado", propia de los fracasados países socialistas, etc. El mismo Banco Mundial, cuyo declarado propósito es ser un "banco de desarrollo" para países pobres, no sólo no tiene expertos en desarrollo en su cúpula sino que trabaja para los especuladores financieros. Con regularidad, el Banco Mundial publica rankings de países según su docilidad ante los inversionistas trasnacionales. Su publicación principal, Doing Business, alerta en tiempo real a los especuladores cada vez que un país se aparta un centímetro del dogma corpofeudal: el congreso del país X ha aprobado un proyecto de ley reconociendo un derecho laboral; el país Y enfrenta manifestaciones populares contra el dictador amigo N; una encuesta sugiere que el 60 por ciento de la población de Z está a favor de la regulación bancaria; etc. Los países con impuestos a las corporaciones son mal ranqueados en este índice de libertad.

Whisky en una mano y el mouse en la otra, los inversores mueven sus capitales de un país a otro generando el "pánico de los mercados" en los países X, Y y Z y sus políticos criollos explican la crisis por "la falta de libertad de los mercados" y, como suele decir el escritor Mario Vargas Llosa, por "no estar en el camino correcto" y "por no votar bien" a favor de la libertad, del desarrollo y de la prosperidad capitalista que, si por algo se ha destacado a lo largo de cuatro siglos es en promover la riqueza (desarrollo) de las potencias colonialistas y la muerte y la miseria (subdesarrollo) en los países

colonizados.

¿El establishment vota contra el establishment?

Las elites "contra el establishment" y las paradojas del discurso neofacista

HITLER NO SE PARECÍA MUCHO a los alemanes de los años 30, pero fue el perfecto instrumento de catarsis que canalizó no sólo las frustraciones del pueblo alemán por la humillación del Tratado de Versalles, sino también por los problemas económicos y la galopante inflación generada por las condiciones draconianas impuestas por las potencias vencedoras de la Primera Guerra—no por obra y gracia del gobierno anterior. Razón por lo cual, no solo no llegó al poder por un golpe de Estado ni por una revolución, sino por el sistema institucional de entonces. Poco después, por la misma frustración popular, logró hipnotizar a millones con su histrionismo y un odio fácil a los chivos expiatorios, inoculado desde los nuevos medios de comunicación.

Al menos en estos momentos, la política representativa no representa a los ciudadanos sino a sus miedos y a sus deseos más irracionales, barnizados, como siempre, por una capa de brutal sensatez e incuestionable obviedad. Esta ola Neofascista, además, es la expresión visceral de las frustraciones sociales, exactamente cómo lo fue hace cien años. El histrionismo físico y verbal, la narrativa visceral de los Javier Milei son la catarsis de la frustración popular; de la cual el actual gobierno de Argentina es más un receptáculo que el primer responsable.

Porque la ideología importada de las colonias siempre fue manufacturada en las metrópolis imperiales para mantenerlas distraídas, divididas y funcionales, el discurso central de Milei de "destruir el establishment" es la copia del discurso y hasta el despeinado con los que ganaron Boris Johnson en Inglaterra, Donald Trump en Estados Unidos, Jair Bolsonaro en Brasil y Giorgia

Meloni en Italia, entre tantos otros: todos prometieron y prometen que van a “luchar contra el establishment”.

Que el establishment, que el orden heredado es el problema, es algo en lo que todos podemos estar de acuerdo. Los desacuerdos son las orientaciones y cómo se manipula y se secuestran las aspiraciones populares.

Creo que los votantes deben hacerse una pregunta muy simple: ¿A quiénes creen ustedes que votarían los miembros del establishment? ¿A qué opción política creen ustedes que los grandes bancos, las grandes corporaciones privadas, nacionales y transnacionales, apoyan de formas directas e indirectas? ¿A qué opción política creen que apoya la oligarquía nacional e internacional, esos viejos linajes de familias patricias? O, por lo menos, ¿a qué candidato creen los ciudadanos que toda esa micro elite del verdadero poder internacional quisiera ver en el provisorio y casi irrelevante poder político de cada país?

Claro, para no hablar de las transnacionales se habla de otros trans. El objetivo es distraer una discusión macro-política a la micropolítica de una pseudo guerra cultural. La respuesta está desnuda a la luz del día, pero la han convertido en una estatua a la que pocos prestan atención. Para enmascarar una realidad incontestable, se crean brujas, comunistas y conspiraciones marcianas. Sin embargo, aun aceptando la fantasía de un poder comunista o marciano dominando la mente de las personas, ¿alguien podría ser tan necio y negar que el poder real se concentra en las finanzas y en la acumulación de capitales que nunca descansan de crear fortalezas mediáticas, ideológicas y culturales como antes los señores feudales levantaban castillos con el sudor de sus vasallos para luego enviarlos a sus guerras, a las que iban a morir en nombre de Dios?

Fracasado por unanimidad, contrafactual por tradición, el neoliberalismo fue reemplazado por el neofascismo. Pongamos, por ejemplo, Argentina: Los Marci fueron reemplazados por los Milei. Aunque en teoría el liberalismo se opone al fascismo, esto nunca importó a quienes administraban el poder de las naciones. Los liberales ingleses podían, de vez en cuando, criticar la brutalidad del Imperio Británico, pero en sus teorías y ecuaciones abstractas,

las colonias no existían. El problema era que los esclavos y los salvajes no entendían eso de la libertad anglosajona.

Esa tradición continuó hasta hoy, razón por lo cual los liberales y neoliberales se ponen furiosos cuando alguien menciona la existencia del imperialismo, de los poderes hegemónicos que deben ser considerados en cualquier explicación social, económica y cultural del mundo.

El liberalismo nunca, jamás fue practicado por los imperios, por las potencias hegemónicas capitalistas. Siempre fue una ideología de exportación y una práctica frecuente de las colonias. Ejemplos en la historia no sólo sobran sino que son consistentes y, sobre esto, ya nos detuvimos por años en libros y artículos.

El casamiento del liberalismo y, sobre todo del neoliberalismo con los fascismo de turno fue y es otra tradición. Bastaría con recordar desde el industrial Henry Ford hasta el mogul de los medios de prensa y de la industria cultural William Hearst, pasando por un enorme número de CEOs y millonarios, todos patriotas capitalistas y nazis sin disimulos, hasta que se inventó el discurso de “la lucha contra el comunismo”. En Asia, África y América latina abundaron los golpes de Estados promovidos y financiados por las potencias económicas y sus títeres liberales, campeones de un “libre mercado” que nunca (nunca) existió.

Los neoliberales apoyaron las brutales dictaduras militares y fascistas en abrumadora mayoría hasta encontrarnos hoy con la misma tradición: ¿o alguien podría decir que los poderosos empresarios, las corruptas y dictatoriales corporaciones traman en la oscuridad para que lleguen al poder político opciones independentistas de izquierda? ¿Sí? You’ve got to be kidding me.

Hoy todas las organizaciones y alianzas de extrema derecha, aparte de ser herederos directos de las dictaduras militares del siglo XX, se definen como liberales y campeones del “libre mercado”. ¿Casualidad? No. ¿Contradicción? Teórica-mente, sí. En la práctica, nunca lo fue. Desde el nacimiento del liberalismo, pasando por la esclavitud hasta el actual imperio de las corporaciones financieras, “libertad” y “libre mercado” significan “nuestra libertad de disponer de la libertad ajena”. De ahí esos gritos histéricos de “¡Viva la

libertad, carajo!”

También los eslavistas del siglo XIX gritaban en los congresos y en los periódicos que la esclavitud era la única forma de expandir el orden, el imperio de la ley y la libertad. Su orden, su imperio, su ley y su libertad. Esa es la libertad liberal. Cuando los de abajo reclaman sus derechos, son vistos como los inquisidores veían a las brujas y herejes: como peligrosos instrumentos del demonio. Así, hasta los niños aprendieron a temer a las brujas, no a quienes las quemaban vivas. Del terrorismo de la Inquisición, de los imperios, de los mercaderes de la muerte, nada.

Como dicen que dijo Mark Twain, “la historia no se repite, pero rima”. Hoy el neofascismo rima con el fascismo, como las prohibiciones de libros y la censura a los profesores en el Estados Unidos de Ron DeSantis rima con la inquisición que obligó a Galileo Galilei a desdecirse de su idea de que la Tierra gira alrededor del Sol, ya que el dogma, la tradición y las buenas costumbres de la gente de bien decían lo contrario.

Odio, ira, rabia, sexo y elecciones

"Nuestro verdadero enemigo es el Estado. El Estado es el pedófilo en el jardín de infantes, con los nenes encadenados y bañados en vaselina".

Javier Milei, Argentina. 16 de octubre de 2023

POCO ANTES DE LAS ELECCIONES presidenciales de 2016, una cuenta de Twitter asociada a supremacistas blancos publicó que el Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York había descubierto una red de pedofilia vinculada a miembros del Partido Demócrata. Este rumor creció cuando WikiLeaks publicó correos de John Podesta, el director de la campaña electoral de Hillary Clinton, los cuales fueron leídos en claves religiosas.

Un anónimo en la red 4chan afirmó que la frase "cheese pizza" (pizza con muzarella) hacía referencia a "c. p.", es decir "child pornography" (pornografía infantil). Los mismos correos revelaron que Podesta mantuvo correspondencia con el propietario de Comet Pizza, James Alefantis, un cocinero dueño de dos restaurantes y una galería de arte en Washington DC, afiliado al Partido Demócrata e identificado a sí mismo como gay. Este tipo de códigos medievales son comunes entre las redes sociales donde navegan los "alt-right" (extrema derecha post-Tea Party), según la cual un pancho o un frankfurter significa muchacho, "queso" muchachita, "helado" prostituto y "nuez", aparentemente, negro. Todo, como es tradición en la reprimida extrema derecha sectaria y religiosa, desbordante de contenidos y fijaciones sexuales.

El delirio de las "sovrainterpretaziones", como diría Umberto Eco, continuó con el análisis de estrellas y medialunas en el diseño de la cartelería del restaurante, las cuales se pueden encontrar en "dibujos satánicos" tanto como en la bandera turca, en la

estadounidense o en la de Carolina del Sur. Un logo con forma de corazón del hospital de niños St. Jude que aparecía en la página web del negocio fue considerada un secreto símbolo pedófilo. Luego se agregó una fotografía de Obama jugando al "Ping Pong" con un niño. Ping Pong → pizzería → Cheese Pizza → Child Pronography → rituales diabólicos.

Según la imaginación de estos cruzados internautas, el lugar donde se ejecutaban estos actos criminales contra menores, acompañados de rituales satánicos, era una pequeña pizzería de nombre Comet Ping Pong, ubicada en la Avenida Connecticut 5037, en Washington DC.

Días antes de las elecciones, el 19 de octubre, en un pueblo rural cercano a Columbus, Ohio, el candidato Donald Trump había declarado en su discurso, rodeado de cámaras y micrófonos, que "reconocería totalmente" el resultado de las elecciones "sólo si gano yo". El martes 8 de noviembre, obtuvo casi tres millones de votos menos (dos por ciento del total) que su adversaria, Hillary Clinton. No obstante, debido al sistema electoral heredado del sistema esclavista, Trump se convirtió en presidente. Trump no dejó de insistir, por años, que esas elecciones habían sido sucias, porque muchos inmigrantes ilegales habían votado por Clinton. Naturalmente, la misma lógica, pero con más "estamina" fue usada para explicar su derrota en 2020 contra el demócrata Joe Biden. Naturalmente, sus seguidores compraron (expresión que se origina en Estados Unidos y actualmente se usa hasta en América Latina) lo que querían creer hasta llegar al violento asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021.

El triunfo de Trump el 8 de noviembre de 2016 no calmó los ánimos de sus seguidores. Todo lo contrario. Un ejemplo fue el Pizzagate, ocurrido poco después de las elecciones. El 4 de diciembre, Edgar Maddison Welch, residente de Carolina del Norte, viajó hasta el DC, entró en la pizzería del Diablo y disparó su AR-15. Una vez creado el terror, comenzó a buscar el sótano donde se violaban niños (una especie de bunker de hormigón, según aparecía en una imagen de Instagram) pero no encontró más que unos estrechos depósitos con artículos de limpieza. Según declaró Welch a la policía, su misión era salvar niños, aunque no le importó

que en ese momento hubiese familias con niños disfrutando de un momento de tranquilidad. Aunque su procedimiento no reveló ni confirmó ninguna sospecha, ni Welch ni los miles de consumidores de 4chan y otras sectas digitales dejaron de dudar de la veracidad de su alucinada realidad.

Consistente con la misma tradición y al igual que las tapas de TIME, los escándalos sexuales que pueden acabar con el Universo deben tener rostros concretos. Por esta razón, QAnon y otras sectas digitales necesitan de historias como Pizzagate. En Estados Unidos, el consumo de imágenes pedófilas se paga con años de cárcel, pero la imaginación de los pedófilos (desde las cartas de los esclavistas que temían el fin de su supremacía legal hasta mujeres pseudo feministas como Rebecca Latimer Felton) tiene al menos dos siglos y no se castiga ni con una elección. Todo lo contrario

Pero en la actualidad la especialidad de los grandes medios, por razones profesionales, no suelen ser tanto las noticias falsas (como lo fuera la invención del ataque y hundimiento del USS Maine en La Habana en 1898 por la prensa amarilla de Nueva York), sino la manipulación de las noticias verdaderas. Son las redes sociales las que han vuelto a la creación directa de noticias falsas, con una diferencia: sus creadores y promotores ya no son poderosos directores de algún medio en procura de aumentar las ventas. Su mayor motivación es su propio fanatismo, es decir, son ellos los primeros en convencerse de una ficción antes de convencer a los demás, tal como lo indica la historia del proselitismo religioso. Claro que los beneficios van a otros niveles sociales.

En 2016 el candidato Donald Trump no se convirtió en presidente de Estados Unidos porque la prensa hubiese hablado bien de él, sino porque habló mucho de él. Cantidad sobre calidad, como en la comida chatarra. La mayoría de los grandes medios, desde el New York Times hasta CNN no se cansaron de publicar noticias, análisis e informes sobre el ilimitado material para la indignación que le proporcionaba el candidato más ridículo de la historia, luego de James Polk en 1844. Los temas iban al corazón de los bajos instintos, propios de las redes sociales que usaba el candidato hasta medio dormido durante altas horas de la noche: racismo, sexismo, tribalismo, xenofobia y todo tipo de temas tóxicos y negativos,

elementos constituyentes de nuestros reflejos ancestrales más profundos. Su oponente, Hillary Clinton, recibió coberturas más favorables de la gran prensa tradicional e, incluso, su campaña invirtió más dinero (768 millones) que su rival (398 millones). Sin embargo, como lo demostró la firma de análisis de datos de los medios MediaQuant, de julio de 2015 a octubre de 2016 la campaña presidencial de Donald Trump recibió 5,9 mil millones de dólares en atención gratis por parte de esta misma prensa, mientras que Clinton recibió apenas 2,8 mil millones.

Todo personaje que triunfe en las redes sociales, sea un político, un periodista o un influencer debe tener algo o mucho de negativo; algo o mucho ridículo; algo que exaspere a todo el mundo alrededor y dentro de su esfera de influencia. El enunciado sin base racional, estadística o histórica produce la indignación del lector circunstancial. El lector sensato reacciona tratando de rebatir el absurdo. Los seguidores del personaje ridículo lo admiran por su capacidad de poner furiosos a sus adversarios. El troll, real o involuntario, se convierte en su propio personaje alentado por las reacciones recibidas.

Como lo definiera el mismo Goebbels, “la propaganda debe reconducir la agresión especificando los objetivos del odio”.

Bots: racismo, clasismo y lucha de clases

EN 1997, TRABAJANDO EN MOZAMBIQUE como arquitecto recién egresado, visité junto con el alemán Reinhard Klingler (cooperante de una ONG llamada UFUNDA) las aldeas Cabo Delgado, de Mueda y Montepuez. En una de ellas, nos reunimos con los jefes del poblado para proponerles el plan que, según Reinhard, iba a ser financiado por un grupo de cooperación de la Unión Europea. A mí se me había encargado la tarea de aportar las soluciones edilicias de las escuelas de oficios según los recursos materiales y la mano de obra disponible en el área. Un atardecer, finalizada una de esas reuniones en un solemne patio de tierra colorada recién barrida, los jefes de la aldea se me aproximaron y me dijeron, en un portugués lleno de palabras makuas (cito de memoria y sin pretensiones de literalidad): “Estamos muy de acuerdo con todas sus propuestas… Pero queremos que el jefe encargado del proyecto sea un hombre blanco (ncunña o kunha)”. Tal vez notaron mi cara de sorpresa o debí responderles con alguna pregunta. “Sim, ncuña.., branco”. Lo que recuerdo, sin lugar a duda, fue la explicación que me dieron: “Es que los blancos son menos corruptos que los negros”. No recuerdo si les contesté o la respuesta fue solo una de las miles de notas que tomé para mi libro Crítica de la pasión pura que luego no incluí cuando en 1998 pude publicarlo en Montevideo: “Me temo que los amos blancos ya los han corrompido a ustedes haciéndoles repetir sus propias ideas y sus propios intereses, no el de ustedes”. Como escribió alguna vez el gran Frantz Fanon, el colonizado es un humain déshumanisé. O, más claro aún en su libro anterior, Peau noire, masques blancs (1952), “le Blanc obéit à un complexe d’autorité, à un complexe de chef, cependant que la Malgache obéit à un complexe de dépendance”.

Esa función que el colonizado, el deshumanizado cumplió por siglos, ahora es complementada por otro tipo de seres deshumanizados: los bots, los robots con inteligencia artificial. Es decir, en el fondo es lo mismo pero simplificado por la alta tecnología.

Por mucho tiempo, los expertos entendieron que una de las características de los bots eran que (1) no producían contenido y (2) eran monotemáticos. Está bien. Podemos ver que el primer punto es consistente con la misma etimología de la palabra bot, la que deriva de robot y, a su vez, deriva del checo esclavo. Por su parte, la etimología de esclavo deriva de eslavo, pero si saltamos a la etimología de adicto veremos que en la antigüedad se refería a esclavo, en el sentido de que los romanos entendían estos como aquel individuo que no piensa por sí mismo, sino que es adicto, es decir, dice por otro, dice lo que otro quiere que diga. Un robot, un bot, un esclavo.

El segundo punto se refiere a que los bots de las redes sociales, por lo general, tienen un objetivo político, es decir, de poder. Repite como un adicto, como un esclavo, en beneficio de su amo. No tiene intereses diversos, como un humano anterior a las redes, es decir, no habla de fútbol y de Hegel sino de su único tema. Es monotemático. El problema es que también es posible, y muy posible, encontrar humanos que encajan en este perfil es bots, de adictos, de esclavos. Hace por lo menos quince años, reflexionábamos sobre la nueva naturaleza material y psicológica en la que estábamos ingresando y, en algunos artículos, mencionamos algo que luego recogimos en el libro Cyborgs de 2012: “Mientras las universidades logran robots que se parecen cada vez más a los seres humanos, no sólo por su inteligencia probada sino ahora también por sus habilidades de expresar y recibir emociones, los hábitos consumistas nos están haciendo cada vez más similares a los robots”.

Actualmente, los más modestos bots de las redes sociales ya son capaces de expresarse con tartamudeos y tics, al tiempo que los humanos intentamos eliminarlos de nuestra naturaleza. El por entonces candidato a la presidencia Donald Trump, en los primeros tres meses de su campaña de 2016 llegó a citar 150 de sus propios bots como si fuesen humanos y humanos con algo importante que decir. A su vez, estas citas fueron reproducidas por otros humanos y por otros bots. Práctica que continuó luego de convertirse en presidente.

Para el año 2015, un tercio de los tweets y hasta la mitad del tráfico

en Internet ya era generado por bots. En muchos casos, los bots han sido humanizados con todos los defectos y costumbres de los humanos, como mantener de forma consistente otras cuentas en diferentes redes sociales con ideas y tics similares; o tomarse un tiempo prudente para responder a un tema urgente. En 2014, un bot logró pasar por primera vez el Test de Turing (diseñado en 1950 por el genio de la computación Alan Turing) haciéndole creer a los jueces, en una entrevista de cinco minutos, que se trataba de un verdadero ser humano. Debido a esta habilidad de sustituir humanos con la sensibilidad de lo real, como cuando alguien habla nuestro propio lenguaje y se expresa como nuestros propios amigos, estos bots has sido capaces de alentar levantamientos sociales y, sobre todo, de desarticular protestas reales de gente real con problemas reales.

Los CEOs de las mega plataformas sociales como Twitter y Facebook se excusan ante la proliferación de contenido racista afirmando que “no somos los árbitros de la verdad”. Algo que sería maravillosamente correcto de no ser porque es sólo una ilusión conveniente. Actualmente, la sensibilidad ante el racismo en Estados Unidos ha desplazado otra realidades como el clasismo o la explotación de seres humanos a larga distancia en beneficio de la micro elite empresarial. Las plataformas arbitran no sólo posiciones políticas, como quien tiene razón en el conflicto Rusia-OTAN, o Trump-Biden, sino que toda su existencia e ingeniería psicología se basa en la ideología del consumo y los beneficios de la “libre competencia”, uno de los mitos más obscenos de nuestro tiempo, si es que hay otro más obsceno.

No por casualidad, la juventud rebelde, revolucionaria y de izquierda en los siglos XIX y XX era una juventud ilustrada en los libros mientras que en la actualidad la juventud reaccionaria, conservadora y de derecha ha sido educada en las redes sociales. No por casualidad, la propagación de fake news de estas “redes neutrales” ha proliferado en temas clásicos de la extrema derecha, como la religión, la tribu y el racismo.

Luego de las más recientes invasiones y de las guerras post coloniales de la potencias occidentales en África y Medio Oriente (Afganistán, Irak, Libia, Siria, Yemen) ocurrió el mismo fenómeno

que con las guerras de Washington en su Patio trasero de América Latina: miles comenzaron a huir del caos del Sur global hacia el único lugar donde se podía encontrar trabajo remunerado, el Norte civilizado, y no fueron bien recibidos. Las fronteras de Estados Unidos y de Europa se cerraron para "proteger nuestra cultura", para "proteger la ley y el orden", para "proteger nuestras fronteras", derechos que nunca se respetaron cuando se trató de las fronteras, de las cultura y de las leyes y el orden de los otros, los salvajes.

Debido al envejecimiento de la población en Alemania y a cierta sensatez de la canciller Angela Merkel, se permitió el ingreso de varios miles de refugiados sirios. Pero como en el resto de Europa, los inmigrantes fueron resistidos como invasores. Como esta narrativa no resultó suficiente, se recurrió a otro clásico del género, ejercido con extrema habilidad demagógica por el expresidente Donald Trump y por la mayoría de los políticos de su partido: "los inmigrantes negros y pobres vienen a violar nuestras mujeres". Este discurso recurrente de la imaginación pornográfica del siglo XIX (la feminista y educadora Rebecca Latimer Felton recomendaba mil latigazos para evitar que los negros libres violaran a las muchachitas rubias, pese a que las violaciones más frecuentes eran de los blancos a las jóvenes negras). Para cuando Rebecca Felton fue elegida primera senadora mujer de la historia de este país en 1922, también una parte de los científicos europeos y estadounidenses (contrario a lo que afirmaron en diversos ensayos latinoamericanos como el cubano José Martí o el peruano González Prada) estaban convencidos de la superioridad de unas razas sobre otras, según su propia idea de superioridad. En 1923, el especialista Carl Brigman en su Study of American Intelligence escribió: "la superioridad de nuestra población nórdica sobre otros grupos como los alpinos, los europeos mediterráneos y los negros es algo que ha sido demostrado". El mismo autor se arrepentirá de esta conclusión site años más tarde considerando que no estaba bien fundada en los datos disponibles, pero la cultura popular y los poderes que forman y manipulan sus debilidades ya se habían movido como un tsunami hacia otro lado. Los años 30 fueron el apogeo del nazismo en Europa y, en Estados Unidos, el odio contra los negros y la expulsión de ciudadanos estadounidenses con cara de mexicanos alcanzó niveles históricos. El poder de estas teorías no terminaron con la derrota de Hitler; continuaron en la práctica con

experimentos médicos entre los negros de Estados Unidos y los pobres de Guatemala; continuaron con las guerras imperialistas y las esterilizaciones masivas de razas inferiores, como en Puerto Rico en los años 70 y en Perú en los años 90.[1]

En la Europa del siglo XXI se difundió repetidas veces el rumor falso y centenario de que los inmigrantes de piel oscura estaban matando a los hombres y violando a las pobres e indefensas europeas blancas. Estos rumores nunca fueron confirmados por las estadísticas, pero ese es un detalle desechable por la masa enardecida.

Otro ejercicio de rumor falso, apetecido por el millonario mercado del odio germinado en el miedo, asoló las víctimas de múltiples masacres ocurridas en Estados Unidos en las dos últimas décadas. Diversas plataformas habitadas por moscas anónimas circularon la versión de que estas masacres habían sido montajes, a pesar de que tanto los familiares como las tumbas de las mismas víctimas estaban allí para verificar su existencia. No por casualidad, los grupos que se encargaron de viralizar estas teorías conspiratorias eran de extrema derecha, de derecha o, simplemente partidarios de la derecha política, amante de las armas.

Luego de todo el antecedente humano, no es mera casualidad el hecho de que hasta los bots sean racistas. A principios de 2016 Microsoft lanzó su bot estrella, una chica inexistente con el bagaje lingüístico de una humana de 19 años que, dotada de inteligencia artificial podía interactuar con humanos reales en Twitter y en chats telefónicos como GroupMe. Los chats con Tay (Thinking About You) eran tan realistas que hasta errores de puntuación incluían. De esta interacción en “el mundo real”, Tay aprendió a ser Tay. A poco de estas enriquecedoras tertulias (como en el siglo pasado una joven aprendía de las conversaciones de los café de intelectuales en París o Montevideo) Tay se convirtió en una asquerosa racista. Hasta el punto de que la empresa Microsoft, seguramente no tanto por razones morales sino económicas, decidió extenderle un certificado defunción 16 horas después de su nacimiento. Una vida corta, sin dudas, pero suficiente para escribir casi cien mil mensajes de tweets.

Otros experimentos mejorados (como Zo, más políticamente

correctos) duraron más y fracasaron igual por razones similares. Mega plataformas como Facebook han intentado limpiar todo este racismo y sexismo ambiental que sirve de alimento a las futuras IA. Sin embargo, la técnica de censurar páginas y textos por incluir expresiones racistas se parece mucho a la actual cancel culture que se originó en Estados Unido y ya casi ha abarcado otros continentes. De la misma forma que en diversas instituciones de educación varios maestros y hasta profesores han perdido sus trabajos por mencionar la palabra “negro” cuando pretendían denunciar el racismo en algún texto, documento u obra de ficción, así los bots censuraron textos que denunciaban el racismo contra indios o negros por incluir frases que el bot malinterpretaba en su contexto general.

El mismo problema con la tecnología “biometric” o de reconocimiento facial, según la cual los rostros de gente no blanca tenían más posibilidades de ser reconocidas como sospechosas. O simplemente no las reconocen como rostros humanos. Esta observación no es nueva. En términos económicos pertenecen a la prehistoria de las técnicas de reconocimiento facial, denunciadas por lo menos desde el año en 2009. Si nos remontásemos a la tecnología de la fotografía desde el siglo XIX, la historia no es muy diferente. Según el historiador del cine Richard Dyer, cuando los primeros fotógrafos recurrieron al retrato en la década de 1840, “experimentaron con la química del material fotográfico, el tamaño de la apertura, la duración del revelado y la luz artificial, procedieron bajo la suposición de que lo que había que hacer bien era el aspecto de la cara blanca”.

Fraudes electorales 2.0

EN EL SUR GLOBAL LAS DEMOCRACIAS independientes se corregían con un golpe de Estado. Aun así, los medios jugaban un rol fundamental, al extremo de que la CIA o sus sucursales criollas solían “preparar el terreno” con editoriales plantados, advirtiendo de un peligro inminente, como el secuestro de niños o algún plan para asesinar a los padres cuyos nombres comenzaran con la letra H o B.

Las dictaduras solían legitimarse con elecciones fraguadas. Las democracias también. Es decir, hasta no hace muchos años, era necesario manipular los sistemas electorales. Luego se procedió con una innovación: en lugar de hackear los sistema electorales, era mucho más efectivo (y hasta legal) hackear a los electores.

No es necesario dinero para producir bots, pero sí es necesario, y mucho, para implementar una logística que logre manipular la opinión pública a través de la desinformación y la exacerbación de los miedos más ancestrales.

Como todos saben, el programa más poderoso de hackeo de teléfonos privados es Pegasus. Sus clientes suelen ser gobiernos o grandes compañías, ya que el club es selecto y, como en cualquier club exclusivo (como alguno con piscinas donde mean solo los ricos) la matrícula es costosa, para que no se acerque la chusma. Pegasus cobra 650.000 dólares, más una tarifa de instalación de 500.000. En otros casos, como los back doors, ya vienen incluidos con las computadoras, son instaladas en secreto en las aduanas o se las instalan gratis apenas el usuario conecta su nueva herramienta de trabajo a Internet.

Es gratis porque el usuario no es el cliente; es el producto, y el electrónico que compra es cada vez menos su propiedad. Sus fabricantes han encontrado la forma legal para establecer el milagro postcapitalista de que cuando compramos un objeto, el objeto no es nuestro; sólo el derecho a usarlo. Pronto esto se extenderá a los

automóviles y otros productos. Sistemas gratis, como Linux, son más seguros porque son abiertos, algo así como Wikipedia, pero aun así las agencias secretas han logrado infiltrarlo, como suelen infiltrar Wikipedia.

Los bots son más económicos y efectivos que la inteligencia artificial y ya han demostrado su efectividad en el pasado. Por otro lado, con un poco de conocimiento, un poco de tiempo y voluntad, tampoco es difícil identificarlos. Uno de los rasgos más notables, aparte de la monotemática que señalábamos en un artículo anterior, es su capacidad de producción que sobrepasa la de cualquier ser humano, como lo es escribir miles de tweets o participar en miles de diálogos en pocas horas.

Cuando Elon Musk tomó el gobierno de la red social más política de todas comprando la mayoría de las acciones, lo hizo prometiendo solucionar el problema de los bots. Como todo buen político y gran hombre de negocios, fue pura demagogia. La cantidad de bots, un tercio antes del golpe de Musk, aumentó.

¿Por qué Twitter no incluye una marca que indica la probabilidad de que una cuenta sea un bot? Existen IA e, incluso, otros bots que pueden hacerlo. Existen sitios que identifican el porcentaje de seguidores falsos… No, por el contrario, Twitter ha eliminado el conteo de la cantidad de tweets de un usuario, lo cual es el principal indicio para detectar bots. En 2016, el más famoso de los bots, Tay, escribió cien mil tweets en 16 horas. Lo sabemos porque Twitter solía mostrarlo en cada cuenta. Ahora, ese indicador no es público.

Ese mismo año, la campaña de Donald Trump denunció fraude en las elecciones. Los demócratas derrotados hicieron lo mismo, pero acusaron a Rusia de haber interferido en las elecciones con campañas de desinformación. Los expertos consideran este año como un punto de inflexión, pero el hackeo de la opinión pública por medios electrónicos es mucho más antiguo.

En 2012 se criticó al presidente Hugo Chávez de haber ganado unas elecciones opacas. Hoy sabemos que Team Jorge participó en el hackeo de la opinión pública venezolana y mundial para perjudicar a Chávez. Más recientemente, en 2022, Jorge llevó a cabo una

campaña de desinformación afirmando que el Frente Polisario tenía vínculos con Hezbollah e Irán.

Jorge es el nombre dado a un equipo de contratistas con base en Tel Aviv, especializados en el uso de actividades cibernéticas que incluyen piratería informática, sabotaje y campañas de desinformación en redes sociales dirigidas por bots para manipular los resultados de múltiples elecciones. Una de sus principales herramientas es un paquete de software llamado Advanced Impact Media Solutions (AIMS). Su fundador, el ex agente de las fuerzas especiales israelíes Tal Hanan, se ha dedicado a este negocio desde principios de siglo. Según el mismo Hanan e emails filtrados, su cybermafia manipuló 33 elecciones en 30 países, de las cuales ganaron 27, cuyos beneficios iban de 200.000 dólares mensuales hasta más de diez millones.

"¿De dónde sacas esos datos personales?", le preguntó un cliente.

"No puedo decirte; si lo hago, luego tendría que matarte", bromeó (¿?) Hanan.

Otro grupo similar y más conocido es el británico Cambridge Analytica, el cual prestó servicios para el referéndum del Brexit y para las elecciones estadounidenses.

Según Samuel Woolley, diez años atrás Ucrania era el epicentro de nuevas formas de manipular la opinión pública usando información de muy baja calidad. "Más tarde nos dimos cuenta de que Ucrania era la avanzada de la propaganda computacional en el mundo. Ahora [2020] cuando queremos tener una idea de hacia dónde va el futuro de las fake news y de los bots políticos, simplemente miramos hacia Ucrania. Es un caso de estudio".

En 1997, la OTAN fundó en Ucrania agencias (como el "Centro de Información y Documentación, NIDC) dedicadas al arte de la guerra moderna, es decir, de la propaganda computacional. El objetivo era "crear conciencia y comprensión sobre los objetivos de la OTAN en Ucrania", formando por décadas a "periodistas independientes". Entre 2014 y 2016, el Consejo Nacional de Radiodifusión y Televisión de Ucrania le retiró los derechos de emisión a decenas de canales rusos. En 2017, la prohibición se extendió a los canales

independientes.

El 16 de marzo de 2022, Sean McFate, integrante del Atlantic Council, fue directo: “Rusia puede estar ganando la guerra en el campo de batalla, pero Ucrania está ganando la guerra de la información. Esa es la clave para obtener el apoyo y la simpatía de los aliados”. Un oficial del Departamento de Estado señaló que “los ucranianos han dado una clase magistral en guerra de información”.

¿Estos grupos descubiertos, como Team Jorge, continúan activos? Negarlo sería tan ingenuo como afirmar que la CIA dejó de conspirar cuando en 1975 el senado de Estados Unidos descubrió Operación Mockingbird. Basta con echar una mirada a las elecciones de Argentina para observar la proliferación de bots rales o de carne y hueso. Naturalmente, tomando partido. Aunque grupos como Team Jorge son mercenarios (como lo era el padre de la manipulación de la opinión pública Edward Bernays), en todos los casos beneficiaron a candidatos y a opciones electorales de derecha, a miembros o a mayordomos del Club Exclusivo.

Por pura casualidad, ¿no?

¡Viva el Partido Chimpancé!

ME ENVÍAN OTRO CORREO AMENAZANTE y, abajo, incluyen una conversación, una de esas cosas que antes quedaban en el bar cuando se bajaban las cortinas a la medianoche y, al día siguiente, nadie recordaba qué había dicho el simpático borracho. Incluyo aquí esta discusión (aparentemente tuvo lugar en México) porque es algo público y sólo como otro ejemplo de clásico cliché popular que la CIA logró plantar en todos los países de América Latina y, como el neoliberalismo chileno, regresó, como un bumerang, a Estados Unidos por vías conocidas. La mentalidad fascista (en nombre de la libertad, claro) nunca madurará.

VÍCTOR UGO VENTURA: "¿Hacia dónde huyen Los Cubanos y los Venezolanos? Ellos no quieren vivir bajo ese régimen, disfrutan mucho de vociferar contra el capitalismo cómodamente". (Las mayúsculas en los gentilicios delatan a un hispano inmigrante en Estados Unidos; o un "inmigrante virtual" en su defecto; dejemos de lado los IPs reversos y cosas más obvias).

Más abajo, alguien incluye una captura de mi artículo en el Huffington Post del 2020, "¿Por qué la gente huye de los países capitalistas?". Obviamente, una provocación de mi parte. No soy inocente en esto.

EDGARD GARCÍA: "Jajajajajajaja Majfud? Un comunista de mierda y lamehuevos de China y Rusia". (Recién me entero, pero más vale tarde que nunca)

ENERVANTE: "Tan comunista y lamehuevos que habla mal de Estados Unidos y lo dejan publicar en un medio de Estados Unidos".

EDGARD GARCÍA: "Para que aprendas lo que es la libertad de expresión y en que países es posible llevarla a cabo".

Estos clichés no pasarían del humor de bar si no fuera por las consecuencias electorales en distintos países donde los votantes son sistemáticamente hackeados. ¿Cómo no entender, así, el creciente

desprestigio de las democracias, si no es por el creciente abuso de la dictadura corporativa—financiera y mediática? Si en cada elección votasen los chimpancés del zoológico, probablemente elegiríamos mejor a nuestros gobernantes.

No exagero. En 2014 se realizó una encuesta donde se formularon tres preguntas básicas sobre la realidad mundial a británicos y estadounidenses. Publicamos sobre esto. Sólo un décimo respondió correctamente. Es decir, concluyó Hans Rosling, que si se formulasen las mismas preguntas a un grupo de chimpancés y éstos elegirían sus respuestas al azar, sin duda aproximadamente el treinta y tres por ciento respondería correctamente. ¿Cuál es el problema? Es muy difícil concluir que los chimpancés son más inteligentes que los humanos. La respuesta parece por demás obvia: los chimpancés, con toda su ignorancia de historia, de política y geopolítica, no están manipulados por la propaganda dominante que se llama a sí misma "libertad de prensa" y "libertad de expresión". ¿Estoy en contra de restringir la libertad de prensa y de expresión? Justamente lo contrario.

Ese infantilismo intelectual que suele provenir de los "anticomunistas" que ponían bombas en Miami, Washington, Nueva York y por todo el Caribe y acusan a alguien de ser contradictorio (y peligroso…) por defender un derecho ejerciéndolo, como lo es criticar "a un país que le permite libertad de expresión".

"¿Por qué no te vas a Palestina o a Cuba y pruebas criticar sus gobiernos?".

La misma historia cuando uno es acusado de antidemocrático por observar algo más que obvio: los mayores y más brutales, racistas e imperialistas regímenes de la historia moderna han sido democracias.

Eso no me hace un enemigo de la democracia, aunque esta palabra es otro ideoléxico y en ella caben muchas realidades contradictorias. Por el contrario, por al menos dos décadas, creo que mi crítica ha sido por demás consistente: el problema es, precisamente, que no tenemos democracias plenas, sino democracias de cartón, sistemas neofeudarles, dictaduras donde los capitales y el sermón están monopolizados, como en la Edad Media

—de hecho, de una forma mucho más radical.

La lógica popular y fosilizada indica que, si en un país la gente vota por sus representantes, entonces tiene derecho a invadir cualquier otro país. Invadir, masacrar, imponer nuestras políticas y llevarse el botín, como hacían los piratas (privateers), ejemplos de democracias; como hacían las compa-ñías privadas anglosajonas desde el siglo XVII, como ya indicamos en libros y artículos.

No voy a volver sobre eso del pecado de "criticar a un país donde uno reside", porque es demasiado infantil y fascista. Signo inequívoco de que la decrepitud ha llegado antes de la madurez. Como ya dijimos años antes, el fascismo no es tanto una ideología sino una condición mental. Si el marxismo está obsesionado con el futuro, el fascismo ama el pasado más que a la vida y considera a los países, a las naciones modernas como si fuesen tribus, comarcas de la propiedad de algún marqués, conde, vizconde o duque (duce). Como en el ajedrez, la nobleza enviaba a los peones (milicias, militares, milicianos rejuntados de a mil) a matar y morir con pasión por una causa ajena: la Patria (ajena), la Libertad (ajena) y los capitales (ajenos). Definición perfecta de fanatismo. Aparte de los teléfonos inteligentes que tanto fascinan a los chimpancés en los zoológicos, nada o muy poco ha cambiado desde entonces.

Como siempre, tal vez me equivoco, pero creo que tampoco es necesario ser comunista, como alguno de mis buenos amigos, para luchar por la justicia social y contra la arrogancia imperialista, cuando no cipaya. ¿Hay algo más valioso para la brutalidad capitalista que la inoculación del miedo al comunismo? ¿Hubo en América Latina un mayor promotor del comunismo que Washington, la CIA y las insaciables corporaciones privadas?

Debería ser suficiente aclarar que no critico a países, realidades compuestas de una infinita diversidad, sino a todo un sistema global y hegemónico. Sin duda, la libertad de expresión (no la libertad de comprar políticos y opiniones masivas con millones de dólares, pero algo es algo) que tenemos es a pesar de esta gente, no gracias a ellos. Recordemos que la libertad de expresión estaba garantizada en la constitución de la Confederación que quiso separarse de Estados Unidos para mantener su derecho a la esclavitud—fija. Hasta que los críticos del sistema comenzaron a crecer en influencia

y hubo que tomar medidas. Esa es la lógica.[2]

Si todavía tenemos alguna libertad de expresión en Estados Unidos y en muchos otros países, no es gracias a este tipo de gente sino a pesar de ellos. Es gracias a los críticos que mantienen viva las democracias que agonizan en el CTI de la historia, gracias a los falsos “defensores de la libertad”, como se definían los mismos esclavistas. Nada nuevo.

Lo bueno de envejecer es que más temprano que tarde estas tonterías nos importan un rábano—más allá de la risueña anécdota. Y, ya que estamos, les dejo un artículo publicado en El País de Madrid de 2015—antes que se terminase el cariño mutuo, por obvias razones: “La opinión propia y otras banalidades”.

Fondos buitres, jueces carroña

EL 13 DE SETIEMBRE DE 2023, la representante por Nueva York, Alexandra Ocasio-Cortez inquirió en el Congreso a la profesora Kathleen Clark. Según esta experta en ética, no quedan dudas: el juez Samuel Alito no debió intervenir en el caso de los fondos buitres contra Argentina por un conflicto de intereses. El escándalo de los regalos recibidos por los jueces de la Corte Suprema de Estados Unidos comienza a anestesiar la sensibilidad ética de la población por dos razones: Una, porque ya no son novedad; otra porque queda claro que la ley es igual para todos pero no se aplica de la misma forma. Incluso, se aplica diferente para un juez de tribunales inferiores que para aquellos en las alturas. Y, como todo lo que está en las alturas del poder, los amigos suelen ser más que multimillonarios y estar dotados de superpoderes estilo Superman o el Hombre Araña.

En 2014, el tribunal acordó resolver una cuestión clave en una batalla de una década entre el fondo de cobertura del multimillonario Paul Singer y la Argentina. Singer ha sido definido por la revista Fortune como “uno de los inversores más listos e impiadosos de la industria de los fondos de cobertura (fondos buitres)”. Un especialista en volar en búsqueda de países quebrados por el mismo juego que Singer sabe jugar muy bien.

Pero para ser listo, exitoso e impiadoso hay que tener buenos amigos en el poder. Singer es conocido de muchos jueces de varios países, entre ellos los jueces de la Corte Suprema de Estados Unidos, y no en pocas ocasiones ha solicitado a la Corte Suprema que falle a su favor en disputas comerciales de alto riesgo. De lo poco que se puede saber, ahora se sabe que en el año 2008 llevó en su jet privado al juez Alito a Alaska en el verano de 2008 a un costo de 100.000 dólares por viaje, mientras participaba en el caso de alto riesgo entre los fondos buitres de su amigo y el gobierno de Argentina.

Luego de que el gobierno de Argentina propusiera un plan de

negociación del restante de su deuda en 2013, el caso finalmente llegó a la Corte Suprema en Washington, y Alito se unió a la decisión contra el país sudamericano. En 2016, el nuevo gobierno argentino llegó a un acuerdo de pago con Paul Singer (quien un par de años antes había forzado al país a un default técnico), aceptando un acuerdo más beneficioso con el pago del 75 por ciento de la deuda.

Según declaró en el Congreso la profesora Kathleen Clark, si el juez de la Corte Suprema, Samuel Alito, estuviera sirviendo en un tribunal inferior, se le habría exigido que se abstuviera de participar en los casos del multimillonario de los fondos buitres Paul Singer. Esta declaración fue realizada el 13 de setiembre en la Cámara de Representantes en una audiencia del Comité de Supervisión sobre litigios de terceros en los tribunales de la nación ante el cuestionamiento de la representante demócrata de Nueva York, Alexandria Ocasio-Cortez.

Pero para los jueces de la Corte Suprema las reglas y leyes que aplican al resto de los jueces son sugerencias para ellos. Según la ley, el juez Alito debió excluirse de un caso que resultó en un fallo que le dio a su amigo Singer 2.400 millones de dólares de las arcas argentinas.

“No se recusó de este caso y, de hecho, usó su puesto en la Corte Suprema después de todo esto para fallar a favor de Singer… Tras la decisión, el fondo de cobertura del señor Singer recibió finalmente 2.400 millones de dólares debido a este fallo” Luego, la congresista Ocasio-Cortez señaló una imagen ampliada del millonario Paul Singer y el juez Samuel Alito pescando y concluyó: “No es un mal retorno de la inversión para un viaje de pesca”.

Cuando Ocasio-Cortez preguntó a la profesora Clark si un juez federal tendría que recusarse si estuviera en el lugar de Alito, la experta confirmó: “Sí, hay un estatuto federal que requiere la recusación tanto de los magistrados como de los jueces bajo ciertas circunstancias”.

El estatuto que citó Clark requiere la recusación cuando el juez sabe que él, como individuo o fiduciario, tiene un interés financiero en el tema en controversia o en una parte del procedimiento que podría

afectar de alguna forma la decisión del juez.

También el profesor Abbe Smith estuvo de acuerdo: Alito no debió tomar el caso. Para Virginia Canter, ex abogada de ética gubernamental, un viaje gratis en avión privado no es un aceptable para un juez de la Suprema Corte. Los jueces están obligados a declarar regalos por más de 400 dólares. La excepción sólo cubre comida, alojamiento y hasta entretenimiento, confirmó Canter.

En su defensa, el juez Alito dijo que el albergue de pesca en Alaska era "cómodo pero rústico" y servía "comida casera". La última noche, uno de los invitados se jactó de que el vino que estaban bebiendo costaba 1.000 dólares la botella, pero el juez declaró no recordar si había bebido vino esa noche. Sí recordaba no haber hablado nunca de negocios con el campeón de los fondos buitres y, casualmente, su taxi, guía turístico y anfitrión, Paul Singer.

Según críticos, quien más créditos tiene en el logro de tribunales federales poblados de jueces conservadores es el activista de los millonarios Leonard Leo. Recientemente recibió 1.600 millones de dólares para promover su loable trabajo y, aparte de ser amigo del juez Alito y del magnate Singer, también fue uno de los invitados a Alaska esos días de 2008, ahora en cuestionamiento.

Todo lo cual serían datos irrelevantes ya que, según el mismo Leonard Leo, "nadie que sea objetivo y esté bien informado de cómo funciona el poder judicial, podría creer honestamente que los jueces deciden casos para ganarse el favor de sus amigos o a cambio de un asiento de avión gratis o de un viaje de pesca.

Como sea, Paul Singer ganó el fallo contra Argentina por miles de millones de dólares en una corte conformada por amigos y solo él se embolsó 2.400 millones de dólares, gracias al fallo del tribunal superior, conformados por jueces independientes que luchan contra la corrupción—legalizándola.

El nuevo escándalo del juez Alito se suma al de su colega de la Corte Suprema, Clarence Thomas, también por recibir regalos de cientos de miles de dólares por parte de amigos millonarios. ¿Es que ya no se puede tener amigos millonarios? Uno de ellos, Leonard Leo lo apoyó en su nominación a la suprema Corte, al igual que hizo

con los otros jueces, Roberts, Alito, Gorsuch, Kavanaugh y Barrett.

Kyle Herrig, director del Proyecto de Integridad del Congreso y presidente del organismo de control Accountable.US, dijo que “a medida que la crisis de corrupción de la Corte Suprema crece con otra aparente violación del código de ética de la Corte, no sorprende que Leonard Leo esté justo en el medio. Él es la influencia corruptora responsable de esta podredumbre”.

CRÍMENES DE OPINIÓN

Libertad de expresión en tiempos de la esclavitud

EL PRIMERO DE ENERO DE 1831 apareció en Massachusetts The Liberator, el primer periódico abolicionista del país y, más tarde, defensor del sufragio femenino. Por entonces, los esclavistas de Georgia ofrecieron una recompensa de 5.000 dólares (más de 160.000 dólares al valor de 2023) por la captura de su fundador, William Lloyd Garrison. Naturalmente, así es como reacciona el poder a la libertad y la lucha por los derechos ajenos, pero este intento de censura violenta no era por entonces la norma legal. La libertad de expresión establecida por la Primera Enmienda se aplicaba a los hombres blancos y nadie quería violar la ley a plena luz del día. Para corregir esos errores siempre estuvo la mafia, el paramilitarismo y, más tarde, las agencias seretas que están más allá de la ley—cuando no el acoso legal bajo otras excusas.

En su primer artículo, Garrison ya revela el tono de una disputa que se anuncia como algo de larga data: “Soy consciente de que muchos se oponen a la dureza de mi lenguaje; pero ¿no hay motivo, acaso? Seré tan duro como la verdad y tan intransigente como la justicia. Sobre este tema, no quiero pensar, ni hablar, ni escribir con moderación. ¡No! Dígale a un hombre cuya casa está en llamas que dé una alarma moderada, que rescate moderadamente a su esposa de las manos del violador, que rescate gradualmente a su hijo del fuego…”

The Liberator, ejerciendo su derecho a la libertad de prensa, comenzó a enviar ejemplares a los estados del sur. La respuesta de los gobiernos sureños y de los esclavistas no fue prohibir la publicación, ya que iba contra la ley—una ley que fue hecha para que unos hombres blancos y ricos se protegieran de otros hombres blancos y ricos que nunca se imaginaron que esta libertad podía amenazar de alguna forma la existencia del poder político de todos los hombres blancos y ricos.

En lugar de violar la ley se recurrió a un viejo método. No es necesario romper las reglas cuando se pueden cambiarlas. Es así

como funciona una democracia. Claro que no todos tenían, ni tienen, las mismas posibilidades de operar semejante milagro democrático. Quienes no pueden cambiar las leyes suelen romperlas y por eso son criminales. Quienes pueden cambiarlas son los primeros interesados en que se cumplan. Excepto cuando la urgencia de sus propios intereses no admite demora burocrática o, por alguna razón, se ha establecido una mayoría inconveniente, a la que aquellos en el poder acusan de irresponsable, infantil o peligrosa.

En principio, como no se podía abolir directamente la Primera enmienda, se limitó las pérdidas. Carolina del Norte aprobó leyes prohibiendo la alfabetización de los esclavos.[3] Las prohibiciones continuaron y se extendieron por los años 1830s a otros estados esclavistas, casi siempre justificándose en los desórdenes, protestas y hasta disturbios violentos que habían inoculado los abolicionistas entre los negros con literatura subversiva.

La propaganda esclavista no se hizo esperar y se distribuyeron posters y panfletos advirtiendo de elementos subversivos entre la gente decente del Sur y de los peligros de las pocas conferencias sobre el tema tabú. El acoso a la libertad de expresión, sin llegar a su prohibición, también se daba en las mayores ciudades del Norte. Uno de los panfletos proesclavistas fechado el 27 de febrero de 1837 (un año después de que Texas fuese arrancada a México para reestablecer la esclavitud) invitaba a la población a reunirse frente a una iglesia de la calle Cannon en Nueva York, donde un abolicionista iba a dar una charla a las siete de la noche. El anuncio llamaba a “silenciar este instrumento diabólico y fanático; defendamos el derecho de los Estados y la constitución del país”.

Las publicaciones y las conferencias abolicionistas no se detuvieron. Por un tiempo, la forma de contrarrestarlas no fue la prohibición de la libertad de expresión sino el incremento de la propaganda esclavista y la demonización de los antiesclavistas como peligrosos subversivos. Más tarde, cuando el recurso de la propaganda no fue suficiente, todos los estados del Sur comenzaron a adoptar leyes que limitaban la libertad de expresión de ideas revisionistas. Solo cuando la libertad de expresión (libertad de los blancos disidentes) se salió de control, recurrieron a leyes más agresivas, esta vez

limitando la libertad de expresión con prohibiciones selectivas o con impuestos a los abolicionistas. Por ejemplo, en 1837, Missouri prohibió las publicaciones que iban contra el discurso dominante, es decir, contra la esclavitud. Rara vez se llegó al oprobio de encarcelar a los disidentes. Se los desacreditaba, se los censuraba o se los linchaba bajo alguna buena razón como la defensa propia o la defensa de Dios, la civilización y la libertad.

Luego de estallar la Guerra Civil, el Sur esclavista escribió su propia constitución. Como lo hicieran los tejanos anglosajones apenas separados de México y por las mismas razones, la constitución de la Confederación estableció la protección de la "Institución peculiar" (la esclavitud) al mismo tiempo que incluyó una cláusula en favor de la libertad de expresión. Esta cláusula no impidió leyes que la limitaban para un lado ni que el paramilitarismo de las milicias esclavistas (origen de la policía sureña) actuaran a su antojo. Como en el "We the people" de la Constitución de 1789, como originalmente la Primera enmienda de 1791, esta "libertad de expresión" no incluía a gente que ni era "the people" ni eran humanos completos y responsables. Se refería a la raza libre. De hecho, la constitución del nuevo país esclavista establecía, en su inciso 12, casi como una copia de la enmienda original de 1791: "El Congreso no hará ninguna ley con respecto al establecimiento de una religión, o que prohíba el libre ejercicio de la misma; o coartando la libertad de expresión, o de prensa; o el derecho del pueblo a reunirse pacíficamente y solicitar al Gobierno la reparación de agravios". Más justo, equitativo y democrático, imposible… El secreto estaba en que, otra vez, como casi un siglo antes, eso de "el pueblo" no incluía a la mayoría de la población. Si alguien lo hubiese observado entonces, sería acusado de loco, de antipatriota o de peligroso subversivo. Es decir, algo que, en su raíz, no ha cambiado mucho en el siglo XXI.[4]

Para cuando el sistema esclavista fue legalmente ilegalizado en 1865, gracias a las circunstancias de una guerra que estuvo a punto de perderse, The Liberator ya había publicado 1820 números. Aparte de apoyar la causa abolicionista, también apoyó el movimiento por los derechos iguales de las mujeres. La primera candidata mujer a la presidencia (aunque no reconocida por ley), Victoria Woodhull, fue arrestada días antes de las elecciones de

1872 bajo el cargo de haber publicado un artículo calificado como obsceno—opiniones contra las buenas costumbres, como el derecho de las mujeres a decidir sobre su sexualidad. Como ha sido por siglos la norma en el Mundo libre, Woodhull no fue arrestada por ejercer su libertad de expresión en un país libre, sino bajo excusas de infringir otras leyes.

Con todo, esta no es una característica exclusiva del Sur esclavista ni de Estados Unidos en su totalidad. El Imperio británico procedió siempre de igual forma, no muy diferente a la "democracia ateniense", veinticinco siglos atrás: "somos civilizados porque toleramos las opiniones diferentes y protegemos la diversidad y la libertad de expresión". Claro, siempre y cuando no crucen determinados límites. Siempre y cuando no se conviertan en un verdadero peligro para nuestro poder incontestable.

En este sentido, recordemos sólo un ejemplo para no hacer de este libro una experiencia voluminosamente imposible e impublicable. En 1902, el economista John Atkinson Hobson publicó su ya clásico Imperialism: A Study donde explicó la naturaleza vampiresca de Gran Bretaña sobre sus colonias. Hobson fue marginado por la crítica, desacreditado por la academia y la gran prensa de la época. No fue detenido ni encarcelado. Mientras el imperio que él mismo denunciaba continuaba matando a millones de seres humanos en Asia y en África, ni el gobierno ni la corona británica se tomaban la molestia de censurar directamente al economista. No pocos, como ocurre hoy en día, lo señalaban como ejemplo de las virtudes de la democracia británica. Algo similar a lo que ocurre hoy en día con aquellos críticos del imperial-ismo estadunidense, más si viven en Estados Unidos: "miren, critica al país en el que vive; si viviese en Cuba no podría criticar al gobierno". En otras palabras, si alguien señala los crímenes de lesa humanidad en las múltiples guerras imperiales y lo hace en el país que permite la libertad de expresión, eso es una prueba de las bondades democráticas del país que masacra a millones de personas y tolera que alguien se atreva a mencionarlo.

¿Cómo se explica todas esas aparentes contradicciones? No es tan complicado. Un poder imperial, dominante, sin respuesta, sin temor a la pérdida real de sus privilegios, no necesita la censura directa.

Es más, la aceptación de la crítica marginal probaría sus bondades. Se la tolera, siempre y cuando no crucen el límite del verdadero cuestionamiento. Siempre y cuando el dominio hegemónico no esté decadencia y en peligro de ser reemplazado por otra cosa.

Ahora veamos esos contraejemplos del poder hegemónico y de sus mayordomos. ¿Por qué no te cas a Cuba donde la gente no tiene libertad de expresión, donde no existe la pluralidad de partidos políticos?

Para comenzar, sería necesario que señalar que todos los sistemas políticos son excluyentes. En Cuba no permiten a partidos liberales participar de sus elecciones, las cuales son tachadas de farsa por las democracias liberales. En los países con sistemas de democracia liberal, como Estados Unidos, las elecciones básicamente son elecciones de un partido único llamado Demócrata-Republicano. No existe ninguna posibilidad de que un tercer partido pueda desafiar seriamente a Partido Único porque éste es el partido de las corporaciones, que son la elite que tiene el poder real del país. Por otro lado, si, por ejemplo, en un país como chile gana las elecciones un marxista como el actual presidente Gabriel Boric, a nadie se le ocurre siquiera imaginar que ese presidente va a salirse del marco constitucional, el cual prohíbe la instauración de un sistema comunista en el país. Lo mismo ocurre en Cuba, pero hay que decir que no es lo mismo.

Ahora, volvamos a la lógica de la libertad de expresión en distintos sistemas de poder global. Para resumirlo, creo que es necesario decir que la libertad de expresión es un lujo que, históricamente, no se han podido dar aquellas colonias o repúblicas que luchaban por independizarse de la libertad de los imperios. Bastaría con recordar el ejemplo de la democracia guatemalteca, destruida por la Gran Democracia de Estados Unidos en 1954 porque su gobierno, democráticamente electo decidió aplicar las leyes soberanas de su propio país, las que no convenían a la megacorporación United Fruit Company. La Gran Democracia no dudó en instalar otra dictadura, la que dejó cientos de miles de muertos a lo largo de décadas.

¿Cuál fue el problema principal de la democracia de Guatemala en los 50s? Fue su libertad de prensa, su libertad de expresión. Por

ésta, el imperio del Norte y la UFCo lograron manipular la opinión pública de ese país través de una campaña de propaganda deliberadamente planeada y reconocida por sus propios perpetuadores—no por sus mayordomos criollos, está de más decir.

Cuando esto ocurre, el joven médico argentino, Ernesto Guevara, se encontraba en Guatemala y debió huir al exilio en México, donde se encontró con otros exiliados, los cubanos Fidel y Raúl Castro. Cuando la Revolución cubana triunfa, Ernesto Guevara, para entonces El Che, lo resumió notablemente: "Cuba no será otra Guatemala" ¿Qué quería decir con esto? Cuba no se dejará inocular como Guatemala a través de la "prensa libre". La historia le dio la razón: Cuando en 1961 Washington invade Cuba en base al plan de la CIA que aseguraba que "Cuba será otra Guatemala", fracasa estrepitosamente. ¿Por qué? Porque su población no se sumó a la "invasión libertadora", ya que no pudo ser inoculada por la propaganda masiva que permite la "prensa libre". Kennedy lo supo y se lo reprochó a la CIA, la cual amenazó con disolver y terminó disuelto.

La libertad de expresión es propia de aquellos sistemas que no pueden ser amenazados por la libertad de expresión, sino todo lo contrario: cuando la opinión popular ha sido cristalizada, por una tradición o por la propaganda masiva, la opinión de la mayoría es la mejor forma de legitimación. Razón por la cual esos sistemas, siempre dominante, siempre imperiales, no le permiten a sus colonias el mismo derecho que les otorgan a sus ciudadanos.

Cuando Estados Unidos se encontraba en su infancia y luchando por su sobrevivencia, su gobierno no dudó en aprobar una ley que prohibía cualquier critica al gobierno bajo la excusa de propagar ideas e información falsa—siete años después de aprobar la famosa Primera Enmienda, que no surgió de la tradición religiosa sino de la ilustración antirreligiosa europea. Naturalmente, esa ley de 1798 se llamó Sedition Act.

Estos recursos del campeón de la libertad de expresión se repitió otras veces a lo largo de su historia, siempre cuando las decisiones y los intereses de un gobierno dominado por las corporaciones de turno sintió sus intereses amenazados seriamente. Fue el caso de otra ley también llamada Sedition Act, la de 1918, cuando hubo una

resistencia popular contra la propaganda organizada por maestros como Edward Bernays en favor de intervenir en la Primera Guerra Mundial—y así asegurarse el cobro de las deudas europeas. Hasta pocos años antes, las duras críticas antimperialistas de escritores y activistas como Mark Twain fueron demonizadas, pero no hubo necesidad de manchar la reputación de sociedad libre poniendo en la cárcel a un reconocido intelectual, como en 1846 habían hecho con David Thoreau por su crítica a la agresión y despojo de México para expandir la esclavitud, bajo la perfecta excusa de no pagar impuestos. Ni Twain ni la mayoría de los críticos públicos lograron cambiar ninguna política ni revertir ninguna agresión imperialista en Occidente, ya que eran leídos por una minoría fuera del poder económico y financiero. En ese aspecto, la propaganda moderna no tenía competencia, por lo tanto la censura directa a esos críticos hubiese entorpecido sus esfuerzos de vender agresiones en nombre de la libertad y la democracia. Por el contrario, los críticos servían para apoyar esa idea, por la cual los mayores y más brutales imperios de la Era Moderna fueron orgullosas democracias, no desprestigiadas dictaduras.

Sólo cuando la opinión pública estuvo dudando demasiado, como durante la Guerra fría, surgió el macartismo con sus persecuciones directas y más tarde el asesinato (indirecto) de líderes por los derechos civiles y la represión violenta con presos y muertos en universidades cuando la crítica contra la Guerra de Vietnam amenazó con traducirse en un efectivo cambio político—de hecho, el congreso de los 70s fue el más progresista de la historia, haciendo posible la investigación de la comisión Pike-Church contra el régimen de asesinatos y propaganda de la CIA. Cuando dos décadas más tarde se produce la invasión de Afganistán e Irak, la crítica y las manifestaciones públicas se habían convertido en intrascendentes y autocomplacientes, pero la nueva magnitud de la agresión imperial a partir de 2001 hacían necesario tomar nuevas medidas legales, como en 1798.

La historia rimó de nuevo en 2003, sólo que en lugar de Sedition Act se llamó Patriot Act, y no sólo estableció una censura directa sino otra mucho peor: la censura indirecta y frecuentemente invisible de la autocensura. Más recientemente, cuando la crítica al racismo, a la historia patriótica y a los demasiados derechos a las

minorías sexuales comenzaron a expandirse más allá de lo controlable, se volvió al recurso de la prohibición por ley. Caso de las últimas leyes de Florida, promovidas por el gobernador Ron DeSantis directamente prohibiendo libros revisionistas y regulando el lenguaje en las escuelas y universidades públicas—como para empezar. La creación de un demonio llamado woke para sustituir la pérdida del demonio anterior llamado musulmanes.

Mientras tanto, los mayordomos, sobre todo los cipayos de las colonias, continúan repitiendo clichés creados generaciones antes: "cómo es que vives en Estados Unidos y críticas a ese país, deberías mudarte a Cuba, que es donde no se respeta la libertad de expresión". Luego de sus clichés se sienten tan felices y tan patriotas que da pena incomodarlos con la realidad.

El 5 de mayo de 2023, se realizó la ceremonia de coronación del rey Carlos III de Inglaterra. El periodista Julián Assange, prisionero por más de una década por el delito de haber publicado una parte menor de las atrocidades cometidas por Washington en Irak, le escribió una carta al nuevo rey invitándolo a visitar la deprimente prisión de Belmarsh, en Londres, donde agonizan cientos de presos, algunos de los cuales fueron reconocidos disidentes. A Assange se le permitió el sagrado derecho de la libertad de expresión generosamente otorgado por el Mundo libre. Su carta fue publicada por distintos medios occidentales, lo que prueba las bondades de Occidente y las infantiles contradicciones de quienes critican al Mundo libre desde el Mundo libre. Pero Assange sigue funcionando como ejemplo de linchamiento. También durante la esclavitud se linchaban a unos pocos negros en público. La idea era mostrar un ejemplo de lo que le puede pasar a una sociedad verdaderamente libre, no destruir el mismo orden opresor eliminando a todos los esclavos.

Fascismo, narcisismo colectivo y el miedo a la libertad

LAS INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS sobre narcisismo en las últimas generaciones no han llegado a una conclusión clara. Tal vez porque todas, aunque buscan entender un fenómeno colectivo, se centran en el estudio de individuos.

La discusión es menos ambigua cuando, por ejemplo, consideramos los nuevos medios de comunicación que se benefician económicamente de "la globalización del yo", aunque sea tan fugaz como una pompa de jabón, representada en prácticas obsesivas como las selfies y la publicación de hechos personales e irrelevantes, algo ausente en las generaciones anteriores a excepción de las vedettes y de algunas pocas celebridades. Si antes un hecho ocurrido en el barrio no era real si no aparecía en la televisión, hoy la experiencia de felicidad por un viaje o por el nacimiento de un hijo no es real (o no es completa) si el individuo no se lo cuenta al mundo entero. Así, al mismo tiempo que las relaciones comunitarias desaparecen, el ego narcisista se disuelve en el espejo de una comunidad anónima, inexistente.

Existe un entendido popular de que tanto en el comunismo como en el fascismo el individuo desaparece. Paradójicamente, la narrativa es la contraria cuando se refiere al individualismo capitalista. Pero individuo e individualismo, como libertad y liberalismo no son equivalentes sino opuestos. El neofascismo tiene más que ver con los segundos. Veamos.

En El miedo a la libertad, Erich Fromm adelantó en 1941 la idea de que el individuo escapa de la incertidumbre renunciando a su libertad y poniéndola en manos de una autoridad o de una creencia. Por ejemplo, la predestinación calvinista como solución a la inestabilidad creada por el capitalismo. Esta ha sido una práctica común por milenos: el individuo pone su fe en un profeta o en un sistema religioso y calma así su ansiedad ante la posibilidad de cometer un error capital, sea en este mundo como en el más allá

(nos detuvimos en esto en Crítica de la pasión pura, 1998). De la misma forma, el ritual, opuesto a la festividad, es la necesidad de poner orden y predictibilidad en un mundo impredecible y fuera de control. También la obsesión fascista sobre el pasado es el miedo al futuro de un presente inestable.

Los estudios psicológicos actuales no consideran el narcisismo colectivo, tribal (el neofascismo) que, en cualquier caso, no trasciende nunca las fronteras nacionales porque se define en su necesidad de combatir un antagónico que supone una amenaza a la existencia de su tribu. De ahí su recurrente obsesión a los símbolos y rituales: banderas, escudos, eslóganes, juramentos, tatuajes, ceremonias de iniciación, de salvación, gritos, gesticulaciones y todo tipo de lenguaje primitivo, no verbal. Al fin y al cabo, no dejamos de ser primates caídos de los árboles.

La mayor expresión de narcisismo colectivo en la historia es el nacionalismo. En sus orígenes no estaba tan definido por fronteras como por una etnia. Luego, como colección de etnias, por una religión. Todos los pueblos fundados en el nacionalismo se definieron como elegidos por sus dioses. El más conocido por la tradición occidental es el pueblo hebreo y, más recientemente, los imperios modernos, desde el inglés hasta el Destino manifiesto del Estados Unidos en plena expansión territorial durante el siglo XIX.

Este narcisismo colectivo se agrava en tiempos de crisis, como ocurrió en Europa hace un siglo: la inestabilidad económica, el orgullo herido y la propaganda de los nuevos medios conformaron la tríada perfecta y necesaria para el resurgimiento cíclico del fascismo. El fascismo necesita mirar hacia el pasado y ver hechos mitológicos que nunca existieron o fueron magnificados como santos, heroicos y grandiosos. Es la psicología de la inestabilidad y del miedo en búsqueda de la solidez de un pasado fácil de manipular por el deseo y la propaganda.

Hoy la propaganda de la radio ha sido sustituida por la propaganda de los medios digitales, de las redes sociales. Si bien como principio el fascismo no es ideológicamente consistente con el capitalismo y menos con el liberalismo clásico, ambos, capitalismo y liberalismo se han casado, una vez más, con el fascismo como lo hicieron antes con el imperialismo. Es la conciencia de la decadencia nacional, de

la pérdida de los privilegios simbólicos, como la de un trabajador empobrecido o de un mendigo orgulloso de su imperio.

Ahora, si consideramos qué relación tienen los dos datos más duros de la realidad actual, por un lado (1) el surgimiento de la extrema derecha fascista y nacionalista y (2) la hiper concentración de los capitales y del poder financiero en grupos e individuos que se cuentan con los dedos de una mano, creo que es razonable concluir que la popularidad del fascismo no es necesariamente consistente con la hiper acumulación económica del capitalismo, pero es la mejor forma de bloquear cualquier cuestionamiento a esa realidad, demonizando y aplastando cualquier crítica y, sobre todo, cualquier opción política o social que la amenace.

La concentración de capitales no solo es una característica fundacional del capitalismo desde el siglo XVII sino que, como cualquier otro sistema anterior, es concentración de poder. El dinero no es inocente y mucho menos cuando acumulado en el centro hegemónico global suma más riqueza que muchos países enteros.

Esta riqueza debe protegerse y expandirse, y para ello necesita del poder político. Necesita administrar las leyes y los ejércitos más poderosos del mundo a nivel internacional y los ejércitos criollos a nivel nacional. Pero este poder político, tanto en las democracias, en las semi democracias y en dictaduras tradicionales necesita controlar la opinión pública, tanto para elegir candidatos obedientes detrás de una máscara histriónica, como para evitar masivas protestas sociales.

Es aquí donde se establece la relación entre fascismo y medios de comunicación. La dictadura es perfecta. Mientras las plataformas de “redes sociales” dedican el uno por ciento al pago de salarios y hacen que mil millones de personas trabajen gratis para unos pocos señores feudales, los usuarios–usados lo hacen felices, sintiendo que tienen libertad y publican lo que quieren. Sienten que sus hábitos e ideas son espontáneas, no inoculaciones de un sistema dictatorial.

La raíz del problema está en la estructura de acumulación de riquezas, de consecuente y conveniente producción de miedo, deseo e insatisfacción, una de las industrias más prolíficas del actual

sistema capitalista.

Las opciones a este orden son dos: (1) se revierte de forma progresiva la hiper acumulación y el paisaje político, social e ideológico cambia radicalmente o (2) se llega a una crisis total de la civilización (económica, social, ecológica) y los humanos son obligados a adaptarse y sobrevivir sobre las ruinas de un sistema hasta que encuentren otra forma de volver a empezar.

La primera opción, la gradualista, es demasiado racional para una mentalidad autocomplaciente. Es decir, es la más improbable. La segunda, la más dolorosa, es la más común en la historia de la humanidad. Es decir, la más probable.

Pero la culpa es de los zurdos resentidos

DEBIDO A LA GUERRA DE LA OTAN en Ucrania y al consecuente bloqueo de Rusia, las sanciones contra Venezuela aflojaron un poco durante el año 2023. Sanciones, bloqueos y acoso que se radicalizaron, por parte de Estados Unidos y de la Unión Europea, hace ya diez años y que terminaron con un largo período de crecimiento económico y de reducción de la pobreza en ese país, algo que la propaganda ha vendido exitosamente como un fracaso histórico. No por casualidad, la histórica hiperinflación venezolana ha bajado al 185 por ciento anual, es decir, por debajo de la alcanzada en Argentina este mismo año.

Como ya insistimos por años, las deudas (inflacionarias) de las neocolonias son necesarias para mantenerlas en un estado de necesidad productiva, algo muy similar a la lógica que se reproduce dentro de las mismas sociedades entre trabajadores que apenas llegan a fin de mes y una oligarquía que se dedica a demonizarlos como "parásitos del Estado" cuando reciben algún subsidio o cuando ya están jodidos y no pueden cargar más bolsas de cemento.

Por estas deudas eternas, las neocolonias están obligadas a producir, exportar y comprar dólares para "honrar sus compromisos". Al mismo tiempo que les exigimos "responsabilidad fiscal" a esas colonias, en Estados Unidos nos olvidamos de que somos los campeones de la irresponsabilidad fiscal, con déficits y deudas faraónicas que nunca dejan de crecer, como si nada. ¿Quién puede acosarnos y bloquearnos, cuando tenemos el ejército más poderoso del mundo? Históricamente inefectivo para cualquier guerra, pero todavía poderoso para acosar a otros y, más, para obligar a nuestra población a sangrar más recursos en aras de algún terror inoculado por los medios —reacciones a nuestras propias intervenciones que, cuando no son suficientes, las inventamos con más provocaciones o con atentados de bandera falsa.

Aunque, inevitablemente, una economía imperial es muy productiva, la nuestra se sustenta en el consumo (70 por ciento), no

en la producción. De hecho, no necesitamos producir mucho; ni siquiera necesitamos pagar impuestos para pagar las deudas del gobierno, instrumento de las corporaciones que atizan guerras por donde sea necesario para mantener vivo el déficit creciente del Estado y las transferencias masivas de capitales desde la clase trabajadora a sus arcas insaciables en Londres y Wall Street.

Los dólares los inventamos de la nada, ya ni siquiera en forma de papel. Claro, se pueden imprimir dólares, pero no se puede imprimir riqueza. La impresión masiva de una divisa global es una forma de extraer valor de otras regiones que la tienen como reserva o como ahorros personales. Si la inflación no explota en el país que la imprime, es porque gran parte de esa inflación se exporta.

También es un instrumento de extorción. Si un país no está endeudado, hay que endeudarlo. Lo reconoció el flamante ministro de Argentina, Luis Caputo, cuando en 2017 aseguró que el regreso al FMI y el masivo préstamo recibido "nos permite dejar más espacio al sector privado; no hay ninguna señal de crisis; esto es preventivo; es la primera vez que un gobierno [el de Mauricio Macri] hace cosas así, preventivas…"

El endeudamiento masivo, como el de Argentina, es inflacionario, casi tanto como el bloqueo de créditos y de mercados a Venezuela (por parte de los campeones del libre mercado), porque obligan a esos países a imprimir dinero o a abstenerse de inversiones en su propia sociedad. Ahora, que en Argentina los neoliberales hayan nacionalizado (estatizado), una vez más, las deudas privadas, es un nuevo insulto a la inteligencia del pueblo —claro que tampoco se necesitaba una gran inteligencia; con un poco de memoria era suficiente.

Señalar el imperialismo global como la raíz de las mayores crisis económicas y sociales no significa quitar responsabilidad a sus administradores criollos. Sobre todo, al entreguismo cipayo. Tampoco significa que debemos poner a algún país como modelo para otros. Claro que aclarar esto es inútil. El pensamiento cavernícola nunca morirá, porque es efectivo como pocos: "Cuba sí o Cuba no", "El Salvador sí o El Salvador no"; "vives en Estados Unidos y críticas a su gobierno, ¿por qué no te vas a vivir a Venezuela?"; "si criticas la masacre en Gaza, ¿por qué no te vas a

vivir a Irán?"; "si defiendes tanto a los inmigrantes, ¿por qué no los llevas a dormir al cuarto de tu hijo?"; "si defiendes tanto a los gays, ¿por qué no te acuestas con uno?"… En fin, esa clásica dialéctica del borracho que ya comienza a perder la euforia de la última copa.

Ese ha sido otro error clásico: la descontextualización histórica y geopolítica de cada realidad. Para los libertarios libertos (neo-neoliberales), el mundo es plano como una pizza. No hay clases sociales, no hay naciones hegemónicas. No hay imperios ni hay parásitos opresores. Todo lo que pasa en un país, sobre todo en un país de la periferia, es simple y pura responsabilidad de los zurdos resentidos. Los gobiernos hacen una diferencia, para mejor o para peor, pero solos no deciden su propio contexto, como puede hacerlo un país capitalista del centro. Es decir, un país imperial — hegemónico, si la palabra imperio hiere sensibilidades.

En algún momento, el capitalismo funcionó para una parte considerable de europeos y de estadounidenses, pero el mismo capitalismo (más radical, más desatado) nunca funcionó para Honduras, Guatemala, India o el Congo. Todo lo contrario, porque no es lo mismo ser una potencia imperial y extractiva, la araña que teje su red y domina desde el centro, que ser una de las moscas en la telaraña. Históricamente, los países no alineados han sufrido castigos económicos y financieros, cuando no militares (como invasiones, golpes de Estado, asesinatos de sus peligrosos líderes, ataques de bandera falsa, todo harto documentado), los que luego se traducían en "fracasos" que la propaganda imperial vendía y vende como demostraciones de que las ideologías alternativas "nunca funcionan" y clichés similares propagados por los medios globales, por las agencias secretas y, sobre todo, por los mayordomos criollos, quienes se encargaron siempre de reproducir hasta el infinito las ideologías parasitarias de los esclavistas y de las oligarquías coloniales.

Ya está. Hemos insistido sobre estos punto por décadas. En algunos libros, como Moscas en la telaraña, ordenamos estas mismas ideas de una forma más extensa y, a mi juicio, más clara, por lo que no voy a insistir más aquí. Pero sí es necesario recordar (y repetir hasta el hastío) los aspectos más simples que, estratégicamente, se echan al olvido. Siempre. Como, por ejemplo, que no hay desarrollo sin

independencia económica; que no hay independencia sin uniones de no alineados; que no hay caminos propios sin independencia cultural; que eso de la periferia es sólo una realidad geopolítica, no necesariamente filosófica y cultural…

Esas cosas simples que, en los últimos siglos, los imperios del norte se han encargado de destruir a cualquier precio. Todo en nombre de la libertad y de la prosperidad —todo eso que las moscas (los libertos) repiten mientras son disecadas por la araña salvadora.

La política del ad hominem

POCO ANTES DE LA CONVERSACIÓN CON Víctor Hugo Morales en el teatro Caras y Caretas de Buenos Aires en junio de 2023, me llegó un chat donde alguien había decidido dedicar un tiempo valioso de su vida para desenmascararme en público. La prensa debía saber que yo no era "la buena persona que todo el mundo cree", ya que (según había dicho alguien que lo había escuchado de alguien más) cuando yo tenía diez y doce años no ayudé a mi madre como ella se merecía para salir de su adicción, por la cual murió poco después.

Las dos cosas son exageraciones: ni el mundo cree que soy una buena persona (ni al mundo ni a mí nos importa) ni es verdad que no ayudé a mi madre a pesar de mi corta edad. Aparte del profundo amor que le teníamos sus tres hijos, cada uno hizo lo que pudo con una situación que los superaba.

Como el argumento se desmoronaba solo por mi edad, se pasó a discutir qué más se podía hacer, aprovechando mi visita al país. La persona interesada en difamarme, le pedía a sus cómplices fascistas que mantuviesen el contacto con discreción, ya que no quería que su esposa se enterase. Su intención era detener las peligrosas "ideas de izquierda del escritor" y su inmoral "contradicción de vivir en un país que critica"—identificado con nombre y apellido, admirador de Javier Milei e importante funcionario público de una empresa estatal uruguayo-venezolana, seguramente leerá este artículo porque no se pierde nada de lo que digo o hago; no lo hago público para proteger a una inocente que podría resultar afectada, aunque no soy el único en posesión del archivo.

Aparte del alcoholismo de sus últimos años, mi madre sufrió la constante tortura psicológica y moral de la dictadura militar uruguaya que torturó y encarceló a su padre y a sus hermanos. Mis recuerdos infantiles son de una madre sentada en el piso, llorando por la tortura de su hermano, el suicido de su cuñada, la muerte de su hermano menor. Ella profesaba un profundo odio a la dictadura fascista para la cual debía trabajar como profesora de secundaria—

los soldados también se divertían rompiendo sus esculturas y, cada vez que ella veía un Jeep del ejército, murmuraba “un día las van a pagar todas juntas”.

Meses después, me pasaron otros ad hominem. Uno, esta vez anónimo pero público, ejemplifica cómo funciona un intelecto temeroso y sin vida propia: “Jorge Majfud es un personaje cínico, amigo de dictadoras de izquierda que todos sabemos cuánto daño nos han hecho. Introducido en EEUU usando la libertad de éste país es un antiestadounidense de primera destruyendo los valores de ésta gran nación con ideas comunistas y apoyado por la izquierda internacional. Muchos como yo, víctimas del comunismo seguiremos nuestra lucha contra éstos retorcidos resentidos. Da asco como tener que respirar el mismo aire que éstos victimarios. Patria, Vida, y Libertad. No más Dictadura. No más comunismo…”

¿Cuándo, estos campeones de la libertad, se compraron un país llamado Estados Unidos o cualquier otro? Típico de la mentalidad esclavista de la propiedad privada por sobre cualquier cosa. Aparte, este tipo de textos son un festín para cualquier lingüista. El autor intenta hacerse pasar por un cubano viviendo en “éste país” al tiempo que revela léxico y sintaxis rioplatense—por ejemplo, “antiestadounidense de primera”.

En Buenos Aires aproveché la oportunidad para insistir sobre la necesidad de rescatar el lenguaje, sobre todo ideoléxicos secuestrados como libertad, los que deciden la clave de lectura de las narrativas sociales. Hace poco insistimos con un problema similar: cuando los críticos de la OTAN decimos que la guerra de Ucrania sólo benefició a Estados Unidos, una vez más estamos asumiendo que las corporaciones dueñas de casi todo el dinero emitido y acumulado en ese país son Estados Unidos. Pues, vean a su pueblo. Si en los años 50 se benefició de la destrucción del resto del mundo (sin contar negros, latinos y blancos pobres) desde entonces ha caído por un tobogán económico, social, cultural, moral y psicológico. Ciudades de carpas en los estados más ricos; cada año cien mil muertos por sobredosis de drogas, cuarenta mil muertos solo por armas de fuego, la mitad de la población endeudada, una juventud desesperanzada, una creciente violencia social y política, un declive en la infraestructura, cierres de escuelas públicas por

falta de dinero y de maestros, mientras cientos de miles de millones de dólares son enviados a una nueva guerra…

A una nueva guerra que se perderá, como todas las anteriores, no sólo porque el ejército más rico y poderoso del mundo hace generaciones que no gana una guerra sino porque, sospecho, perder guerras es parte del negocio: si las guerras se ganasen, se perdería el negocio de la guerra.

Es decir, también los estadounidenses son víctimas de un fanatismo inoculado por los medios y las prédicas de sus mayordomos. Pero si alguien se atreve a decirlo, entonces pasa a ser "antiestadounidense"… Es, precisamente, ese el miedo: que los críticos antiimperialistas digamos la verdad: "en realidad, soy pro-pueblo, incluido el estadounidense; les estamos haciendo un favor, ese que los adulones nunca harán". Rescatar el lenguaje es rescatar la conciencia.

En Occidente, en gran medida, los patriotas adoctrinados que acusan al resto de adoctrinación son cristianos. En nombre del amor irrestricto de Jesús, palo. Incluso si no considerásemos los Evangelios, con su centro en el amor a los débiles y perseguidos, con su condena a la arrogancia moral y religiosa, bastaría con echar una mirada al más violento Antiguo Testamento, tan citado por la derecha senil. Allí no veremos nada parecido a la propiedad privada o al libre mercado, aunque uno de los modelos ideológicos de Javier Milei sea Moisés. En el Antiguo Testamento "profeta" solo significaba aquel que se atrevía a decirle a un pueblo lo que no quería escuchar. Como Amos, criticaban a sus pueblos por la avaricia de los ricos y por las diferencias sociales que eran consideradas propias de sociedades corruptas—uno de ellos fue crucificado hace dos mil años por las mismas razones políticas.

Los patriotas de yugulares hinchadas aman sus países pero odian a su gente. Yo me defino como antiimperialista, pero no soy capaz ni de amar ni de odiar a ningún pueblo así, por entero. ¿Cómo alguien puede amar u odiar a tres millones de desconocidos? Imagínense amar y odiar a 340 millones…

La historia también demuestra que la mentada libertad de una sociedad existe por sus críticos, no por sus patriotas tatuados.

Cierto, las universidades de todo el mundo están invadidas por la crítica de izquierda. La cultura también. Siempre fue así. Pues, para la derecha hay una solución: pónganse a estudiar, boludos. El problema es que si alguien ama el dinero, difícilmente se dedique a esas cosas, desfinanciadas por ellos mismos. Como decía Octavio Paz, la derecha no tiene ideas, sino intereses—y cuando no tiene intereses en la bolsa, compensan con mucho odio ad hominem.

CULTURA Y DISTRACCIÓN

La prisión sin muros

A PRINCIPIOS DE SIGLO, dos cosas me llamaban la atención de mis nuevos estudiantes en Georgia y luego en Pensilvania. Primero, la fe como principal instrumento de juicio. Lo segundo se refería a un sobreentendido: cada vez que los estudiantes leían una obra de ficción, sus análisis consistían en deducir qué había querido decir el autor y qué quería que sus lectores hicieran.

Una vez perdí la paciencia: "no sabemos qué estaba pensando el autor mientras escribía esta obra, pero es muy probable que le importase un carajo lo que pudiésemos pensar nosotros; ahora, si le importaba, igual podemos leerlo sin que nos importe". El arte (como la ciencia desde otro punto de vista) explora, expone la infinita complejidad humana, incluidos los conflictos morales y políticos, pero no tiene por qué ser un texto religioso, moralista o proselitista.

Ambas actitudes intelectuales debían proceder del entrenamiento de los lectores, de los individuos en las iglesias a la que casi todos asistían cada domingo desde niños. En el caso de un texto como la Biblia, el Corán o la Torá, es razonable pensar que los lectores busquen "lo que quiso decir el autor" y "qué quiere él de nosotros"—y que se odien unos a otros por las interpretaciones.

Este entrenamiento intelectual debió migrar de las iglesias hacia la política e intenta hacerlo ahora a la educación con todo tipo de leyes aprobadas para limitar la libertad de cátedra en nombre de la libertad.

¿Cómo se entiende esta contradicción? De la misma forma, el sistema esclavista combinaba el amor cristiano y la explotación de millones de hombres y mujeres condenados por el color de su piel. Si consideramos que las modernas corporaciones son la continuidad de los amos esclavistas y los trabajadores que se alquilan por un salario son casi una copia de los esclavos indenture del siglo XIX, la transición a un Jesús capitalista y protector de los millonarios es un

proceso simple y hasta natural.

Hay dos motores culturales: uno es la cultura consumista que procede del capitalismo corporativo y el otro es la tradición religiosa que le exige fe incondicional al creyente—al consumidor, al votante. Alguien podría decir que cristianismo y capitalismo son contradictorios y, si vamos a los orígenes, lo es. Sin embargo, ambos han funcionado de la mano. El casamiento entre política y religión se ha dado siempre a lo largo de la historia. La lógica radica en que las elites en el poder, quienes dominan la economía y las finanzas, deben administrar también la política, y sin una gran narración ese dominio es muy frágil y limitado. A diferencia de un cuento, de una novela o de una obra de teatro, es una ficción que pretende no serlo.

Cuando aparece una narrativa que diputa una hegemonía, inmediatamente es demonizada, por lo general invirtiendo realidad y ficción a conveniencia. Si los estudiantes universitarios se encuentran embrutecidos por la propagan-da corporativa y consumista, embrutecidos por la indiferencia hacia lo que llamamos "la cultura radical", ¿qué esperar del resto de la población?

Este fenómeno pudo haber nacido en Estados Unidos, como muchos otros tics culturales, pero es fácilmente observable en otras regiones del mundo. Bastaría con mencionar un ejemplo: se acusa de gramscianos a los profesores de izquierda como si su objetivo fuese derrocar todo un sistema inoculando ideas en la juventud. De la misma forma, se acusa a los marxistas de "promover la lucha de clases". Esto es el resultado de la falta de una cultura mínima y una abundancia de medios. Los influencers, resultados de esta fórmula (medios ricos, contenidos pobres) ahora devenidos en políticos, necesitan teléfonos de cinco cámaras para grabar su vacío interior.

Gramsci explicó la importancia de los medios en la consolidación de la ideología dominante. Es decir, lo que es. Lo que existe, en una sociedad capitalista (la creación de "sentido común" de la clase dominante). Antes, Marx explicó la dinámica del conflicto de clases (más materialista, menos gramsciano). Es decir, lo que es. Lo que existe, en una sociedad capitalista. La aceleración del proceso natural de las contradicciones capitalistas fue una idea de Lenin y del bolchevismo, luego adaptada por Ernesto Che Guevara al

contexto de una larga tradición de muchas dictaduras militares y de algunas democracias bananeras en América Latina.

Recientemente, en una clase sobre los años 50 en América Central y el Caribe, noté que ninguno de mis estudiantes tenía alguna idea de qué es eso del marxismo. Me tomé quince minutos para ensayar una introducción básica sobre el materialismo dialéctico que explica diversos procesos históricos en Estados Unidos, el comunismo como etapa previa del anarquismo, etc.

Al terminar mi resumen noté que nadie se atrevía a preguntar más, como si hubiesen sido obligados a participar de una sesión con el demonio. Unos cuantos teléfonos me apuntaban. Nunca sabré qué uso le habrán dado, pero espero que hayan aprendido algo. Recordé lo que hace un par de años un general estadounidense (Mark Milley) dijo en el Congreso donde declaraba: “He leído a Mao Zedong. He leído a Karl Marx. He leído a Lenin. Eso no me hace comunista”. Recordé que una de las primeras aproximaciones que tuve del pensamiento marxista fue en la Facultad de Arquitectura de Uruguay. El profesor de economía, Claudio Williman, era un abogado experto en marxismo. No era marxista sino un político del Partido Blanco, el partido conservador de Uruguay. Ahora, gente así está demonizada, paradójicamente en lo que se llama democracia. En Estados Unidos hay que ir a alguna universidad especializada en estos temas para aprender sobre un clásico de la economía mundial.

A eso se ha reducido la educación: no pocos tienen miedo de leer algo que pueda hacerles temblar la fe. De ahí tantas prohibiciones de libros y de cursos de historia no oficial por parte de los libertarios. Aquellos que intentan ver el mundo desde un ángulo diferente son acusados de enemigos de la libertad.

Recientemente, la profesora Brooke Allen publicó en el WSJ un artículo sobre sus clases en una prisión. Luego de lamentarse por el nivel intelectual de la nueva generación de estudiantes universitarios, escribió: “[Los presos] contrastan con los estudiantes universitarios de hoy. Estos hombres leen cada tarea dos o tres veces antes de ir a clase y luego toman notas. Algunos de ellos han estado encarcelados durante 20 o 30 años y no han parado de estudiar (…) Una gran proporción de ellos son negros y latinos, y aunque no les gusten las ideas sobre la raza de David Hume o de

Thomas Jefferson, quieren leer a esos autores de todos modos. Quieren participar de la conversación centenaria que ha producido nuestra civilización".

Los prisioneros están afuera, en la prisión sin muros.

El peligro de la cultura

LA DIRECTORA DE UNA SECUNDARIA en Tallahassee, Florida, fue removida después de que en una de sus clases de arte mostró el David de Miguel Ángel. Algunos padres acusaron a Carrasquilla de mostrar material pornográfico a sus inocentes adolescentes y el Directorio de la institución le dio dos opciones: que renunciara o sería despedida.

Un mes atrás, en mi clase de Arquitectura y Civilización proyecté este mismo David y me reservo comentarios de un par de reacciones. Seguiré incluyendo en el programa de los próximos años ejemplos relevantes de la historia de la humanidad que serían considerados "material explícito para adultos" como la arquitectura india, la cerámica griega y las catedrales góticas (paradigmas cristianos de la conservadora Europa) con sus gárgolas drenando aguas pluviales de sus vaginas.

Ahora entendemos mejor por qué Goya pintó la Maja vestida luego de lograr una mejor obra con la misma mujer desnuda unos años antes; seguramente no quería ser censurado en Florida doscientos años después.

Todavía me salva que doy clases en una universidad y en el pasado cuando me han venido con estas quejas me ha bastado con un par de sarcasmos y una posición firme. Publiqué un artículo sobre esto mismo en 2005 titulado "La inmoralidad del arte, la maldad de los pobres" sobre una clase en University of Georgia.

Ni un paso atrás en la demonización de la cultura, porque es la cultura, no la pornografía, lo que realmente temen y odian los fanáticos: la pornografía es un negocio; la cultura es un peligro que puede abrir hasta las cabezas más duras y más cerradas. La cultura radical es, naturalmente rebelde y subversiva. De la verdadera pornografía que miran en sus teléfonos adolescentes y hasta niños en las secundarias, ni una palabra; pero leyes prohibiendo libros sobre el racismo y la historia revisionista, abundan.

A esto hemos llegado en Florida. Si antes advertimos de un movimiento hacia la Edad Media (al fanatismo más brutal de la Edad Media y de la inquisición), hay que decir que ya llegamos hace rato.

La cultura unidimensional del consumismo

EN 2015 DÁBAMOS una charla inaugural para el V Salón Internacional del Libro Africano y el XI Encuentro de Editores en Canarias, en el TEA de Tenerife sobre “La cultura radical”. Por entones, y aún hoy, ésta sobrevive gracias al trabajo de artistas, escritores, periodistas, críticos y editores que deben sacrificar tiempo y ahorros por una actividad poco o nada remunerada, salvando así lo más humano de la cultura de los últimos milenios. (En lo posible, uso el plural de la primera persona porque no me gusta el singular; mucha gente se me ha quejado por esto, pero se me antoja seguir escribiendo así.)

También nos lamentábamos de la tiranía del mercado editorial, dominado por unas pocas firmas internacionales dedicadas, en gran medida, a publicar obras vendibles, elogiadas por la crítica con el recurrente “es de lectura fácil”, consecuencia directa de las reglas del mercado que desplazan todo lo que no se adecúe a la macdonalización del mundo: una gran variedad de lo mismo vendida como el colmo de la libertad. Es decir, la libertad del mercado, la libertad de los capitales; no la libertad humana, infinitamente más compleja y con múltiples dimensiones, algunas exploradas por el arte, la ciencia y la filosofía y otras aún por explorar.

Hace por lo menos quince años, tampoco podíamos liberarnos de ese pesimismo que hoy se ha materializado de forma alegre y optimista: “Mientras las universidades logran robots que se parecen cada vez más a los seres humanos, no sólo por su inteligencia probada sino ahora también por sus habilidades de expresar y recibir emociones, los hábitos consumistas nos están haciendo cada vez más similares a los robots”. Ahora, el problema no es solo que los bots y las inteligencias artificiales aprenden lo mejor y lo peor de nosotros, los todavía seres humanos, sino que nosotros y, sobre todo, nuestros hijos, están aprendiendo de los bots y de las

inteligencias artificiales. Esta nueva realidad, percibida como un mundo hipercomplejo, paradójicamente lleva a una simplificación radical del pensamiento y del lenguaje. Éste último será más fácil de cuantificar, porque es un área de la ciencia lingüística. El primero, la simplificación del pensamiento, es mucho más difícil, ya que pertenece al mundo cualitativo del arte y de la filosofía.

Pero vayamos unos pasos atrás y detengámonos un momento en un problema más específico. Si no me equivoco, desde hace un buen tiempo, la izquierda y la derecha también se han puesto de acuerdo para hacer de la cultura un producto de consumo, es decir, algo fácil de digerir, un mero placer momentáneo, una diversión, un crítica indulgente con los poderes de turno que rigen el mundo a través de su masiva red de influencia económica, financiera, política, militar y mediática. Claro que en el caso de la izquierda la vergüenza es doble.

La derecha se ofende porque alguien usa un lenguaje inclusivo y, como en Estados Unidos, en nombre de la democracia y la libertad se dedica a prohibir libros que propongan la mirada del oprimido. Sólo en la ciudad en la que resido, Jacksonville, en el pasado año se han prohibido 176 libros. La lista posee un patrón previsible; bastaría con mencionar solo uno título, como el de Kathleen Connors, The Life of Rosa Parks.

Por su parte, la izquierda no quiere escuchar palabras como negro, por lo cual hay que reescribir hasta los discursos de los senadores confederados, miembros del Ku Klux Klan o pronazis para que sus discursos no hieran la sensibilidad de los oprimidos, para que algún estudiante no se ofenda y su profesor pierda su trabajo, como ya ha ocurrido muchas veces. Lo que hacen, en realidad, es seguirle el juego a sus supuestos antagónicos: racistas, sexistas, clasistas, cipayos e imperialistas.

¿Cómo alguien puede luchar contra el racismo si ni siquiera puede citar un texto racista con toda la crudeza y violencia con la que fue usado? Ofenderse porque el David de Miguel Ángel está desnudo, llamarlo pornografía y expulsar a la profesora de arte como acaba de ocurrir en Florida. Reescribir novelas, ensayos y remover poemas porque hieren la sensibilidad, como le ocurrió al poeta Eugen Gomringer en un muro de la universidad de Berlín por incluir la

palabra “admirador” la que, según sus estudiantes, denigra a la mujer. Como le ha ocurrido al verso de Pablo Neruda “me gusta cuando callas” y un largo etcétera. ¿Einstein no era un buen esposo? De acuerdo, ¿pero vamos a refutar la Teoría de la Relatividad en base a ese argumento?

¿Cuándo nos convertimos en seres unidimensionales? Después de tener vidas tridimensionales nos pasamos a vivir en el universo de dos dimensiones de las pantallas y a pensar y sentir en una sola dimensión. El peligro de la creatura unidimensional es que, como ocurre con los trenes, una vez que alguien viene en dirección opuesta no hay otra resolución que el choque y el descarrilamiento.

Esta simplificación radical del ser humano tiene que beneficiar a alguien; de otra forma no se explica. Entiendo que es producto de la cultura consumista y beneficia a quienes venden cosas e ideas simplificadas, cosas pensadas para ser vendidas en masa y consumidas en masa. Cosas simples, como un desodorante, un iPhone, un queso hecho de soja, una ideología hecha de una sola frase que sirve para todo o una secta que se debe llamar religión: si la realidad contradice las expectativas, cierra los ojos y reza; la realidad no cambiará, pero la verás como quieres verla hasta que cambie como no quieres que cambie…

De izquierda a derecha, esta pseudo sensibilidad no es más que otra muestra de corrupción promovida por los medios que promueven la adicción a la notoriedad inmediata y, sobre todo, es un inequívoco signo de cobardía intelectual. Nuestro tiempo es el tiempo del miedo y de la cobardía, del odio y el fanatismo, de la irracionalidad y la violencia. No es un producto espontáneo de la historia sino un resultado funcional al surrealismo político que lo ha creado para que la humanidad olvide que las obscenas diferencias sociales, que la mortal destrucción del planeta no son algo que se van a solucionar con un sistema que lo ha creado: el capitalismo radical que acusa de radical a cualquier otra forma de pensar y de existir.

Como en muchos otros casos, mis libros contienen palabras ofensivas. No están allí para insultar a nadie sino, precisamente, para ofender y herir sensibilidades. Hay muchas formas de despertar una conciencia; esa es una, no dejándose intimidar por la moralina burguesa, puritana e hipócrita que es capaz de matar

negros y pobres sin asco pero se ofende cuando lee o escucha la palabras “negro”, “machista”, “vagina” o “imperialismo”.

Cuando me muera háganme un favor: no me insulten corrigiendo mis insignificantes textos para hacerlos más amables con los lectores. Déjenlos como están o déjenlos sin leer. Déjenlos descansar en paz.

Negocio de la atención, estrategia de la distracción

EL 19 DE MARZO DE 1937, CHARLES GUSTAV Binderup, representante de Nebraska y miembro de la mayoría oficialista demócrata, citó en el Congreso palabras de Henry Ford, quien las habría dicho en los pasillos de ese mismo recinto tres años antes: “Está bien que la gente de la nación no entienda nuestro sistema bancario y monetario; si entendieran algo, habría una revolución antes de mañana por la mañana”. Una idea similar ya habría sido formulada por el padre de la propaganda moderna, Edward Bernays: mantener a la población en descono-cimiento de cómo funciona el poder es la mejor forma de administrar una democracia.

Pero el desconocimiento no es suficiente, ya que es algo que termina con un poco de educación o, al menos, con la información necesaria. Para estos casos existen otros dos instrumentos conocidos: (1) crear un estado de fe y negación ante cualquier evidencia y (2) mantener a la población ocupada y entretenida, por lo menos a una mayoría necesaria y suficiente. Este segundo punto es parte de la vida de un trabajador que es mantenido en situación de necesidad, al límite entre la subsistencia y las deudas o la pobreza. El trabajador ocupado (en la producción o no; la mayoría de los trabajos no son productivos) llega exhausto a su casa, no quiere meterse en más pre-ocupaciones y recurre a la natural búsqueda de la distención del entretenimiento. Las redes sociales y el mundo digital han llevado este hábito al extremo con la hiper fragmentación de la anécdota: una persona puede ver por horas micro videos de diez segundos que no conducen a nada más que a la intoxicación intelectual.

En 1910, seis de los hombres más ricos del mundo se reunieron por nueve días en secreto en la isla Jekyll en la costa de Georgia para crear un banco central que hoy se conoce como la Reserva Federal. Uno de los miembros, el presidente del National City Bank of New York (hoy Citibank) Frank A. Vanderlip explicó el misterio: “Fui tan

reservado como cualquier conspirador. Sabíamos que nadie debía descubrirnos, o de lo contrario todo el tiempo y esfuerzo invertido se habría frustrado. Si se hubiese descubierto que nuestro grupo se reunió y redactó un proyecto de ley bancario, ese proyecto no habría tenido ninguna posibilidad de ser aprobado por el Congreso".

Un siglo después, como lo resumió el profesor Robert McChesney, mientras se cocinaba el nuevo tratado comercial, "por cada estadounidense que estaba informado sobre el TPP, había decenas de miles que ni siquiera habían escuchado hablar del mismo pero habían participado del debate sobre si Kim Kardashian se había hecho un implante en el culo". Así funciona la distracción. No es novedad, pero a pocos le importa.

El yo globalizado es consciente de su intrascendencia. Al mismo tiempo que su atención está reducida a la de un pez dorado (ocho segundos en promedio), necesita ser el centro de atención de los otros peces. Al menos por unos segundos. Sabe que es posible. Al fin y al cabo, posee los mismos instrumentos de comunicación y promoción que sus admirados dioses. Sabe que no es ninguno de ellos, pero no renuncia a la emoción de serlo por ocho segundos. Solo aspira a un contacto divino, a un fugaz momento místico en que su ídolo se digna a dejarle un like. Es decir, la adicción tiene un componente religioso que los ingenieros de plataformas como Twitter conocen como 'positive reinforcement". Es decir, intentar algo mil veces hasta que se obtenga una respuesta deseada (hasta no hace mucho, no pocos adolescentes alcanzaban el límite de mil tweets por día; ahora han movido sus existencias fragmentadas a Discord o TikTok): "El mejor 'programa de refuerzo' es lo que se denomina 'programa intermitente'". En un experimento de laboratorio "una rata empuja una palanca, por lo cual recibe una recompensa, pero no de una manera predecible. Muchas veces, la rata empuja la palanca y no sale nada, pero de vez en cuando, recibe un gran premio. Así que la rata sigue presionando y presionando y presionando, aunque no logre el resultado esperado. Lo hace porque, de vez en cuando, recibe alguna satisfacción".

Los medios no pueden crear opinión pública de un día para el otro, pero pueden elegir el tema de debate nacional. Elegir el tema, la

preocupación, el peligro es decidir hacia dónde inclinar la opinión pública. Los grandes medios son muy efectivos capturando la atención de las masas, es decir, aumentando la escala de un evento o reduciéndola hasta la inexistencia. Siempre ha sido así, desde la Edad Media y, seguramente, desde el paleolítico. La forma más efectiva de dirigir el foco de la atención popular es distraerlo, removerlo de donde no conviene que se enfoque, como por ejemplo la legitimidad del poder del señor feudal, del Papa o del reformador, del poder de los bancos o del emperador, de una etnia, de un género o de una clase social… En cualquier caso, del poder del dinero y las armas.

En Estados Unidos, luego de la Guerra Civil, bastaba con señalar el "problema de los negros" para beneficiar al partido de los blancos, primero representado por el Partido demócrata y luego por el Partido republicano. El gran debate sobre el imperialismo estadounidense, puesto sobre la mesa por intelectuales como Mark Twain, también fue resuelto con una nueva teoría que advertía a los blancos europeos y americanos de que serían reemplazados o exterminados por los peligrosos negros en los trópicos y los híbridos en las repúblicas bananeras de América Latina.

En los años 1920s, luego de la Revolución rusa, el tema arrojado como un muerto de Agatha Christie en la sala fue el socialismo, lo que desató la primera paranoia llamada "el miedo rojo" y un sentimiento antiinmigrante contra los pobres de los países europeos del Sur y del Este. Los pobres de piel oscura ni eran considerados. No funcionó con Franklin D. Roosevelt, debido a la situación catastrófica del país durante la Gran Depresión, pero se convirtió en la primera obsesión luego de que los soviéticos dejasen de servir como aliados en la Segunda Guerra y se convirtiesen en la única excusa para continuar haciendo lo mismo que las corporaciones habían hecho desde el siglo XIX en América Latina y en el Pacífico. Para el final de la Guerra Fría, el nuevo perro muerto fue "la amenaza islámica", con la excepción de América Latina: como en esa región los musulmanes son una pequeña minoría, integrada y sin poder de lobby en los gobiernos, se prefirió continuar con la narrativa de la Guerra Fría, inoculada desde el primer año por la CIA.

II

Apenas caído el Muro de Berlín, los dos libros más promovidos de forma mediática y dogmática fueron dos adefesios estratégicos: El fin de la historia y el Ultimo hombre (1992), de Francis Fukuyama (alegato a favor del neoliberalismo) y El choque de civilizaciones y la reconstrucción del orden mundial (1996), de Samuel Huntington (alegato en favor de las nuevas guerras en los países petroleros no alineados). Los debates electorales desde 1998 hasta 2016 fueron, básicamente, una competencia sobre qué candidato sería más macho como para arrojar una lluvia de misiles en cada país peligroso que "amenazaba nuestra seguridad nacional" y quien enviaba más soldados jóvenes a morir "para luchar por nuestra libertad". Para esas mismas elecciones, otro perro muerto conocido de los nacionalistas que se habían dedicado a intervenir en las guerras genocidas en América Central, se convirtió en el centro del debate. Otra vez, el poder no necesita ni puede crear opinión directamente; lo hace señalando cuál es el tema urgente y existencia. A una marcha de unos miles de pobres trabajadores y desplazados centroamericanos se la calificó de invasión y a sus hombres de potenciales violadores de hijas y esposas, exactamente la misma acusación que los eslavistas sureños repetían a principios y finales del siglo XIX como justificación para mantener a los negros bajo el estado pedagógico de la esclavitud. Como los esclavos en el siglo XIX, los inmigrantes en el siglo XXI son el chivo expiatorio ideal: no votan. En el siglo XX los comunistas y en el siglo XXI los musulmanes, no son una minoría poderosa, ni electoral ni económica.

Pero, como adelantamos más arriba, no es posible crear opinión pública del día para la noche en un mundo poblado por críticos y rebeldes, por lo que se creó (1) un Mercado de la atención (cuyo mayor y paradójico recurso ha sido siempre la distracción) para acciones rápidas y (2) un Mercado de la educación (sobre todo invirtiendo en una historia distorsionada de los países y de los imperios) como apoyo más sólido y a largo plazo. Sólo en Estados

Unidos, la publicidad mercantilista es uno de los mayores sectores de la economía. En 2021, la publicidad digital consumió (o generó, dependiendo del interesado) 300 mil millones de dólares (más de siete veces la economía de Alaska o el 42 por ciento de todo el gasto mundial en publicidad) y se espera que para 2030 supere lo que hoy suma toda la economía de Argentina. Es decir, la economía publicitaria (de propaganda) ha crecido desde 2001 mucho más rápido que el PIB de Estados Unidos. No todo se invierte en vender agua embotellada e, incluso, cuando se promocionan tantas marcas de agua no se lo hace de una forma ideológicamente inocua. No me refiero solo a la destrucción del planeta, que eso es como un detalle.

Entre 1994 y 2003, cinco millones de personas murieron en la Guerra Mundial de África, con centro en el Congo, Ruanda y Uganda. El resto del mundo apenas se enteró. En 2010 se anunció que el país más rico per cápita del mundo, Catar, sería la sede del campeonato mundial de fútbol 2022. Como en otros mundiales, la elección estuvo manchada por la corrupción de la FIFA. Desde 2010 hasta 2020, al menos 6750 inmigrantes pobres murieron en las obras necesarias para preparar la gran fiesta. El 7 de enero de 2015, 17 personas fueron asesinadas en París por dos fanáticos musulmanes de nacionalidad francesa. El 11 de enero, sesenta líderes del mundo desarrollado y sus satélites volaron a Francia para desfilar tomados de la mano hacia la Plaza de la Nación contra la barbarie del otro. Días antes del atentado, entre el 3 y el 7 de enero, en Nigeria, dos mil personas habían sido masacradas por las huestes de Boko Haram. Entre 2017 y 2018, decenas de miles de jóvenes murieron en Yemen bajo las bombas de Arabia Saudí, una dictadura aliada de Europa y Estados Unidos por generaciones. Las bombas que cayeron en territorio rebelde fueron construidas y vendidas por Estados Unidos.

En el mismo período, los medios estadounidenses estuvieron ocupados con la masacre en Las Vegas, la masacre en Orlando, la condena del actor Bill Crosby por abuso sexual unas décadas atrás, la confirmación del juez Brett Kavanaugh a la Suprema Corte (acusado, sin efecto, de una violación sexual en su juventud), las denuncias de Stormy Daniels y los detalles sobre el pene del residente Trump que, según la prostituta VIP, era algo raro, cortito y con una cabeza como un hongo.

En ningún caso la atención cautiva, el consumo de la novedad, produjo algún cambio o movilización popular sino exactamente lo contrario. Anestesia. Otra vez, el resto del mundo casi no se enteró de las tragedias en África y Medio Oriente y, casi por unanimidad, olvidó todos los incidentes. El objetivo es el consumo, sea de alimentos, de bienes o de noticias urgentes y morbosas. Como ocurre desde hace siglos, las etnias no europeas no sienten, no duelen, no interesan, no producen noticia. En 1899, el general Frederick Funston torturó y violó mujeres filipinas a gusto antes de explicar los hechos: "hay quienes en nuestro país cuestionan la ética de esta guerra… No saben que en realidad los filipinos son analfabetos, semi salvajes que pelean una guerra contra el orden y la decencia anglosajona". En una carta enviada a su familia en New Jersey, el soldado Kingston escribió: "matamos hombres, mujeres y niños… Me siento en la gloria cuando veo mi pistola apuntando a un negro y le disparo". El jueves 20 de julio, el soldado y corresponsal del New York Evening Post en Filipinas, H. L. Wells, lo confirmó: "hasta ahora nadie ha cuestionado el hecho de que nuestros soldados en Filipinas les disparan a los negros por deporte… Pero el pueblo estadounidense puede estar seguro de que no ha habido más muertos filipinos de los necesarios; al menos no más de lo que los británicos consideraron necesario matar en India y en Sudán; no más de lo que los franceses mataron en Annam [Vietnam]". América sólo matará a 200.000 filipinos en unos pocos años. Setenta años después el general estadounidense William Childs Westmoreland, héroe de las masacres de Vietnam, afirmó que "los asiáticos no entienden lo que es el valor de la vida. Allá la vida vale poco, eso está en la misma filosofía de Oriente, aparte de que hay muchos de ellos".

Desde hace milenios, toda historia viral debe contar con tres elementos necesarios y suficientes: (1) villanos, (2) víctimas y (3) héroes. La distribución de roles depende del poder hegemónico de turno. Los otros (los humanos de otras razas allá y de otras ideas políticas acá) son la amenaza. Los enemigos. Cuando son víctimas, no duelen. Cuando son nuestras víctimas, no existen. Nuestros muertos son verdaderos porque duelen. Si no conmueve, no interesa. Si no interesa, no vende. Pero aun lo que interesa y vende tiene sus límites, sus reglas y sus condiciones. Nadie mejor que los mercenarios del mercado para estudiar y explotar estas reglas

ancestrales, como McDonald ha explotado el deseo (no la necesidad) de grasa y azúcar de forma ilimitada.

III

Hace poco más de un siglo, para vender la Primera Guerra Mundial en Estados Unidos, el publicista George Creel creó un escuadrón de miles "four minute men" (cuatro-minutos-hombre), luego de haber calculado que la atención promedio de un consumidor no se sostenía por más de cuatro minutos. Desde entonces, el consumo de información a través de los nuevos medios como la radio, el cine y la televisión fueron creando, publicidad y propaganda mediante, lo que podríamos llamar (sin vincularlo a la condición médica definida con la misma terminología) individuos con déficit de atención. En 2015, un estudio en base a electroencefalogramas (EEGs) de Microsoft Corp., llegó a la conclusión de que las personas continúan perdiendo capacidad de concentración. Para ese año, el tiempo alcanzado fue de ocho segundos. En el año 2000 el promedio de atención sostenida en un consumidor promedio era de 12 segundos. Según calculan los científicos, el mismo poder en un pez dorado alcanza los nueve segundos, un segundo más que el promedio de los consumidores de redes sociales.

Ahora, "poder de atención" y "cautiverio" son dos cosas distintas. Distintas, pero complementarias. Una atención hiper fraccionada es más susceptible al cautiverio digital porque requiere satisfacción inmediata. Es el mundo de los videojuegos. Un jugador se vuelve adicto cuando necesita un átomo de recompensa tras otro. Un poder de atención que es capaz de sumergirse en un libro de doscientas páginas tiene un objetivo más holístico del entendimiento de un problema o de una situación. La atención hiper fragmentada es una sucesión interminable y sin destino. De hecho, los ataques de furia de los jugadores cuando pierden un juego probablemente se deba más a la interrupción del proceso de estímulo-recompensa-inmediata que a la derrota misma, ya que esta es una derrota virtual, es decir, no es nada. No otra cosa son los memes, los micro

videos de TikTok o las interminables compilaciones de situaciones fragmentadas donde ni siquiera se puede ver el final o la resolución de la situación y menos tener un segundo de reflexión o digestión de lo que ocurrió en el fragmento anterior antes de ser expuesto con la nuevo micro situación que, naturalmente, tiene cero relación con la anterior.

Nada de esto es parte de una naturaleza, de las manchas solares o de la física cuántica. Los laboratorios de redes sociales como Twitter poseen ingenieros-psicólogos que dedican todo su tiempo para imaginar e instrumentar formas para mantener cautivos a sus consumidores, y que ese cautiverio sea más y más prolongado, es decir, exactamente lo opuesto a la capacidad de concentración de la víctima consumidora.

Aza Raskin, ex empleada de Mozilla y Jawbone, lo resumió de forma gráfica: “Es como si estuvieran rociando cocaína por toda la red para que los usuarios vuelvan una y otra vez por la misma droga […] Detrás de cada pantalla de teléfono, hay mil ingenieros trabajado con el objetivo de hacer el uso de una plataforma lo más adictivo posible”.

Según Sandy Parakilas, ex empleada de Facebook, “las redes sociales son muy similares a una máquina tragamonedas […] definitivamente había conciencia de que el producto creaba hábito y era adictivo”. Cuando ella misma intentó dejar de usar la plataforma, sintió que estaba luchando contra la adicción del tabaco. Naturalmente, la versión de Facebook (como en el pasado las excusas de las compañías tabacaleras que negaban o les quitaban importancia a las muertes por cáncer de pulmón) consistió en otro cliché que, como todos, tienen una parte de verdad que se usa como cortina de humo: sus productos fueron diseñados “para acercar a las personas a sus amigos, a sus familiares y a las cosas que le importan a cada uno”. Leah Pearlman, una de las inventoras del botón Like de Facebook, años más tarde reconoció que se había enganchado a Facebook porque había comenzado a basar su sentido de autoestima en la cantidad de “me gusta” que obtenía con cada interacción.

Por su parte, Sean Parker, presidente fundador de Facebook, afirmó que las redes sociales “cambian la relación de un individuo con la

sociedad" e interfieren con la productividad de formas extrañas. "Solo Dios sabe lo que le está haciendo al cerebro de nuestros hijos", agregó en un seminario sobre el tema en Filadelfia. No por casualidad los dioses de Silicon Valley envían a sus hijos a escuelas casi sin tecnología, aparte de pizarras para escribir con tiza. El mismo Bill Gates no le permitió a sus hijo tener un teléfono celular hasta los 14 años. Tim Cook, CEO de Apple, también reconoció que impone los mismo límites a su sobrino. "Hay algunas cosas que no permitiré. No los quiero en una red social".

Pero las redes sociales son una parte de una realidad mayor y anterior: la ideología de las-ganancias-sobre-todo. Los niños de abajo pertenecen a otra especie humana. Son productos. Son consumidores. Como los esclavos del siglo XIX, como los toros de lidia, no sienten dolor ni tienen sentimientos civilizados. McDonald's, por ejemplo, educa a los niños desde que dejan la teta des sus madres con la adoctrinación de "La Cajita Feliz", más demagógico que cualquier político y tan adoctrinadora como cualquier religión. Ninguna de estas adoctrinaciones se llama "abuso infantil", aunque las víctimas sean niños de cinco o diez años. Según el director de Fox Family Channel, hasta 2001 una de las subsidiarias de Freedom Channel (El Canal de la Libertad) y parte del conglomerado mediático del gigante Disney, "cada vez más, las compañías se están dando cuenta de que si desarrollan una lealtad en los niños de hoy, ellos serán los adultos de mañana". Un especialista en mercadeo ya había observado: "Si usted tiene hijos, le puedo asegurar que al volver a casa les preguntará qué quieren para comer, o qué les gustaría que les comprase. Los padres no quieren comprar nada que a sus hijos no les guste. No quieren escucharlos quejándose. No es algo eficiente". Para ese momento (1997), los niños de entre cuatro y diez años eran responsables de un mercado de 24 mil millones de dólares (43 mil millones a valor de 2022), es decir, tres veces mayor que una década antes.

En 2016 el candidato Donald Trump no ganó las elecciones presidenciales en Estados Unidos porque la prensa hubiese hablado bien de él, sino porque habló mucho de él. La mayoría de los grandes medios, desde el New York Times hasta CNN no se cansaron de publicar noticias, análisis e informes sobre el ilimitado material para la indignación que le proporcionaba el candidato más

ridículo de la historia, luego de James Polk en 1844. Los temas iban al corazón de los bajos instintos, propios de las redes sociales que usaba el candidato hasta medio dormido durante altas horas de la noche: racismo, sexismo, tribalismo, xenofobia y todo tipo de temas tóxicos y negativos, elementos constituyentes de nuestros reflejos ancestrales más profundos. Su oponente, Hillary Clinton, recibió coberturas más favorables de la gran prensa tradicional e, incluso, su campaña invirtió más dinero (768 millones) que su rival (398 millones). Sin embargo, como lo demostró la firma de análisis de datos de los medios MediaQuant, de julio de 2015 a octubre de 2016 la campaña presidencial de Donald Trump recibió 5,9 mil millones de dólares en atención gratis por parte de esta misma prensa, mientras que Clinton recibió apenas 2,8 mil millones.

Rogers Waters y la estratégica cultura de la cancelación

ROGERS WATERS HA SIDO ACUSADO por el Departamento de Seguridad de Alemania de hacer apología del nazismo. La acusación e investigación se basa en haber usado en su último concierto en Berlín un uniforme oscuro y un símbolo de dos martillos cruzados como referencias al nazismo. Waters ha personificado sobre el escenario a fascistas por décadas, no como apología sino como crítica al fascismo. Pero en tiempos de la Guerra Fría estaba bien, aunque, como George Orwell, nunca dejó de identificarse políticamente con la izquierda.

Ahora que Waters es identificado globalmente como un crítico de la hipocresía del "Mundo libre", hay que buscar cualquier excusa para crucificarlo. Es lo que viene ocurriendo con otras figuras clásicas de la crítica antiimperialista—al menos dos de ellos me han referido los absurdos linchamientos por los cuales están pasando.

El gobierno de Alemania, seguramente en el contexto de la Guerra de hegemonías que tiene lugar en Ucrania, ha acusado a Waters de apología nazi, que es como acusar a Hitler de socialista porque su partido se llamaba Nacional Socialismo—algo que, además, es una tradición inoculada. Según la acusación del gobierno alemán, "se considera que el contexto de la ropa usada es capaz de aprobar, glorificar o justificar el gobierno violento y arbitrario del régimen nazi de una manera que viola la dignidad de las víctimas y, por lo tanto, perturba la paz pública".

Cuando se usan las formas legales para subvertir el contenido semántico y lograr así efectos políticos, eso se llama fascismo—no simplemente lawfare. Este absurdo ha crecido primero en la cultura y más recientemente en las leyes estadounidenses, con la prohibición de palabras como "negro" o "racismo" hasta para explorar la historia sin maquillajes o para criticar el mismo racismo. Porque, en el fondo, la mayor debilidad de toda ley escrita es que no puede juzgar intenciones tan claramente como palabras y, de

ahí, el derecho de la Ley Miranda “a permanecer callado” y prevenir así que una sola palabra condene al acusado a varios años de cárcel. Porque las leyes que dicta la tradición e, incluso, las leyes escritas las escribe el poder, la forma es más importante que el contenido—algo que fue central en el conflicto de Jesús vs. los Maestros de la Ley.

Así, un presidente puede enviar a todo un país a una, dos tres guerras racistas e imperialistas y dejar países sembrados de cadáveres y destrucción, pero no puede decir la palabra “negro”. Figuras como Malcolm X y Martin Luther King cada vez suenan más incómodos por decir “la palabra”, como si no hubiese sido suficiente haber silenciado el detalle de que ambos eran socialistas. Ahora tampoco se puede decir “gay” en las escuelas ni mencionar la esclavitud delante de un joven blanco “para no herir su sensibilidad”.

Tampoco olvidemos que la “cancel culture” no es solo cosa de fascistas en el poder, sino también de progresistas aburguesados, infantilizados por la Psicología Disney y con una hipersensibilidad funcional que no deja enfrentar la historia y el presente de frente y sin miedos. Esta estrategia del silencio y la mediocridad es tan poderosa que termina siendo adoptada por las mismas víctimas. Recuerdo a dos jóvenes estudiantes que protestaron porque en una de mis clases proyecté el breve clip en el que Malcolm X distinguía a “el negro del campo” de “el negro de la casa”, no porque estuviesen en desacuerdo con la idea sino porque Malcolm X decía “N***” tres o cuatro veces. Por no volver sobre un escándalo puritano y administrativo que provocó en la Universidad de Georgia la película argentina “Doña Bárbara” (1998), la que había asignado a uno de mis cursos (“La inmoralidad del arte”, 2005).

Claro, no todos alcanzan este grado de absurdo, pero es significativo que exista un solo caso y, no en pocos, haya terminado con el despido de varios profesores, todos antirracistas—en mi caso, mi reacción no fue defenderme y menos excusarme, sino contraatacar. Es fácil ceder terreno ante los fascismos de todo tipo, pero luego recuperarlo lleva sangre, sudor y lágrimas.

El fascismo representa el poder de los de arriba y el miedo de los de abajo, y de ahí su obsesión de refugiarse en un pasado grandioso e

inexistente, imponiendo por la fuerza la libertad propia sobre la libertad ajena, todo en nombre de la libertad y las buenas costumbres.

Por eso el arte (no el arte comercial) es tan necesario: porque, si es verdadero arte, va siempre más allá del dogma y los opresivos mitos sociales, como lo es la prohibición de perspectivas políticas o sociales bajo la acusación de ser adoctrinación ideológica. Como si la prohibición y los viejos dogmas sociales no fuesen formas de adoctrinación ideológica, y de las peores.

Los dos martillos cruzados que aparecen en el vestuario de Waters es un símbolo que Pink Floyd usó en diferentes conciertos y videos como The Marching Hammers. Como mínimo hay que reconocer que The Wall se anticipó a la historia varias décadas. Ahora, ¿habrá que prohibir también la clásica sátira de Charles Chaplin El gran dictador de 1940? Allí el actor usó dos cruces en referencia a la cruz gamada como forma de parodia crítica, antes de ser incluido en la lista negra de "sospechosos de comunismo" en Estados Unidos ¿Y qué hacemos con Mark Twain, García Lorca, Bertolt Brecht, Arthur Miller…? ¿Y Eugene Ionesco? Una de sus obras, casi olvidada por el gran público, El rinoceronte, de volver a tener alguna influencia social sería prohibida, no por su alusión a la cultura de la cancelación fascista, a la alienación colectiva, no bajo alguna acusación directa, sino por pertenecer al "teatro del absurdo" o alguna forma de degeneración.

Hitler escribió un libro mediocre (1925), lleno de plagios y pintó cuadritos que más que arte eran ilustraciones, algunas bien logradas pero intrascendentes, por lo cual quemó libros y cerró la Bauhaus. Franco escribió una novela patriótica, Raza (1940), que brilló por su mediocridad; Ron DeSantis escribió un libro de historia patriótica (2011) lleno de clichés… Todos fueron demolidos por la crítica. Todos, una vez en el gobierno, se dedicaron a prohibir libros y artistas que no se acomodaban al dogma oficial o no eran lo suficientemente adulatorios de sus poderes. Lo mismo hizo la CIA siempre, pero en secreto.

Prohibir obras de arte por ser ofensivas no sólo es una profunda manifestación de torpeza intelectual sino también un característico síntoma del fascismo. Lo cual viene a ser lo mismo. Para las malas

obras de arte están los críticos y el juicio del público, no la ley. Este signo fascista de prohibir y censurar obras, libros y palabras se extendió en el civilizado occidente desde la misma Alemania, cien años antes, y hoy es una orgullosa práctica en Estados Unidos, con especial énfasis en el estado de Florida.

Argentina y la violencia del vacío

EL SECRETARIO DE ESTADO Cordell Hull odiaba sentarse con representantes negros o mestizos de los países del sur. También detestaba la blanca Argentina, por otras razones. Consideraba que era un país arrogante, insolente—una molestia permanente en la política del Patio Trasero de Estados Unidos. A diferencia de los países latinoamericanos al norte de Capricornio, los países del Extremo Sur no abundan ni en "violenta sangre india" y ni en "corrupta sangre africana" y, lejos de la influencia, las intervenciones y los dictados de Washington, amenazan con desarrollarse por otras avenidas.

El 19 de mayo de 1945, convencido de que Dios lo había hecho aterrizar en Argentina para corregir el peligroso camino que el país había tomado con la Revolución del 43, arribó el nuevo embajador de Estados Unidos, Spruille Braden. El ingeniero Braden era el heredero y, junto con la familia Guggenheim, uno de los accionistas de la empresa minera Braden Copper Company, la que dominaba la extracción de cobre en El Teniente, Chile. Como otros embajadores estadounidenses, Braden se destacaba por haber participado en diversos golpes de Estado en países ajenos y por defender la libertad de la sagrada corporación privada, como la Standard Oil en Paraguay o la United Fruit Company en el Trópico, para la cual trabajará cuando la compañía bananera y la CIA decidan derrocar al presidente electo de Guatemala, Jacobo Árbenz, nueve años más tarde. Todo en nombre de la libertad y el progreso económico.

En los escasos cuatro meses que permaneció en el país, Braden inventó el anti-peronismo antes que Evita inventase el peronismo. Su embajada participó en la campaña electoral como si fuese un partido político más, pero el enroque ocurrió cuando el vicepresidente Perón aprovechó la dicotomía electoral "Braden o Perón" y su esposa comenzó a construir el peronismo de izquierda, el primer peronismo, el peronismo más auténtico, corrompido más tarde por los López Rega, las Isabel Martínez y los Carlos Menem. Si el anti-peronismo nació antes que el peronismo, el peronismo que

maduró en la clandestinidad argentina, lejos de su líder exiliado, fue más peronista que Perón-Perón.

Pero Argentina, país de contrastes, fue, con Uruguay, uno de los pioneros de la educación gratuita, centro de la cultura y de las editoriales latinoamericanas y epicentro de la revolución democratizadora de las universidades en 1918, también fue la Meca de la frivolidad. En Uruguay es un lugar común hablar de argentinización cada vez que se critica la frivolidad de la farándula en los medios. ¿Hay algo de verdad en esto? Entiendo que sí.

Actualmente, la política argentina, como otras neocolonias, es una copia de las taras del imperio estadounidense. Basta con considerar unos pocos ejemplos: Lilia Lemoine, tan bonita por fuera como vacía por dentro, posando al lado de Milei con gorras de béisbol que rezan “Make Argentina Great Again”; los partidarios de La Libertad Avanza ondeando banderas proesclavistas de la Confederación o, más frecuentemente, banderas amarillas de Gadsden, con la serpiente representando la unión de las Trece colonias esclavistas sobre el lema “No pases sobre mí” (primero yo, segundo yo, tercero yo); la negación preventiva de cualquier derrota electoral bajo acusación de fraude…

Pero cada colonia le ofrece a la metrópolis sus propias particularidades. Si algo lleva la marca argentina, que no se encuentra (no a ese nivel) ni en el fascismo europeo ni en el estadounidense, es la frivolidad y la obsesión de la imagen joven que creó la obsesión por la barbie hollywoodense. En Argentina, los insultos con la palabra negro (obsesión fundacional de Estados Unidos) no compite con la popular expresión gorrrrrda (con una larga y despreciativa ere) y una particular fobia a la vejez, no sin paradoja, unida a su necrofilia—no es la obsesión anglosajona por la sangre y el crimen; no es el vínculo íntimo del mexicano con los muertos, sino el atractivo espanto de la muerte precoz, vinculada a la obsesión de la belleza y de la juventud.

El problema es cuando la vieja cultura de la farándula, de las vedettes y la agresión del vacío de los nuevos influencers (creados por los algoritmos del mercado que premian los sentimientos ancestrales más destructivos) saltan de los teatros de revista y de los dormitorios de los youtubers a las tarimas políticas. Allí, la

inexperiencia se convierte en un mérito y el servicio público un pecado de viejos.

Una de las traducciones de estas obsesiones, que antes realizaban su catarsis en el arte y en el espectáculo, es la acusación de viejos meados como arma retórica, lo cual equivale al absurdo de acusar a las mujeres en edad reproductiva de ser jóvenes menstruadas. Tengo malas noticias para los influencers políticos que basan su éxito mediático en su eternidad de un día: a partir de hoy todo eso que consideran importante comienza a empeorar. Todo lo que consideran importante, como la belleza de un rostro y de un cuerpo, empieza a apagarse. Si tienen suerte, pronto, muy pronto dejarán de ser jóvenes menstruadas para convertirse en mujeres meadas. Algunos compensarán toda esta natural decadencia física (si es que podemos considerarla decadencia, según el estándar cultural, y no una evolución natural y necesaria) con algo ganado a la experiencia, como un mejor entendimiento del mundo, un poco de paz interior y bastante más solidaridad con el prójimo, sea joven o viejo, gordo o flaco, judío o palestino, campesino, madre soltera o músico callejero. Esas cosas que los líderes de La Libertad Atrasa, de llegar al gobierno, se encargarán de dinamitar hasta que, naturalmente fracasen y se conviertan en viejos meados o afeados a fuerza a de operaciones estéticas que se realizarán para luchar contra el tiempo—batalla perdida, si las hay.

La novela de Bioy Casares Diario de la guerra del cerdo (1969) anticipó la radicalización de la gerontofobia actual. Treinta años antes, Bioy había publicado otra memorable novela La Invención de Morel. Bioy era un autor de la oligarquía argentina tratando de no mirar los problemas sociales del momento con una historia fantástica en una isla en medio del Pacífico. Todo tan político como la neutralidad de las iglesias. Si miramos con atención, también allí estaba la obsesión de la oligarquía argentina por la juventud eterna a través de la perpetuación de la apariencia vacía, de la libertad frívola.

Pero lo que en arte es una obra maestra, en política es un crimen. No hay que confundir deseo con realidad. Nacimos meados y nos vamos a morir meados. Eso es universal. Lo que importa, desde un punto de vista político y moral, es a la hora de la partida, cuánto

pudimos aportar a reducir la violencia y el dolor en la especie humana.

Nada de esto es posible perpetuando el perverso dogma de los Adam Smith y los Friedrich Hayek: “mi egoísmo es la base del bienestar social”, perpetuando el neocolonialismo, el cipayismo imperial, la servidumbre a una oligarquía criolla que siempre encuentra mayordomos y gendarmes que protejan sus intereses.

Siempre en nombre de la Libertad. De su libertad.

La información como producto de consumo

LA COMPARACIÓN DE LA INDUSTRIA de las hamburguesas y de los libros se relaciona con lo que detallamos antes: el mercado explota las debilidades ancestrales, como el premio neuronal por el azúcar y la grasa (Coca-Cola y BigMac) de la misma forma que nuestro cerebro se conecta fácilmente con un incidente violento, sea un accidente, una pelea de bar o un conflicto bélico. En este sentido, la super comercialización de la última etapa de la historia continúa y radicaliza esta condición.

La creciente violencia fascista en los "países desarrollados" (básicamente debido a su pérdida de poder de control y extracción de riquezas de los países del Tercer mundo y su creciente incapacidad de exportar la violencia en guerras neocoloniales que unan y disimulen sus contradicciones internas) ha sido reforzada por el mercado de la violencia mediática. Para finales del siglo XX, el consumo de programas e imágenes violentas dirigidas a niños de entre un año y la preadolescencia en la televisión estadounidense se había incrementado considerablemente, pese a que la Guerra Fría había concluido casi una década atrás. Al mismo tiempo, ese mismo mercado creaba un ejército de compradores compulsivos en edad adolescente.

Para 1997, el 80 por ciento de las jóvenes de entre 13 y 17 años reconocía que "amaba ir de compras" mientras realizaba un 40 por ciento más de escapadas a los centros comerciales que el resto de la población. Un año después, en una escuela secundaria de Georgia, se organizó un evento patrocinado por Coca Cola. Una estudiante, con el grado de rebeldía propio de su edad y, sobre todo, de su momento histórico secuestrado por el consumo y las megaempresas, decidió ponerse una camiseta con el logo de Pepsi-Cola. Fue suspendida por las autoridades de la institución. Esto, que para un outsider puede resultar absurdo, fue confirmado por los pastores del mercado, los cuales desde entonces no sólo han apuntado a

privatizar la seguridad social y otros servicios sino el resto de la educación que todavía se encuentra en manos de los estados. El político conservador, experto en lobby y director de la Christian Coalition of America (CCA), Ralph Reed, afirmó convencido: "Necesitamos una revolución en la educación, la misma que tuvimos en la televisión y en las telecomunicaciones". El negocio de la atención entendió perfectamente que era más fácil capturar a los nuevos consumidores y asegurarse un lavado ideológico masivo reemplazando educación por entretenimiento.

En el ensayo "There are Alternatives" publicado en 1998, el filósofo Jünger Habermas fue categórico: "No creo que podamos tener ilusiones sobre lo público de una sociedad en la que los medios de comunicación comerciales marcan la pauta". Claro que, como decía NBC y los lobbies empresariales en los años 30, todas estas opiniones no comerciales son irrealistas, infantiles, y están contra la libertad y la democracia. Al fin y al cabo, Habermas como el profesor Einstein o el pionero de la computación moderna, Alan Turing y los filósofos o inventores de los últimos siglos han sido todos pobres, irrealistas y fracasados.

Hoy, en Estados Unidos, existe una cadena pública de televisión, PBS, y una de radio, NPR. Hasta la presidencia de Ronald Reagan, la mayoría de sus ingresos procedían del gobierno federal, lo cual se fue reduciendo en las décadas posteriores hasta un magro 15 por ciento, en un persistente intenso en convertirlas, sino en privadas, al menos en cadenas comerciales. A pesar de ser los mayores productores de contenido cultural e informativo profesional del país, todos los años deben mendigar donaciones a su público para complementar su menguado presupuesto, siempre bajo ataque de los políticos conservadores y las corporaciones que los financian, los que entienden que la existencia de un medio depende de su rating. Por otro lado, como ya lo observó Robert McChesney, "lo último que quieren las cadenas comerciales es que PBS y NPR salgan a competir por la publicidad, sobre todo entre aquel público educado y de clase media alta. Cuando en 1998 el gobierno de Francia limitó el tiempo de publicidad en la televisión pública, TF1, la mayor cadena comercial del país, se vio de repente beneficiada".

En 1998, Leslie Moonves, presidenta de CBS Television, admitió a la

prensa que la decisión de la cadena de reducir la lista de programas a aquellos que no ofenderían a los anunciantes, es algo “totalmente común”. Ese mismo año, los periodistas Jane Akre y Steve Wilson de News Corp. TV de Florida, propiedad del magnate Rupert Murdoch, fueron despedidos por trabajar en una investigación sobre las prácticas de Monsanto. Uno de los ejecutivos de la cadena, sin titubear un instante, explicó la lógica de la decisión: “Pagamos tres mil millones de dólares por esas estaciones de televisión. Somos nosotros quienes vamos a decidir qué es noticia y qué no. Las noticias son aquellas que nosotros decidimos que son noticias”.

Esto no es ninguna excepción. Corporaciones gigantes como Procter & Gamble, por ejemplo, tienen agencias que monitorean todos los programas de televisión en los que anuncian sus champús, pastas de dientes, detergentes, papitas y gaseosas, para no hacerlo en aquellos programas que tienen contenidos demasiado críticos. Para el año 2020, la firma facturaba 75 mil millones de dólares, comercializando un centenar de marcas para miles de millones de consumidores en 140 países.

La derrota de aquellos grupos que abogaban por retener al menos un porcentaje de los nuevos medios destinados a la educación y a la cultura no comercializada no solo perdieron su batalla en la era de la radio (en los años 30s) y en la era de otra novedad creada y desarrollada con dinero público y por universidades no comerciales, la de Internet (igualmente privatizada en los años 90s) sino que, por si no fuese suficiente, estos mismos mega conglomerados periodísticos penetraron en las universidades hasta las escuelas de periodismo, bajo el asumido de que “ellos conocen la realidad”, como si “la realidad” fuese parte de una naturaleza exterior y no una creación de ese mismo mercado, de esa misma ideología de los negocios.

Ideología que también penetró otros sectores, facultades y escuelas de las universidades convirtiéndolas en proveedoras de empleados a medida, obedientes, convirtiendo a los estudiantes en clientes y a los consumidores en cerdos hambrientos—con todo el respeto por esos nobles y sensibles animalitos que también son sacrificados de a millones cada año.

La estrategia del olvido

DESDE FINALES DEL AÑO 2022, se hizo recurrente en los medios estadounidenses hacer una lista de todas las mentiras que el representante republicano por Nueva York, George Santos, había puesto en su currículum y había repetido en cada ocasión que tuvo oportunidad. Sin embargo, la frágil memoria popular no registra, o echa al olvido, que ésta ha sido una práctica bastante común, aunque pocas veces tan caricaturesca como la de Santos. Como todos saben, una de las formas más comunes es mentir ocultando una parte de la verdad. Una parte tan importante que merece ser ocultada o, en el mejor de los casos, reprimida.

En la publicidad política del estado de Florida, por ejemplo, abundan los candidatos posando con sus hijitos y afirmando que su padre "escapó del régimen comunista de Cuba buscando la libertad de este Gran País". Sólo esta frase oculta más de un siglo de intervenciones, dictaduras, racismo, crímenes de lesa humanidad, mafia, prostitución, embrutecimiento y bloqueos hambreadores de una vieja política imperial que no sólo controla los recursos ajenos, sino también las narrativas dominantes, es decir, el pensamiento y las emociones de sus más fieles servidores. Lo cual no es ninguna novedad, con diferentes grados de brutalidad, desde hace milenios.

Ninguno dice quiénes fueron sus padres, cómo se llamaban esos héroes que escaparon buscando la libertad. No lo dicen ni suelen aparecer en sus biografías o entrevistas. Muchos de ellos fueron detalladamente descriptos por la misma CIA para la cual trabajaban como mercenarios, como colaboradores de la dictadura de Batista y calificados por el FBI, sin eufemismos, como terroristas.

Según grupos estadounidenses desde diferentes universidades o grupos independientes no afiliados al gobierno ni a corporaciones con fines de lucro, como el Center for Justice and Accountability, cientos de criminales del Caribe, de América Central y de América del Sur lavaron su pasado de genocidios, estafas y tráfico de drogas, y hoy son respetables hombres de negocios viviendo libres en

Estados Unidos. No sólo cambiaron uniformes militares y sus abanicos oligárquicos por traje y calzas, sino también adaptaron sus viejos discursos de clase dirigente latinoamericana por eso de "huimos del comunismo buscando la libertad", y ahora este país es nuestro. Quienes no estén de acuerdo, pueden irse a otro (es decir, el viejo complejo del hacendado dueño de tierras y vidas humanas). Nadie pregunta quiénes son de verdad esos amables viejitos. Ni sus propios hijos.

Mientras ellos presumen de la libertad (y la vida) que le quitaron a sus hermanos en países acosados, en Florida los profesores de secundarias han comenzado a rodear sus bibliotecas con las cintas amarillas que usa la policía para cerrar las áreas donde se cometió un asesinato. La cultura ya no es un campo de batalla sino la escena del crimen. En algunos casos, antes de ser removidas, las bibliotecas son cubiertas con cartones para evitar que algún joven estudiante acceda a algún libro prohibido por la nueva inquisición estatal liderada por el gobernador y serio candidato a la presidencia de este país en 2024.

Una larga lista de libros ha sido prohibida en varios estados. Peor aún, se ejerce la autocensura apostando al miedo de aquellos que podrían ser sancionados o podrían perder sus trabajos si alguien descubriese que en su biblioteca de clase hubiese algo fuera del nuevo marco de la ley aprobada por una horda de representantes que es incapaz de mantener un debate mínimo sobre la historia de su propio país.

Como esto es un nuevo récord del absurdo, algunos recurren al inocente argumento de que las nuevas leyes pretenden proteger a los jóvenes de la pornografía. Si se refieren a la historia de la esclavitud, a las violaciones sistemáticas de los amos blancos a sus jóvenes esclavas antes de linchar a algún hombre de su familia; si se refieren al racismo o al robo continuado de la clase trabajadora (esa que tiene miedo de llamarse "clase trabajadora" como los esclavos evitaban llamarse a sí mismos esclavos), pues sí, es muy pornográfico. Pero el argumento se desmorona sólo con mirarlo. Por algo no se ha prohibido el uso de celulares, que es de donde los niños consumen pornografía comercial (negros sobre blancas) en las escuelas, sino que la prohibición ha recaído en la enseñanza de

cualquier cosa referida al racismo (la palabra imperialismo no ha llegado ni al horizonte de los Torquemada). Es decir, se ha prohibido por ley cualquier aspecto central y constitutivo de la historia de este país, “para no herir la sensibilidad de los jóvenes blancos” y “proteger la libertad de sus padres” a que se les enseñe el dogma de la casa (que, se asume, es la historia oficial y patriótica del gobernador), no la historia real.

Las bibliotecas siempre fueron peligrosas y han sido siempre las primeras víctimas de los fanáticos iluminados, desde la antigüedad hasta la censura estalinista, la quema de libros en la Alemania nazi y las múltiples y diversas dictaduras fascistas de África y América Latina, satélites de los imperios privados y estatales del Norte. En esta etapa, el fascismo presume de ser el campeón de la libertad. ¿Qué podemos esperar de los medios comerciales, principales instrumentos del poder censor que repite hasta la intoxicación la palabra libertad?

La historia oficial está construida más de olvidos que de memoria, y quienes usan estos mitos sociales, siempre más poderosos que la realidad, apuestan por lo seguro en el mercado electoral. Por eso suelen ser exitosos y, en la cultura consumista, si uno es rico y exitoso es también dueño de la verdad.

A ese absurdo totalitario, como en muchos otros países, llaman patriotismo. Este fanatismo no es muy diferente al que creó el mito del Destino manifiesto en el siglo XIX. Como es natural y necesario, ahora el mito cambió de vestimenta, de maquillaje y algún que otro adjetivo.

El crimen siempre paga. La censura por ley. El olvido por complicidad. La omisión por conveniencia. El insulto por mediocridad. La sumisión por cobardía. Todas esas miserias humanas tarde o temprano tienen su recompensa. Recompensa contante y sonante, como las treinta monedad de plata de Judas. De otra forma, si el mundo fuese diferente, los críticos del poder serían “ricos y exitosos” y los mercenarios serían “pobres y fracasados—dangerous bitter losers!”

POSTCAPITALISTA Y POSTANGLOSAJÓN

El dogma capitalista y sus fósiles

CAMINANDO POR EL CAÑÓN del Colorado no es raro encontrarse con un trozo de árbol que se petrificó millones de años atrás. Al petrificarse ese trozo de madera dejó de ser madera para convertirse en piedra. Lo mismo cuando vemos una hoja estampada en una roca que ha sido abierta, un caracol, un pez o una abeja fosilizada 70 millones de años atrás. Esos fósiles ya no son madera, no son huesos, no son carne sino, básicamente, roca. Lo que vemos es la forma, el reflejo de un pasado lejano, no su naturaleza original.

El mismo proceso ocurre con las ideas fundadoras, desde las religiosas hasta las ideológicas. Pero el dogmático no es el radical (aquel que va a la raíz), ni el original (aquel que va al origen), sino aquel que transforma una forma original, una idea viva, en un fetiche fosilizado. Es una proceso común en cualquier religión.

Lo mismo ocurre con la constitución de Estados Unidos y de muchos otros países, sobre todo aquellos orgullosos que lograron someter a otros pueblos por la gracia de Dios. La obsesión radica en deducir e interpretar correctamente la intención original de quienes vivieron hace 250 años, hablaron un inglés bastante diferente al actual y, sobre todo, vivieron en un mundo que ha desaparecido. Una obsesión bíblica por alcanzar a través del texto la intención divina de gente que no tenía idea de la realidad y de los problemas de diez generaciones posteriores.

Un ejemplo clásico es la discusión que rodea la Segunda Enmienda: esa simple línea ¿se refiere al derecho de portar armas de una "milicia regulada" o de individuos desconectados, ejerciendo el dogma del derecho individual, como el derecho a la propiedad, por encima de cualquier otro derecho? El versículo sagrado dice: "Siendo necesaria una milicia bien organizada para la seguridad de un Estado libre, no se violará el derecho del pueblo a poseer y portar armas" (A well regulated Militia being necessary to the security of a free State, the right of the people to keep and bear Arms, shall not be infringed"). Está de más recordar que tanto en la

constitución como en las leyes la palabra “gente” o “pueblo” (people) se refiere a hombres blancos. Por entonces ni siquiera era necesario aclararlo. También se ha echado al olvido que por décadas, la “milicia bien organizada” fue la policía original, y su derecho a portar armas era consistente con su casi única función: mantener a los esclavos felices y produciendo en paz, según del principio de “la ley y el orden”.

La interpretación conservadora y literal de la Asociación Nacional del Rifle y de los evangelizados defensores de las armas consiste en ignorar lo de “milicia regulada” e interpretar “people” no como pueblo sino como “individuos”. Si aplicamos el análisis de la estructura profunda del lenguaje (la UG de Chomsky) las interpretaciones conservadoras se desarman como un castillo de naipes. Sin embargo, aun dejando de lado estos detalles ligústicos, lo más objetivo que podemos decir es que, más allá de la interpretación del texto sagrado, es que ha sido la interpretación neoconservadora de la derecha republicana la que ha dominado en los congresos y en la altamente politizada y conservadora Suprema Corte, logrando que Estados Unidos sea un arsenal de armas en nombre de una seguridad que nunca ha llegado debido a las masacres diarias.

¿Es necesario leer esa línea de una constitución o de una ley como un fanático religioso lee un texto sagrado que asume fue escrito por la mano de Dios? ¿O podemos entender que los llamados Padres fundadores no sólo eran hombres mortales sino, además, poderosos dueños de esclavos que organizaron una constitución, sus enmiendas y casi todas las leyes a su imagen y conveniencia—en nombre de principios universales?

Lo mismo podemos ver en las interpretaciones ideológicas que se convierten en dogmas. Todas las grandes ideas, aquellas que se han expandido a distintos pueblos y distintas generaciones, sufren un observable proceso de fosilización—que, como un fósil, también es un proceso de simplificación y transmutación en otra cosa. Con esto no me refiero sólo a una fijación e incapacidad para el cambio, sino lo contrario. Es un lugar común acusar a los marxistas de ser dogmáticos, a pesar de que es una de las corrientes de pensamiento más abiertas a correcciones y nuevas interpretaciones de su propia

ideología o interpretación del mundo. No por casualidad, la izquierda ha estado históricamente más fragmentada políticamente que la derecha. La razón, entiendo, radica en que, pese a la multiplicidad de recursos tradicionales (religión, patria, orden, capital, propiedad) a la derecha la unen los intereses económicos, que son los que dominan el mundo, mientras que la izquierda ha pasado la mayor parte de su historia deliberando diferentes estrategias de resistencia a ese poder.

Por lo general, las acusaciones sobre el dogmatismo de la crítica marxista proceden del otro extremo del espectro político, los liberales de cartón de la extrema derecha. Sus fósiles suelen ser profetas como Adam Smith o Milton Friedman—un radical, pero versión moderada de Friedrich von Hayek. Sus lecturas están fosilizadas y sólo mantienen la forma, como las ideas de la "libertad de mercado", la "libre competencia", "las empresas privadas lo hacen mejor", "la mano invisible del mercado" o el principio del "egoísmo como motor del progreso", cuando el mismo Smith nunca alcanzó este grado de simplificación fósil. Por no seguir con Joseph Schumpeter, que dos siglos después también advirtió sobre la contradicción liberal que lleva a la concentración de las grandes corporaciones privadas.

Por no seguir con la palabra y la idea de "libertad", secuestrada, violada, fosilizada, triturada, vaciada de sentido y arrojada a las cloacas discursivas de políticos que si por algo se identifican es con sus socios de la extrema derecha, de las viejas y nuevas dictaduras, de los viejos y nuevos empresarios dedicados a exterminar cualquier competencia y la libertad humana de cualquiera que no pertenezca a sus reducidos círculos de intereses feudales.

Este fanatismo capitalista que maduró en el siglo XVII y que ya se encuentra en el CTI, no sólo fosilizó sus propias ideas sino la misma existencia humana, simplificándola al extremo de la esclavitud voluntaria del individuo-masa, del individuo-cosa que se cree libre por el solo hecho de gritarlo con fuerza y con toda la ira que procede de su propia frustración.

En una entrevista de setiembre de 2022, analizando los graves problemas presentes y el problema del futuro de Estados Unidos, el economista Nicholas Eberstadt, fue categórico: "lo que realmente

necesitamos en lugar de un Premio Nobel de economía es un Premio Nobel de literatura, porque el problema es el Zeitgeist, el corazón humano, de todas las cosas que dan sentido a la humanidad".

El patriotismo capitalista

“ESE DÍA DE FIESTA NACIONAL se amontonaba a todos los críos en un patio y se los hacía jurar fidelidad a la bandera. ‘¿Xurais defender este símbolo inmacvlado con la sangre de vos, sin importar quáles razones tuvierais para no facerlo?’ A lo que los críos contestaban gritando bien fuerte ‘Sí, con esta sangre, xuro!’ De ahí hasta la muerte, los habitantes de Calataid llevarían con orgullo la cicatriz de la Jura a la Bandera, la cual no sólo era imprescindible para hacer cualquier trámite público, como ingresar al honorable cuerpo de Alamines de Cerdos y Gallinas para cobrar las tradicionales coimas, sino que también servía para practicar una vieja costumbre que consistía en medírsela cada vez que dos viejos amigos se encontraban (…) ‘Quando me empuxaron con los otros críos en el patio de la escuela para que xurara por ese pedazo de trapo, grité bien forte No xuro! Pero el mío No se perdió entre los obedientes xuro de mis compañeros’”.

Este momento de la novela cubista La ciudad de la luna (2009) es una ficción-testimonio de mi experiencia como estudiante de primer año de secundaria durante la dictadura militar en Uruguay. Mientras el director recitaba las frases patrióticas que hacían llorar a los padres, yo recordaba a mi abuelo, torturado por el Capitán Nino Gavazzo, luego prisionero acusado de darle de comer a unos tupamaros fugitivos a quienes ni siquiera conocía. Recordé a mi tío, también torturado, y recordé a su joven esposa pegándose un tiro en el pecho. Yo tenía cinco años, pero jamás olvidé. Recordé las conversaciones en una granja de Colonia, donde dos hombres de cara al farol de la cocina mencionaban que los cuerpos aparecidos en el Río de la Plata no eran de pescadores sino que habían sido arrojados desde aviones argentinos, más de diez años antes que uno de los pilotos lo confesara en 1992.

Cuando le pregunté al profesor de “Educación Moral y Cívica” qué significaba la rama de laurel en el escudo nacional, me golpeó en la mano por señalar el símbolo sagrado con un dedo. El profesor de historia, orgulloso descendiente de un capitán inglés y cansado de

mis preguntas, me dijo frente a toda la clase que nunca un familiar mío iba a tener una calle con su nombre. No entendí por qué eso era importante ni lo entiendo ahora. Poco después le pregunté a la profesora de literatura, una mujer muy amable, por qué ni siquiera se mencionaba a Juan Carlos Onetti y su respuesta fue: "porque el país le dio todo, educación, trabajo, familia y él se fue a otro país a criticar al suyo propio".

Años después, cuando la incipiente democracia liberó a los presos políticos de Libertad, uno de ellos fue de visita a la granja de mi abuelo y le contó que, con un familiar, había puesto un restorancito y habían invitado a uno de los compañeros que era cantor. Pero un día le pidió que incluyera alguna canción que no fuese de protesta. El músico se ofendió y allí terminó la amistad. "Él debe entender que no podés mantener tu negocio solo con clientes que piensan como nosotros", comentó mi abuelo.

La actitud del cantor revolucionario ante el contexto tiene algo en común con el recurso dialéctico de los influences del capitalismo. Un popular youtuber iraní emigrado a Estados Unidos que se define como "alguien que ama este Gran País", una vez entrevistó a un profesor estadounidense que se define como marxista. Luego de hacer un despliegue de ignorancia histórica, apenas pudo le tiró con la clásica: "¿Por qué no te vas a vivir a Rusia". Rusia ni siquiera es socialista, por lo que aún más clásico es la invitación a vivir en Cuba. Los inquisidores no se toman la molestia de considerar que Cuba es la consecuencia del imperialismo estadounidense y, menos, que es en países como Cuba donde el capitalismo ejerce sus milagrosos poderes con más fuerza.

El recurso de cuestionar la vida privada de una persona como argumento en contra de sus ideas es mediocre y cobarde. Como cuestionar a un socialista por enviar a su hija a una escuela privada porque quiere y puede pagarle una educación bilingüe. Como cuestionar a un capitalista pobre (mejor dicho, a alguien que cree en el capitalismo) por enviar a su hijo a una escuela pública. O cuestionar a alguien porque vive en un barrio y no en el otro. Cada individuo vive en circunstancias concretas en un mundo concreto; en cualquier caso, dominado por el capitalismo.

Más si es un asalariado. Cuando la crisis neoliberal golpeó América

latina a principios del siglo (como consecuencia lógica del endeudamiento forzado en los 70s, el que luego derivó en las recetas del FMI y del Consenso de Washington en los 90s), muchos de aquellos que teníamos la heladera blanca por fuera y por dentro emigramos a Europa o a Estados Unidos como forma de sobrevivir y luego, en algunos casos, por razones profesionales. Algunos se impusieron cambios ideológicos para no sentir la incomodidad de la falsa contradicción: si vives en un país capitalista debes ser capitalista. Si vives en un país socialista debes ser… bueno, hay diferentes opiniones.

Actualmente, la consecuencia lógica de las crecientes desigualdades sociales del neoliberalismo y la pérdida de poder extractivo de las potencias imperiales (eufemísticamente llamadas desarrolladas) sobre sus colonias primero, sobre sus dictaduras amigas después y, finalmente, sobre las endeudadas democracias en vías de desarrollo, ha dado paso a un fascismo más visceral. Esta ola nacionalista (no confundir el nacionalismo imperialista con el nacionalismo anticolonialista) nació en "los países desarrollados" y luego, como todo, fue copiado en sus excolonias con complejo de inferioridad.

La ventaja del fascismo no es sólo su simplicidad intelectual, ilustrada con su simbología tribal de banderas, escudos, gritos y clichés, sino también su patriotismo visceral y militarista. El odio a todo tipo de otro en nombre del amor al país en el que nacieron o el amor súbito, a primera vista, del país que adoptaron.

El patriotismo no es el amor a un país sino el reflejo del amor propio en símbolos ajenos. El amor y el odio a un país son dos ficciones imposibles, pero muy útiles. A veces funciona para revindicar derechos de pueblos oprimidos. A veces, para todo lo contrario. Por lo general, es una de las pasiones colectivas más fáciles de manipular por los más de arriba, aquellos que les importa un carajo la patria, la bandera y la vida de quienes juran morir por ella.

El capitalismo ha muerto

EL LIBRE MERCADO FUE SIEMPRE el dogma central de liberales y capitalistas, pero nunca fue practicado ni por las liberales ni por los capitalistas. Todas las teorías y metáforas, como “la mano invisible del mercado” y las inútiles gráficas que algunos economistas inventaron para creer que la economía era una ciencia dura como la física y no parte de las ciencias sociales, sólo funcionaron en la imaginación simplificada de sus autores y creyentes.

Pocas cosas tan irreales y sin ningún ejemplo histórico concreto. En todos los casos, son propuestas despojadas de las variables más importantes de la realidad. La ley de la oferta y la demanda, de la libertad de los mercados, el egoísmo individual como motor del progreso colectivo, no incluyen la política, el poder imperial, las manipulaciones monetarias y financieras—mucho menos las externalidades.

Según esta visión lunática, en una sociedad organizada por el mercado no existe la acumulación de poder ni la misma destrucción de la libertad del mercado, aun cuando liberales fundadores como Adam Smith, David Ricardo o más recientemente Joseph Schumpeter reconocieron esa debilidad de la maravillosa teoría.

La prosperidad y la riqueza acumulada por las mayores potencias del mundo fue posible al imponer esas reglas sólo a las colonias. Mientras, el gobierno global de las corporaciones privadas continuaba y globalizaba el sistema esclavista. El mismo presidente Rutherford Hayes observó, un par de décadas después de la abolición de la esclavitud, que el gobierno estadounidense estaba al servicio de las corporaciones, no del pueblo; que las leyes se aprobaban para proteger y beneficiar a los primeros, no a los segundos.

El capitalismo surgió en la Inglaterra del siglo XVII con la sacralización del derecho a la propiedad privada sobre cualquier otro derecho (incluido el derecho a la vida) y su imperio impuso

por la fuerza los inEtereses de sus compañías privadas, como la East India Company, asistida por su gobierno como antes la monarquía había asistido a los señores feudales a despojar a los campesinos de sus tierras bajo el nuevo sistema de comercialización de la tierra y del trabajo de los desplazados. Este proceso se radicalizó con el sistema financiero. De liberalismo clásico, nada. El sistema global actual es tan opuesto al capitalismo como lo era el capitalismo a su predecesor, el feudalismo, razón por lo cual lo llamamos por muchos años neofedualismo.

El capitalismo ha muerto. Lo que vemos es un zombi que camina sin vida y asusta a apologistas y detractores. Lo que estamos viviendo es la etapa postcapitalista marcada por crecientes y más frecuentes crisis económicas y sociales. La dictadura real de los carteles de las finanzas se ejerce a través del capital virtual.

La trasferencia de riqueza de las clases medias y de las neocolonias se realiza a través de (1) pago de deudas ajenas en dinero real y pago de deudas propias en dinero creado de la nada; (2) trasferencia de recursos de las clases trabajadoras para financiar guerras eternas de la industria militar, en manos de la una elite financiera; y (3) privatizar sus despojos y exigir compensaciones a las naciones destruidas que, a su vez, se convertirán en nuevo satélites.

Esta ha sido la historia occidental por siglos: exterminación del otro, algo que se radicalizó con el ascenso de los imperios europeos a partir del siglo XVI. La llamada “Paz de los cien años” (1815-1914) fue, según Polanyi, “un fenómeno inaudito en los anales de la civilización occidental”. Claro que debemos considerar un detalle olvidado por estos títulos: en ese mismo período, el imperialismo europeo y estadounidense exportó casi toda su violencia a las colonias en Asia y África y a las repúblicas bananeras en América.

Asia, desde China hasta India, se mantuvo tres siglos sin agresiones militares, desde 1598 a 1894. Si consideramos China, el período sin guerras expansionistas suma quinientos años, desde la breve invasión a Vietnam en 1406. En Asia y en África existieron culturas y civilizaciones basadas en el pacifismo y la cooperación, como es el caso del Ubuntu—incluida la hoy tan denostada tradición islámica

en España y en África occidental. El Reino de Nri en África duró mil años y se destacó por su pacifismo radical, su prohibición de la esclavitud, su propiedad comunal de la tierra y la producción, y su intenso y libre mercado con otras naciones—todo lo que terminó con el arribo del cristianismo y el mercado esclavista de los marineros portugueses.

Si antes las finanzas eran una forma de administrar los capitales, ahora son los capitales una forma de administrar las finanzas. Los dueños de este juego de extracción de valor creando dinero de la nada pertenecen a una micro elite. El poder de los gobiernos es simbólico; representan la gran distracción en la lucha de antagónicos: para los pueblos, los políticos son los demonios o son los salvadores, pero el poder lo tienen los bancos y las corporaciones. En 1790 el fundador de la dinastía Rothschild de banqueros, Mayer Rothschild ya lo había adelantado: “Permítanme emitir y controlar el dinero de una nación, y no me importará quién haga sus leyes”. Ese proceso de abstracción se radicalizó con la creación de dinero digital en los bancos, apretando varias veces la tecla “0”.

Es así como todo el sistema de robo faraónico queda suspendido de un solo hilo: la fe. Si a partir de 1971 el dólar sustituyó el patrón oro por la fe de los tenedores, ésta todavía tenía una vinculación con la realidad material: se asumía que el gobierno de Estados Unidos iba a sostener su valor a través del valor real de su economía. Pero la economía de Estados Unidos no sólo cambió superávit por déficit, sino producción por consumo.

Pero un sistema basado en la fe necesita de templos, de sacerdotes y de creyentes: medios, políticos, periodistas y consumidores. Como el dinero, la realidad es una creación virtual. Sólo una crisis global podría cambiarla, y esa crisis será una crisis de fe, una conversión religiosa. Como cualquier templo religioso, el recurso principal de los medios obedientes es la inoculación del miedo a un ente que es venerado como creador de prosperidad y temido como destructor del orden mundial. Cualquier duda es demonizada como artilugio de los ángeles oscuros que quieren destruir el mundo con sus peligrosas ideas.

El sistema de acumulación actual ha traspasado hace mucho tiempo

las reglas mismas del capitalismo Si antes se necesitaban capital real robado a las colonias o a las clases trabajadoras para invertirlo y producir productos servicios, hoy ese capital es un capital virtual. Es el mayor sistema de asalto de la historia. Nunca antes la humanidad había organizado un sistema tan perfecto de robo global que ya no solo se restringe a los imperios sino una micro elite dentro de esos eximperios que en su mayoría puede estar en los países desarrollados o en otros.

Postcapitalista, Postreal y Posthumano

"Mientras las universidades logran robots que se parecen cada vez más a los seres humanos, no sólo por su inteligencia probada sino ahora también por sus habilidades de expresar y recibir emociones, los hábitos consumistas nos están haciendo cada vez más similares a los robots"

Cyborgs, 2012

EN UN TIEMPO NO MUY LEJANO, algunos libros como éste vendrán precedidos por la advertencia "Escrito por un ser humano" y, aun así, nadie sabrá si no fue escrito por una máquina. Para confirmar la humanidad de su autor, se inventarán sistemas que puedan, al menos, probar la fecha de publicación. Mi generación presumirá (no sin vanidad, en el doble sentido de la palabra) de haber vivido en tres eras diferentes: la Era de los libros impresos, la Era de Internet y la Era de la Inteligencia Artificial. Tres mundos vertiginosamente diferentes.

En todo caso, un aumento de los medios de propaganda masiva habrá producido una disminución de la fe (y del interés) en la realidad y en la verdad (sobre este fenómeno, ver nuestro artículo "La pornografía política", 2016). Nuestros hijos vivirán, si sobrevivimos como civilización, en un mundo postcapitalista, posthumano y postreal. De hecho, los tres post ya se han instalado en nuestro mundo, al menos como realidades en su tierna infancia. Está de más decir que la impronta cultural y civilizatoria de la futura postrealidad posthumana ha sido dada por el capitalismo antes de morir.

Por el momento, los ensayos de nuestros estudiantes universitarios escritos con inteligencia artificial, aunque correctamente escritos y bien organizados, son muy mediocres desde el punto de vista crítico

y creativo, y bastante fáciles de identificar por sus estructuras clásicas. Pero debemos suponer que todo eso irá mejorando con el tiempo. No obstante, la frontera post humana será la creatividad más radical de los humanos—o de lo humano que quede en ellos—y sus enemigos más peligrosos serán aquellos que hoy son etiquetados con alguna discapacidad, como autistas y otros, por las razones que expusimos en “Necesitamos más gente rara”.

El reconocido biólogo Ernst Mayr había advertido en 1995 que la inteligencia humana es una “variación letal”, sin mucho sentido dentro de la lógica de la evolución. También observó que el tiempo promedio de existencia de la mayoría de las especies mamíferas son cien mil años, más o menos el tiempo que se estima la aparición del Homo Sapiens y su migración fuera de África (ver Ilusionistas, 2012, o Sin Azúcar, 2022, libros que publicamos con Noam Chomsky).

Actualmente, la catástrofe climática es la principal amenaza de la especie humana o, al menos, de la civilización que ha creado. Esta catástrofe y esta aproximación hacia la extinción humana no se debe a otra cosa que a su propia inteligencia. Como si la inteligencia humana, como si esa “variación letal” no fuese suficiente peligro, ahora se ha agregado otro de sus productos que pueden conducir a la especie a la misma dirección pero de forma más veloz: la inteligencia artificial. La palabra pueden no sólo es una referencia las probabilidades de que un hecho ocurra o no, sino a su potencialidad. Una potencialidad semejante a la extinción por un conflicto nuclear. Aun si lo consideramos improbable en este momento, su mayor peligro radica en que es posible. La historia humana provee de ejemplos suficientes para entender que lo que ha sido posible tarde o temprano se convierte en probable, por absurdo que sea, como la Segunda Guerra mundial, por ejemplo.

La mayor novedad de la inteligencia humana que prácticamente no ha evolucionado por muchos miles de años es una variación artificial que pronto se convertirá en una nueva naturaleza. La inteligencia artificial no es solo una alarma de filósofos y novelistas sino de los mismos involucrados en su negocio y desarrollo. Como ejemplo, basta considerar la advertencia colectiva de 350 investigadores, ingenieros y CEOs de OpenAI, Google Deepmind,

Anthropic entre otros gigantes tecnológicos que se encuentran en la avanzada del desarrollo de IAs, advirtiendo que los sistemas futuros podrían ser tan mortales como las pandemias y las armas nucleares, representando un "riesgo de extinción" real de la especie humana. Razón por la cual entienden que los gobiernos deben intervenir inmediatamente regulando las IAs como se regula el sistema de armas atómicas. Típico recurso postcapitalista de los señores neofeudales que los neoliberales de las colonias parecen no haber entendido todavía.

Las ventajas de las IA, como mejores diagnósticos médicos, no son suficientes para ignorar sus peligros. El primero es que realice una amplificación de las patologías humanas, como la búsqueda del poder a través del conflicto o como la comercialización de la existencia (humana y natural) desarrollada por tres siglos de capitalismo. Como veremos en los capítulos siguientes, si vemos lo que ocurrió en las últimas décadas, no con IA sino con sus predecesores, los bots y los algoritmos de Internet y de redes sociales, la recurrencia y fijación del impulso de manipulación y control de la opinión pública y de sus sensibilidades es el mayor capital de las elites económicas y financieras en el poder. Como en el caso de las especulaciones en las bolsas de Wall Street o Londres, las IA mejorarían y acelerarían la toma de decisiones financieras y, consecuentemente, las decisiones políticas a favor de esas elites, sobre todo a través del cuestionamiento de la realidad, de la disolución de los parámetros que deciden si algo es verdadero, falso o una mentira—es decir, una falsedad con propósitos de manipulación. De ahí al caos hay un pequeño paso y, más allá, está la independencia de las IA que harán de la especie humana un detalle irrelevante, primero, incómodo e inconveniente después.

Suponer que las IAs y sus dueños, las elites en el poder puedan tener algún límite ético, como creía Adam Smith tendrían los ricos ante los pobres, productos del sistema, es como creer que cuando invierten sus fortunas en las bolsas o en las colonias lo hacen para crear empleos o reducir la pobreza, la desigualdad y los conflictos bélicos en el mundo. Si todavía creemos en esas ternuras, entonces, como dice el nuevo dicho popular, "nos merecemos la extinción".

Salario universal ya

LA PARÁBOLA “NO HAY QUE DARLE pescado a un pobre sino enseñarle a pescar” no sólo es la preferida de los memes de las redes sociales y un instrumento de autocomplacencia cuando uno es un pobre que ha logrado ahorrar tres dólares (empleado o pequeño empresario que se cree miembro del gremio de Elon Musk), sino otro recurso de moralización del capitalismo colonialista que nunca pierde oportunidad de culpar al pobre de su miseria.

Pocos saben cómo pescar mejor que un pobre, pero no debe sorprender, sobre todo cuando aquellos que los odian en secreto los califican como holgazanes en público. Esos holgazanes que construyen nuestras casas, que cultivan y recogen a pleno sol nuestra comida, esos que limpian los baños de nuestras universidades y de los aeropuertos y a los que nadie les dice siquiera gracias. Esos que trabajan como esclavos en trabajos esenciales pero no pueden ir al dentista y deben resignarse a expresar sus modestas alegrías sin dientes. Esos, cuyos hijos no pueden ir al psicólogo ni al psiquiatra y mucho menos comprar las medicinas que los mantenga equilibrados hasta que su cerebro madure a los 25 años y terminan antes, a los 17 o 19 años, en los informativos policiales, en la cárcel y en el desprecio social por haber elegido una vida de crimen y violencia. Esos invisibles, malditos pobres, que mantienen nuestro mundo rico, orgulloso y putrefacto, funcionando al antojo de los orgullosos exitosos y mayordomos del sistema.

La historia contemporánea demuestra que la forma más efectiva de reducir la pobreza y las obscenas diferencias sociales es dando dinero a los pobres. Esto, que provoca la risa unánime, se puede entender si uno le dedica un tiempo mínimo de reflexión. Reducir la pobreza a cualquier precio es lo más económico que tiene una sociedad, la mejor estrategia de desarrollo y lo más justo desde cualquier punto de vista. La pobreza no deriva de una raza, de un síndrome o de una carencia cultural. Deriva, profundamente, de las reglas y de un orden social establecido por una historia y, sobre

todo, por las clases dominantes que controlan los recursos, la economía, la política y la narración de su realidad creada y deseada por medio de los medios.

Cada vez que un gobierno de América Latina propuso alguna reforma agraria o la nacionalización de sus recursos naturales, con pocas excepciones (como la nacionalización del petróleo mexicano en 1938), siempre terminó en un golpe de Estado promovido por Washington y las grandes corporaciones. No hace mucho, cuando el presidente de Bolivia, Evo Morales expulsó a los semidioses del FMI y propuso que el país se hiciera cargo de sus propios negocios, fue acusado de dictador. Para peor, su partido político incluía la palabra socialismo. Los números de la economía y la realidad social le dieron la razón al "indio ignorante y dictador" (cito, porque es lo que debí escuchar más de una vez de visitantes bolivianos en mi oficina en la Jacksonville University), algo que los de arriba nunca le perdonaron. Lo mismo podíamos decir del presidente de Brasil, Lula da Silva, quien entre 2003 y 2010 sacó a 30 millones de brasileños de la miseria económica y redujo la desnutrición infantil a la mitad, dándole cheques (canastas) a los pobres.

Pero cada vez que un líder de algún país del Sur Global (de las excolonias) propone una redistribución de la riqueza por simple justicia y desarrollo social, es automáticamente demonizado como "dictador socialista". Irónicamente, aquellos países o estados nacionales que más demonizan esta idea de redistribución de los recursos son los que más la practican. Consideremos Arabia Saudita y otros países petroleros, ultraconservadores, cuyos habitantes reciben subsidios directos de la explotación de sus recursos nacionales, considerados "recursos comunes". Consideremos el caso de Alaska, bastión radical de la derecha estadounidense. Sus ciudadanos reciben un salario de sus recursos de petróleo, sólo por vivir allí.

La propuesta del Salario Universal, desacreditada por neoliberales y corporaciones, ha sido criticada como una idea que promovería la holgazanería. Lo que llamamos holgazanes suelen ser individuos con necesidades especiales que no han sido asistidos por la sociedad para lograr una vida más plena y productiva. Ya explicamos estos efectos inversos del Salario Universal en otro espacio.

Eso no quiere decir que “los zánganos” tengan los mismos derechos que aquellos que se esfuerzan. (Me refiero a los holgazanes de las clases bajas y no a los de las clases altas, porque nadie necesita ampararse en derechos cuando le sobran privilegios.) El Salario Universal no elimina el principio basado en méritos personales, ni la característica intrínseca del ser humano por la cual la abrumadora mayoría de cualquier sociedad tiende a crear y producir cosas nuevas. Asumir que los seres humanos nos movemos sólo por intereses económicos y de acumulación ilimitada de riquezas es asumir una concepción simplificada y deshumanizada de la condición humana. Condición que ha sido corrompida por la cultura capitalista, mercantilista y utilitaria.

La propuesta de un Salario Universal tiene un antecedente contradictorio y paradójico. Durante la Segunda Guerra mundial, Juliet Rhys-Williams, política del Partido Liberal (por entonces la izquierda en Inglaterra), propuso un “impuesto negativo” por el cual todos aquellos quienes tuviesen un ingreso por debajo de una línea mínima de subsistencia deberían recibir un subsidio en relación inversa a su ingreso. Es decir, si consideramos una curva de ingresos ascendentes y la atravesamos con una recta horizontal definiendo un mínimo de subsistencia, todos aquellos que queden por debajo de la recta deberían recibir tanto como sea necesario para alcanzar el mínimo, mientras los demás deberían pagar tanto más cuanto más altos sean sus ingresos. En su libro Where Do We Go from Here: Chaos or Community? (1967), el socialista Martin Luther King había entrevisto la solución: “Debemos crear pleno empleo o crear ingresos. Estoy convencido de que el enfoque más simple demostrará ser el más efectivo: la solución a la pobreza es abolirla directamente mediante una medida ahora ampliamente discutida: el ingreso garantizado”.

Esta idea fue retomada décadas después por uno de los ideólogos del capitalismo neoliberal, Milton Friedman, y por el presidente Richard Nixon. ¿Por qué este repentino gesto de ternura, cuando otros de su mismo signo ideológico, como la escritora de novelas panfletarias Ayn Rand eran partidarios del egoísmo moral? Octavio Paz escribió que la derecha no tiene ideas sino intereses. Sin embargo, cuando de vez en cuando en la derecha aparece alguien que parece un intelectual, no faltan los capitales ni el aparato de los

grandes medios para promocionarlo. Rand tuvo varios declarados admiradores en la política, como el influyente director de la reserva federal, Alan Greenspan, uno de los arquitectos de la desregulación bancaria que sembró diversas crisis en el imperio más poderoso del mundo.

El capitalismo agoniza. El mayor problema es que, como el feudalismo, agonizará por muchas generaciones.

Mientras tanto, podemos adelantarnos un poco al siglo XXII y comenzar por los cambios.

MERCADO O MUERTE

Los trabajadores le roban a los inversores

EN 1919, EN LA CORTE SUPREMA de justicia de Michigan, se produjo un hecho con consecuencias ideológicas que ya superan los cien años, aunque sus raíces están en la Inglaterra del siglo XVI, como explicaremos en un próximo libro, algo para leer con menos urgencia y ansiedad—al menos esa es la superstición de todo escritor que malgasta su vida investigando cosas que a pocos les interesa y a muchos no les conviene.

Un protagonista y víctima paradójica fue Henry Ford, uno de los tantos millonarios admiradores y condecorados de Hitler, con un sentido aristocrático y racista de las sociedades. Siete años más tarde, su decisión de otorgarles a sus trabajadores uno de los derechos más largamente revindicados por los sindicatos en Occidente, las ocho horas (8-8-8, ocho horas para trabajar, ocho para descansar y ocho para vivir) se basaba en que los obreros debían tener tiempo y poder de consumo para ampliar los negocios de los de arriba. Como Hitler, Ford también se había propuesto producir un auto del pueblo (Volkswagen) que pudiese llevar a un hombre al volante, su mujer al lado y tres hijos detrás.

Para la segunda década del siglo XX, y debido al éxito de las Fort T que todavía ruedan sobe las calles de la antigua ciudad portuguesa de Colonia del Sacramento en Uruguay, Ford Company había acumulado un exceso de capital, por lo cual su gerente, Henry Ford, decidió aumentar el salario de sus obreros. En gran medida se trató de una estrategia publicitaria y, sobre todo, de la sospecha de Ford de que algunos accionistas estaban acumulando ganancias para abrir su propia compañía y competir con la suya (como los Dodge, que ya proveían de piezas mecánicas a la misma Ford), pero en los hechos iba a beneficiar a los obreros de la compañía.

Apenas enterados de los planes de Henry Ford de dejar gotear algo de las ganancias a sus obreros, los hermanos John y Horace Dodge, con un diez por ciento de las acciones de la compañía, demandaron a Ford Co. argumentando que los capitales acumulados pertenecían

a los accionistas, no a los trabajadores, cuyos salarios ya eran competitivos en el mercado. ¿Para qué más? La demanda se basó en la acusación de que los trabajadores les estaban robando el dinero que le pertenecía a los inversionistas.

En 1919, la Suprema Corte de Michigan le dio la razón a los Dodge, lo cual no sólo les permitió recibir un capital extra para iniciar su propia Automotora Dodge y millones de simpáticos autos que invadieron el resto del mundo como prueba de los beneficios del capitalismo, sino que, más importante que eso, sentó un antecedente judicial, cultural e ideológico. Desde entonces, las decisiones de otras cortes y de otros medios convirtieron en dogma escrito la idea de que los capitales y sus beneficios le pertenecen a los accionistas, no a los trabajadores.

De forma explícita, la Suprema Crote del estado determinó que los gerentes de una compañía deben administrar sus compañías para beneficio de sus accionistas, no para la caridad de sus trabajadores. Filosofía que se parece mucho a la del sistema esclavista, abolido medio siglo antes pero gozando de buena salud en el resto de la cultura dominante, reproducido y practicado desde el mogul de los medios William Hearst hasta cada uno de los CEOs de las transnacionales más poderosas del país.

Está de más decir que las mismas obviedades fueron adoptadas y defendidas como la vida en las colonias del Sur Global—y que poco ha cambiado desde entonces.

Astucias del imperio del dólar

ACTUALMENTE, EL DÓLAR CONTINÚA drenando valor de las excolonias, definidas a sí mismas como repúblicas independientes. Por ejemplo, cuando en un país periférico como Angola o Argentina el dólar pierde demasiado valor debido a la orgía de impresiones (de tecleos) en Washington (y luego del "efecto Cantillion") los bancos centrales de esos países salen a comprar más y más dólares. Pero ¿por qué, Dios? Porque si el dólar se devalúa demasiado los empresarios criollos pierden capacidad de competir en el mercado internacional y las exportaciones se deprimen. Sobre todo en economías extractivas (como África y América Latina, donde la burguesía criolla y empresarial no necesita importar materias primas para exportar sus productos manufacturados.

Los países periféricos deben producir algo para comprar dólares y poder, de esa forma, pagar sus deudas; no pueden imprimirlos como lo hace el Rey Midas. Así que, a más demanda de los bancos centrales de la periferia, más se valoriza el dólar y más dólares emite Washington para succionar más valor de los países que lo usan o de los trabajadores que lo mantienen como ahorros de vida.

La asimetría real, una vez más, es encubierta con un discurso simétrico. A través de sus brazos financieros como el FMI y el Banco Mundial, Washington y Europa sermonean sobre la falta de "disciplina fiscal" de los países del Sur Global, de los países deudores, de los países corrompidos por siglos por el imperialismo del Norte. Naturalmente, como ha ocurrido por siglos, los colonizados adoptan la ideología y la moral del colono y repiten el mismo discurso para autoflagelarse o para mantener a las masas productivas bajo control de culpabilidad y obediencia debida.

También en Estados Unidos los políticos no se cansan de reclamar de "disciplina fiscal", cuando ésta nunca ha existido ni importa más que en el mercado electoral que tiene al miedo como principal commodity. De la misma forma que hacen con los impuestos, obligar a los países a tener disciplina fiscal es una forma de

mantenerlos controlados y a disposición de los inversores internacionales. La otra forma es a través de sus deudas nacionales.

El centro pregona disciplina fiscal para sus excolonias, algo que los países acreedores no tienen y nunca tuvieron. ¿Es que acaso existe un país más irresponsable en sus finanzas que Estados Unidos? ¿Es que acaso los políticos estadounidenses pueden acusar a cualquier otro país de corrupción e ineficiencia de sus políticos, como lo hacen con países con economías bloqueadas y destruidas pero sin la posibilidad de acosar, saquear a otros países y mucho menos de imprimir irresponsablemente una divisa global? No, no pueden, pero la maquinaria mediática es tan poderosa que por todos lados encontramos ciudadanos decentes repitiendo estos mismos mitos sobre la corrupción de los países subdesarrollados como si fuesen explicaciones obvias sobre sus problemas económicos y sociales.

Sin embargo, muy probablemente esta orgía monetaria esté llegando a su fin. ¿Tomará veinte, cuarenta años? Imposible saberlo. La persistencia de una alta inflación en Noroccidente podría no solo deberse a hechos circunstanciales como la pandemia del Covid19 y la guerra en Ucrania, sino también al efecto de impresión (y de creación virtual) de dólares en un mundo que lentamente se va desprendiendo de esa divisa global.

La supremacía global del dólar es más importante que cualquier otro recurso, incluso el recurso del millonario poder militar de Estados Unidos, altamente inefectivo y corrupto (el Pentágono no es capaz de explicar la desaparición de miles de millones dólares), ya que éste depende del dólar como del dólar depende el resto de los excesos económicos en el país. Al igual que con la invasión de Irak en 2003 o de Libia en 2011, el objetivo de los años por venir será evitar que esta supremacía desaparezca. Ni siquiera su extendida arquitectura residencial en base a la madera y a un intenso y permanente mantenimiento soportaría este cambio.

Es por esta misma razón que el traspaso de hegemonía de Estados Unidos a China y a otros centros mundiales muy probablemente será violento, aún más violento que la guerra en Ucrania. Al fin y al cabo, no debemos olvidar que el conflicto internacional no sólo ha sido una obsesión anglosajona en su empresa de someter-a-otros-que-podrían-someternos-a-nosotros-si-no-los-sometemos-a-ellos-

primero, sino también ha sido un recurso económico. En los siglos pasados fue un instrumento altamente beneficioso para las arcas de las metrópolis, pero siempre necesitó de una excusa maestra, para convencer al mundo y para convencerse a sí mismo de que lo que debían hacer era una obligación moral.

Más recientemente, y por reducir esta observación sólo al dólar, debemos recordar los dos principales momentos en que esta divisa estuvo bajo cuestionamiento y a un pelo de perder su predominio mundial desde el acuerdo Bretton Woods de 1944.

El primereo fue, como vimos, la desconvertibilidad o abandono del estándar oro en 1971, justo cuando varios países europeos estaban cuestionando esta supremacía deshaciéndose de sus dólares al convertirlo en oro. La desconvertibilidad detuvo este proceso. Aunque produjo varios problemas (como tal vez la crisis inflacionaria de los 70s) tuvo el efecto casi mágico de consolidar la divisa estadounidense como reserva de seguridad, aún que estuviese basada en solo fe en la potencia de la superpotencia.

El segundo momento ocurrió con la creación del euro en 1999. La creación de una divisa con posibilidades de competir con la supremacía del dólar fue seguida del 11 de Setiembre y de las nuevas guerras a gran escala de Washington. El derrocamiento de Saddam Hussein, justo un proponente de usar el euro en lugar de dólares y casi una década después la caída de Mohammad Gadafi, quien había propuesto la creación de una moneda común africana, salvaron al dólar, sino de una caída al menos de una pérdida de poder geopolítico.

Ahora, en 2023 los países del BRICS impulsan un tercer intento de reemplazo del dólar como divisa dictatorial. Debido al ascenso de China y de la notable decadencia interna de Estados Unidos, no es difícil imaginar un fin de la hegemonía del dólar. Sin embargo, recordemos dos factores que ya se han probado en la historia: 1) las divisas creadas para ser compartidas con diferentes economías con diferentes siclos y necesidades económicas no funcionan a la altura del dólar. El Euro debería ser suficiente prueba; pero también un grupo unido por razonables reivindicaciones geopolíticas pero distanciado económica y culturalmente como el BRICS; 2) Washington sabe que la inoculación de conflictos geopolíticos,

militares, no sólo significa ganancias para sus principales corporaciones de las cuales es prisionero, sino que produce un efecto conocido: los inversores y ahorristas corren a la “divisa segura”, el dólar, por una mera razón psicológica y cultural, algo que no se cambia en pocos años. La guerra de Ucrania, las tensiones en Taiwán (iniciadas por Washington, no por Pekín) son parte de un patrón conocido y muy previsible.

Dólares, bonos del Tesoro y cleptocracia internacional

LA ESTRATEGIA DEL SECUESTRO del esfuerzo ajeno y la acumulación de sus réditos no se reduce sólo a los inventos y a las nuevas tecnologías sino a casi cualquier otro aspecto de la vida social, desde (1) el económico (2) el político hasta (3) el narrativo. "Con nuestro éxito y nuestra riqueza, nosotros aportamos a la prosperidad de los países mientras los vagos de abajo nos roban con los impuestos", etc. Máscaras narrativas que, por supuesto, se cultivan en los medios masivos y germinan siempre en una buena porción de los de abajo, porción suficiente para ganar elecciones o mantener el statu quo cuando se pierde alguna.

De la manipulación política para incrementar los beneficios económicos nos detuvimos hace años cuando analizamos la corrupción legal, sobre todo en potencias hegemónicas como Estados Unidos, por la cual las corporaciones evaden impuestos en los paraísos fiscales, presionan a países pobres a través de los bancos mundiales y de sus propias inversiones volátiles ("hot money") por la cual determinan las "políticas correctas" de desregulación, desprotección de trabajadores y destrucción de la soberanía de los países a través de tratados de "libre mercado"— aparte de escribir casi a su antojo las leyes en los países centrales, imperiales o como quieran llamarlos.

A través del control político de los gobiernos, de los parlamentos y hasta del sistema judicial, el gremio de El Uno Porciento controla las instituciones capitalistas e imperiales como el ejército de Estados Unidos, los bancos nacionales e internacionales como el FMI, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio establecen leyes que se aplican según el poder económico y militar de cada país. Gobiernos como el de Washington, administran la divisa global y su fuerza militar para continuar y acelerar la transmisión de riqueza de las clases trabajadoras hacia el Club del Uno.

Un ejemplo más es la dinámica impuestos-bonos del tesoro. En los

últimos cien años, las organizaciones populares como los gremios de trabajadores han sido demonizados por los grandes medios (caso de William R. Hearst a principios del siglo XX, entre otros) hasta desmovilizarlos y casi anularlos. Este proceso, que a partir de los 80 produjo un crecimiento de la diferencia entre producción y salarios, y un distanciamiento entre el Club del Uno y el resto de la población, se aceleró con el aumento del déficit del gobierno de Estados Unidos.

Los gastos de las guerras siempre fueron a las arcas de El Uno. Para eso están. También los sacralizados "recortes de impuestos para estimular la economía". En 2017, por ejemplo, el gobierno de Donald Trump aprobó un recorte de impuestos para los ultra millonarios por billones de dólares, mientras sus votantes y los votantes del partido Demócrata estaban distraídos en una disputa sobre racismo, el patriotismo y el peligro de los inmigrantes pobres de América Central. Este recorte para estimular la economía, como muchos otros, no tuvo ningún efecto en la economía, pero todos los estudios posteriores confirmaron lo más obvio: el único efecto, aparte de crear un abismo en el déficit público, fue que quienes menos necesitaban de una ayuda del Estado incrementaron sus fortunas de forma notable.

Es decir, a más capitales acumulados, más poder político y mediático de El Uno y, consecuentemente, más conflictos entre los de abajo: blancos pobres contra negros, negros contra indios, indios contra mujeres, mujeres contra inmigrantes, inmigrantes legales contra inmigrantes ilegales, jóvenes contra viejos, viejos contra chinos, destra contra sinistra… Bueno, así es como ha funcionado desde siempre y en casi todos los países.

Ahora ¿cómo hace un gobierno para cerrar la brecha entre gastos e ingresos? Una solución es imprimir dinero. Los países del Sur Global no pueden hacerlo, porque producen hiperinflación casi inmediatamente. Washington tiene un margen mucho mayor, porque el dinero que imprime está distribuido por cada rincón del planeta y sus efectos inflacionarios también. Claro que todo tiene un límite. Así que para no imprimir tantos cientos de miles de millones por año la otra opción es emitir "Treasury securities", títulos, notas y bonos del Tesoro, dependiendo del tiempo de maduración de cada

uno. Se llaman seguros porque se asume que el Departamento del Tesoro de Estados Unidos siempre tendrá capacidad de pago—es decir, capacidad de imprimir cada vez que está al borde del default. Otra razón para entender los peligros que acarrea la dolarización de las economía de los países vampirizados por el BM y el FMI, otros dos instru-mentos imperialistas de Washington que les exige e impone a las neocolonias una responsabilidad fiscal que Washington nunca, jamás ha practicado.

¿Quienes compran estos bonos? Los millonarios y las corporaciones ultra millonarias. No los trabajadores. ¿Alguien conoce un compañero de trabajo que ha decidido poner, por decisión propia, sus ahorros en bonos del tesoro de Estados Unidos o de sus propios países? No es algo imposible ni está prohibido por ninguna ley, pero en la práctica son rarezas. Los trabajadores pagan impuestos. Es decir, cuando un trabajador asalariado o el dueño de un pequeño negocio, sea una pizzería o una fábrica de baldosas paga sus impuestos, le está entregando el cien por ciento de ese dinero al Estado. Si recibe algo a cambio será de una forma muy indirecta y a través de un servicio público que no es de su propiedad. Diferente, cuando un capitalista o sus corporaciones compran notas o bonos del Tesoro, lo que están haciendo es prestarle al Estado el dinero que no han pagado en impuestos. Los bonos suelen ser de varios tipos; unos maduran en un año, otros, en quince o en treinta años. En cualquier caso, el prestamista del gobierno no sólo se asegura que su capital estará bien guardado, sino que recibirá el cien por ciento de regreso más intereses. Estos bonos en realidad son Deuda del Estado, las que, llegado el momento de honrar sus compromisos con los inversores, deberán pasarla a los trabajadores en forma de impuestos o de reducción de servicios básicos como salud y educación. Todo en nombre del sinceramiento y la responsabilidad fiscal, “como la de cualquier hogar decente”.

El negocio es redondo y prácticas como estas, legalizadas por las mismas instituciones nacionales y globales, sólo incrementan el poder de los de arriba a costa del sudor de los de abajo, al tiempo que los convence de que si hoy están algo mejor que ayer (en el mejor de los casos), si hoy textean desde un teléfono de última generación mientras que sus abuelos tenían que escribir cartas a mano, todo se debe a las bondades del capitalismo y de que el Club

del Uno ha sido protegido de los destructivos y fracasados críticos de siempre que quieren que los pobres y los vagos vivan del Estado sin trabajar—castigando el éxito de los ricos e impidiendo que la República X no se convierta en un país desarrollado como aquellos que saben cómo hacer las cosas, que tienen “otra cultura y otra mentalidad”, como Inglaterra o Estados Unidos.

Esclavitud moderna

NO ES QUE EL SAGRADO MERCADO no pueda pagar mejor a los trabajadores, sino que no conviene. Una persona en estado de necesidad (atado a deudas o a su pobreza) es un esclavo moderno, dócil, manipulable, funcional. Exactamente como los países endeudados—los endeudados pobres, no los endeudados ricos.

¿Por qué los campesinos en Colombia, responsables de la producción de casi el 80 por ciento del mercado mundial de cocaína, ganan mil dólares por año y solo un kilo de cocaína se vende a 150.000 dólares en Estados Unidos? La respuesta dogmática es una de las mayores estafas del mundo capitalista que se repite en otros rubros, desde el agropecuario, el industrial hasta el profesional: los salarios responden a "la Ley de la oferta y la demanda".

Si los salarios en cualquier cadena productiva estuviesen dictados únicamente por esta ley, los trabajos más duros en la base de la pirámide (donde la oferta laboral es menor que en niveles más altos) o los especialistas en las elites académicas o científicas serían, por lejos, los puestos mejor remunerados. La razón radica en la misma pirámide de poder, justificada por una plétora de excusas propagandísticas que emanan de la micro clase en el poder y se reproducen en sus eslabones funcionales, desde gerentes, subgerentes, expertos en relaciones públicas, comunicadores, propagandistas, políticos, mercenarios, mayordomos, jornaleros hasta mendicantes. Todo fosilizado en instituciones (gobiernos, congresos, medios de comunicación, escuelas, universidades, iglesias, clubes, ejércitos, policías) que garantizan la sacralidad de la propiedad privada como si la existencia de un palacio y una chabola fuesen la demostración de la universalidad de este derecho.

Aparte de la razón capitalista que presiona siempre por una reducción de costos abajo y la maximización de las ganancias arriba, existe una necesidad de mantener a los grupos marginales en estado de perpetua producción a través de la necesidad, como el

endeudamiento o la misma pobreza. Este estado perpetuo de necesidad deshumaniza hasta el grado de aleccionar al esclavo para convertirse en esclavista como premio a su propio sacrificio, algo que con suerte el uno por ciento logra y luego es destacado en las tapas de revistas y en las lecciones de los padres a sus pequeños hijos—no porque todos los padres se creen esta ficción histórica, sino porque deben preparar a sus hijos para sobrevivir en un mundo deshumanizado.

Si esos trabajadores semi esclavos de Colombia tuviesen remuneraciones más altas y mejores condiciones de vida, probablemente se educarían y migrarían a otros sectores de producción y servicios—la misma ilegalidad que hace que el producto sea caro, también hace que los productores sean baratos.

Lo mismo ocurre (sólo por poner un ejemplo más) con el trabajo esclavo en diferentes regiones de Asia, África y América Latina. En muchos casos, los esclavos sin salario del siglo XIX estaban mejor alimentados y menos envenenados que los actuales trabajadores africanos, desde las minas de cobalto del Congo a las montañas de desechos electrónicos de Gana y Tanzania, o a los madereros nativos de Mozambique, con los cuales conviví en los años 90s. Sin duda, en el siglo XIX la diferencia social entre los esclavos y sus amos, aunque obscena, no era tan grande como la que existe hoy entre los productores (llamados hombres y mujeres libres) y los amos de las corporaciones transnacionales.

Como lo expuso el profesor británico Siddharth Kara en su reciente libro Cobalt Red (2023), actualmente cientos de miles de congoleños y decenas de miles de niños son sometidos a las peores formas de esclavitud conocidas para que extraigan cobalto con una pala o con sus manos desnudas. Por un salario de siete dólares diarios cuando tienen suerte (y de dos dólares cuando es un día normal) estos hombres, mujeres y niños desarrollan diferentes enfermedades debido a que el cobalto es toxico al solo contacto con la piel. Sin considerar que esos siete dólares apenas le permite a una familia alimentarse de una forma insuficiente, al tiempo que el largo y doloroso trabajo les impide a sus niños ir a la escuela o tener una infancia digna.

El cobalto es esencial para las baterías recargables de teléfonos,

computadoras y automóviles en todo el mundo y el 75 por ciento se extrae del Congo, país que no sólo posee uno de los peores récords de matanzas imperialistas sino de dictaduras brutales seguidas al asesinato del gran Patrice Lumumba por parte de los belgas en complicidad de la CIA, como no podía ser de otra forma. Todo en nombre de la noble defensa del capital, la propiedad privada (de los ricos) y el progreso de los países desarrollados.

Actualmente, los primeros beneficiados de esta nueva violación del Congo son las corporaciones como como Apple, Tesla, Samsung y los inversores chinos que se dieron cuenta del gran negocio hace más de una década. Luego siguen los consumidores globales, que en su mayoría ignoran o prefieren ignorar la existencia de esclavos modernos. Los primeros perjudicados son los cientos de miles de congoleños esclavos y el ecosistema global, ya que para que esta actividad minera ocurra se han eliminado y se continúa eliminando grandes áreas de bosques naturales—las clásicas externalidades que nunca entran en la ecuación de ningún negocio exitoso.

El solo hecho de que la minería artesanal sea ilegal, como lo es la producción de cocaína, es irrelevante. A los efectos de este análisis, debemos volver a hacernos la misma pregunta del comienzo: si los esclavos congoleños son esenciales en la cadena de comercialización del cobalto y son esenciales en el funcionamiento de nuestro mundo digital, ¿por qué sus salarios están por debajo de las condiciones mínimas de sobrevivencia y sus derechos por debajo de los derechos de los esclavos de siglos pasados?

Porque la deshumanización es un negocio redondo: deshumanización de los productores y deshumanización de los consumidores. ¿Y después se asustan de que la Inteligencia Artificial llegue un día a apoderarse del mundo? ¿No es un pánico del Primer Mundo, como lo es la idea de que dejarán de ser imperios parasitarios? ¿Cuál es la diferencia para un esclavo moderno, incluso para la clase media global, entre ser dominada por los robots o continuar siendo dominadas y explotadas por las elites humanas de siempre?

Habrá que volver a la misma explicación: mantener una masa de población en estado de necesidad es esencial para mantener el poder en la cima de la pirámide. Cada tanto esta brutalidad se

encuentra con algún límite legal, producto de años de activismo social, pero estos límites no son parte de la lógica que gobierna el mundo sino la razón por la cual no todos se han olvidado de que existe algo llamado dignidad humana que, no por mera casualidad, siempre tiene que luchar contra los inconmensurables poderes (económicos, políticos y mediáticos) de los de arriba—y con la complicidad, la indiferencia o la amnesia de unos cuantos de los de abajo.

Privatizadores con patente de corso

DOS COSAS HAY QUE NUESTRO EGO subestima o insiste en negar: una es que somos cavernícolas con teléfonos inteligentes. Nuestras predisposiciones más primitivas, y otras no tanto, condicionan nuestra conducta. Sobre todo cuando se trata de conductas sociales (como elecciones presidenciales), las cuales están cruzadas por sentimientos básicos como el miedo y el deseo. La otra es que la historia no ha cambiado tanto como la imaginamos. Juzgamos apariencias, como las diferencias entre una carreta y un automóvil sin conductor; no el fondo de la historia. Juzgamos períodos como el feudalismo, el capitalismo, la esclavitud y las democracias liberales como especies animales diferentes, cuando unas son la continuación de las otras por distintos medios. No volveré sobre algo que ya exploramos en Moscas en la telaraña, pero veamos otras de estas continuidades subterráneas.

El capitalismo terminó con el feudalismo político, pero no con el feudalismo económico, que es el que realmente importa. Los señores feudales vieron con recelo el creciente poder de los reyes, antecedentes de los Estados modernos, y no dudaron en responder. Descargaron su poder descentraliza-do limitando el poder centralizado del Estado, excepto en el monopolio de la fuerza militar y de la represión policial. Los señores feudales se convirtieron en las poderosas corporaciones, como la East India Company y todas las compañías privadas que extendieron este poder allende los mares, convirtiéndose en una nueva y poderosa forma de imperialismo. Todo en nombre de la libertad, es decir, de la libertad de unos pocos para mandar a unos muchos sin las restricciones de ningún gobierno que pudiese limitar la libertad de empresa.

Los señores feudales se convirtieron en los liberales. No sólo secuestraron el poder de los capitales de las naciones imperiales, sino también banderas populares como la libertad y la democracia. Las mismas banderas que sostuvieron los esclavistas en América, es decir, las familias más ricas hasta que duró la esclavitud legal.

Luego de la Guerra Civil, los esclavistas se convirtieron en las corporaciones más poderosas de Estados Unidos y continuaron luchando por la democracia y la libertad—de empresa.

Los piratas fueron variaciones de estos liberales feudales. Por siglos, fueron empresas privadas más democráticas que los mismos imperios a los que servían y más democráticas que las empresas privadas de hoy. El capitán pata de palo no podía abusar de su poder, por obvias razones, y sus decisiones requerían ciertos consensos del resto.

Veamos brevemente algo que, como la nariz, resulta invisible por su proximidad a los ojos: las palabras, esos seres con una larga y profunda memoria.

En Norteamérica, los piratas de tierra se llamaron filibusters, nombre que les venía de free-booters—con libertad de saqueo. Eran saqueadores privados, apoyados por los gobiernos más rapaces. No eran muy distintos a aquellos piratas de mar que no sólo fueron tolerados, como fue el caso de los piratas ingleses que ayudaron a pagar deudas de la monarquía británica, sino que muchas veces fueron piratas legalizados por sus gobiernos.

En castellano se los llamó bucanereos. Los ingleses buccaneers tenían más poder de coacción que cualquier gobierno colonial en los trópicos. Con el incremento de su poder, se trasformaron en los corsarios, piratas de monta que lograron que las coronas los legalizaran como empresas privadas al servicio del saqueo. Los piratas con patente de corso no solo eran empresas privadas con sus propias fuerzas de defensa, sino también pequeñas democracias con el poder y la vocación de tomar bienes ajenos, de eliminar la competencia y con una íntima relación con sus enemigos, los gobiernos centrales. Capitalistas, en una palabra.

Como en la actualidad, sus robos convirtieron a sus puertos principales en Bahamas y Jamaica en las islas más prósperas del Caribe. No por casualidad, hoy los paraísos fiscales en el mundo son excolonias británicas.

Como en la actualidad, piratas como Henry Morgan invirtieron sus capitales excedentes en diversos negocios, como las prósperas

plantaciones a fuerza de mano de obra esclava.

Como en la actualidad, pero con variaciones de época, algunos lograron convertirse en parlamentarios (Francis Drake) o fueron nombrados caballeros por los reyes de la democrática Inglaterra (Henry Morgan), título, influencia y dinero que heredaría su simiente. En ocasiones, se convirtieron en veneradas estatuas de bronce.

Como en la actualidad, las corporaciones privadas tenían patentes de corso para acosar a otras empresas menores y forzar a los Estados a apoyar su lucha por la democracia y la libertad. La patente no es otra que las múltiples legalizaciones que logran extorsionando a los gobiernos, casi siempre dentro del marco de las layes que ellos mismos lograban que los representantes del pueblo votasen a su favor y para luchar contra la corrupción—ilegal.

La palabra pirata hunde sus raíces en el griego. Hoy es empresario o, más exactamente, el emprendedor, entrepreneur. La línea que dividía al emprendedor del pirata, el bueno del malo, era y continúa siendo, muy fina. Tres siglos antes del concepto de plusvalía, en Inglaterra significaba “one who takes another’s work without permission”—aquel que se apropia del trabajo ajeno sin permiso.

En el Imperio británico, en el francés y en el holandés, los corsarios se llamaron piratas. Si hacían lo mismo que los piratas pero habían sido legalizados, se llamaban privateers. Los privateers surgieron en el siglo XVII, el siglo de la West, de la East India Company y otras compañías privadas que saquearon Asia, África y América con dinero de los accionistas en las capitales imperiales de Europa. Privateer era una persona o un grupo empresarial de carácter privado. Eran piratas legalizados, con poder de extorción. En lenguaje contempo-ráneo, eran paramilitares munidos de armas de guerra, como cañones y acorazados, protegidos por los gobiernos imperiales a cambio de una parte del botín y de colaborar con el acoso geopolítico contra otros imperios enemigos y contra sus propias colonias indefensas.

Como también lo vimos en Moscas en la telaraña, el imperialismo europeo de la Era Moderna comenzó con la privatización de las

tierras comunes europeas y continuó con las megaempresas privadas a finales del siglo XVI, masacrando a cientos de millones de seres humanos, destruyendo y saqueando países prósperos, como India, Bangladesh y China, interrumpiendo sus propias revoluciones industriales y convirtiendo al epicentro anglosajón en ejemplo de civilización, desarrollo, libertad, democracia y derechos humanos.

Luego, por un par de siglos, el imperialismo pasó en gran parte a manos de los gobiernos, como fue el caso de Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Estados Unidos (en este último caso, se suele olvidar que, en su primer siglo de existencia, fue imperialismo territorial, tan brutal y criminal como cualquier otro). Pero las colonias políticas de ultramar no eran económicas ni convenientes para la propaganda legitimadora, por lo que se volvió al origen de la privatización: ¿para qué hacer del Congo o de Bolivia colonias territoriales si se podía alcanzar el mismo objetivo obligándolas a privatizar sus recursos más valiosos? ¿Quiénes son los compradores de cada una de las privatizaciones forzadas (por elecciones con electores hackeados o por renovadas deudas) sino los mismos corsarios de siempre, con sus generosas y multimillonarias inversiones?

Eso que los corsarios llaman libertad—carajo.

Milei en el país de las maravillas

EN 1942 LA BRITÁNICA JULIET Rhys-Williams propuso un impuesto negativo: aquellos con ingresos por debajo de una línea mínima, debían recibir la diferencia de aquellos que ganaran por encima, hasta llegar al mínimo establecido por ley. La idea fue retomada por el ícono del neoliberalismo, Milton Friedman y por el presidente Richard Nixon, pero nunca prosperó. ¿Por qué este repentino gesto de ternura, cuando otros miembros del clan, como la escritora Ayn Rand eran partidarios del egoísmo como fundamento moral? Porque la solidaridad no solo es lo mejor que tenemos los humanos, sino que también conviene.

Las neocolonias fueron más radicales en su fe neoliberal, desde el "sinceramiento" del ministro de economía de Isabel Perón (y López Rega) en los 70, la privatización de bienes y nacionalización de deudas de la dictadura militar, hasta los años 90 de Menem-Cavallo y del resto de América latina. La motosierra volvió con Mauricio Macri en 2015 quien repitió el verso del "sinceramiento de la economía", quitando subsidios a necesidades básicas y desarmando el frágil tejido social, que es el que, en cualquier sociedad civilizada, previene que el castillo de naipes se desmorone. Todos los casos terminaron en catástrofes sociales.

"Ajustar y ahorrar" siempre significa más sacrificios para los de abajo, y una forma de hacerlos "votar bien" es recurrir a otras pasiones, como la religión. En diciembre de 2021, en el Congreso, Javier Milei justificó su fobia a los impuestos porque "los egipcios, ante el avance de los judíos [sic], le habían puesto impuestos… y los judíos se fueron para salir del yugo opresor del Estado". Con frecuencia, recurre a "Moshé" como ejemplo ideológico, pero Moisés nunca defendió la propiedad privada ni el libre mercado. Todo lo contrario. Cuando le quitó las tierras a los cananeos, las repartió entre sus seguidores. Una reforma agraria, socialista pero nacionalista y autoritaria. Quien no obedecía era castigado. La libertad del pueblo elegido no tenía nada que ver con la libertad individual.

El mundo fantástico de Milei nunca existió. Las únicas democracias que prosperaron con el libre mercado de las colonias fueron los brutales imperios de Europa y Estados Unidos, los que vampirizaron el mundo por la fuerza de sus cañones, la impresión e imposición de sus monedas y la masiva propaganda de sus medios. Por eso, para que la colonización sea completa, Milei propone adoptar el señorío del dólar como moneda nacional, como los países africanos deben usar el franco francés para ser explotados mejor. Como si las eternas deudas en dólares no fuesen suficiente esclavitud.

¿Por qué un gran número de jóvenes lo votó? Por generaciones, los jóvenes se habían educado en los libros y en cierto respeto por la herencia milenaria de la humanidad. Aunque muchos continúan esa tradición en las nuevas plataformas, una mayoría está educada en la frivolidad sin memoria y en el desesperado deseo de ser ricos y famosos. Según el viejo fenómeno del "pay dispersion", la mayoría trabaja gratis o por monedas, porque aspira a llegar algún día a los ingresos de los pocos que se benefician del sistema.

En un mundo mercantilizado, donde la ley es "matar o morir", el sadismo no es un ejercicio gratuito sino un negocio. Los influencers multiplicaron este mercado. Excluyendo cuatro o cinco millonarios, son millones de entrepreneurs que pierden años de educación tratando día y noche de hacer cien o mil dólares por mes, burlándose o atacando a alguien más. Esta cultura vacía provee la sensación de libertad, no muy diferente a la de un drogadicto con su primera dosis, o de los ratones de laboratorio que pasan el día apretando un botón porque cada tanto, sin una frecuencia predecible, cae una semilla. Esta cultura del entretenimiento perenne no sólo evita el pensamiento crítico sino que induce a la explosión violenta cuando la adicción no genera el resultado esperado.

Al tiempo que la infantilización de las sociedades se radicaliza, sus pataletas también. El hábito de reaccionar con violencia verbal a las opiniones ajenas se ha transferido a algo más serio, como es votar y elegir líderes que luego nos llevan a otras formas de violencia—e injusticias. Un voto no es un like.

La propuesta de Milei de destruir la educación pública es una de sus coherencias internas. Luego esos mismos entrepreneurs culpan al

Estado de sus fracasos. Si vemos al Estado como el padre (según ellos), se trata de la proyección de un complejo de culpa: nuestro padre es el culpable de todas nuestras frustraciones—en el caso de Milei, como lo ha hecho público, sería un problema personal. Cuando pase la juventud, la fama, el dinero y los sueños de ser millonarios, recurrirán al Estado o, según la prédica de los Milei, tendrán que vender sus cadáveres para que sus hijos puedan comer (todo muy freudiano), como lo profetizó la película Soylent Green en 1973.

Milei es una copia tardía de Ayn Rand, quien llevó al extremo el dogma liberal sobre las bondades del egoísmo y las maldades del altruismo. Aparte de Kropotkin, estudios más recientes han demostrado lo contrario: la cooperación y el altruismo no son ajenos a la naturaleza humana; son mejor valorados en la infancia antes de ser corrompida por una educación egocéntrica y mercantilista.

Todas las grandes religiones y filosofías siempre pusieron un especial acento en la solidaridad y el altruismo. El héroe podía ser un guerrero tribal, pero su sacrificio era siempre altruista. Hasta dioses o semidioses, como Prometeo, Quetzalcóatl y Jesús se sacrificaron en vida por el resto de la humanidad. Ninguno era ni moral ni estéticamente inferior por eso.

Hasta el calvinismo, el egoísmo y la avaricia (cupiditas) fueron pecados capitales. Como lo hemos explicado en Moscas en la telaraña, a partir de la mercantilización de la tierra en la Inglaterra del siglo XVI, de la mano de obra desplazada por el enclosure y la privatización del despojo de las colonias por parte de las poderosas compañías imperiales como la East India Company (con el mismo modelo democrático de los piratas), el egoísmo y la avaricia pasaron a ser valores dominantes: la búsqueda del bienestar individual (bienestar, no bienser) es éticamente superior porque a largo plazo conduce al bienestar del resto—por supuesto que las clases dominantes y los imperios nunca dejaron de saquear y exterminar el resto del mundo en procura del bienestar propio.

Recientemente, un argentino me dijo que “el triunfo electoral de Milei en las primarias fue un voto castigo”, que la gente estaba harta de los políticos. Esto último es comprensible, pero recordemos

que lo mismo dijeron los alemanes en 1933 (también Hitler fue un hijo que sufrió violencia física y también amaba a los perros) y no pocos argentinos que apoyaron el golpe fascista de 1976 decían lo mismo. Si uno está harto de que le roben la casa, tal vez prenderla fuego no sea la solución.

El fascismo no es una ideología; es una condición mental y debe ser tratada con más educación, más cultura, más equidad y más empatía por los débiles. Todo eso que el fascismo siempre intenta destruir.

Milei en la Irlanda de las maravillas

En su mensaje de fin de año, el presidente de Argentina Javier Milei volvió a insistir con su discurso de convertir a la Argentina en una nueva Irlanda—dentro de 45 años. Como todo, la realidad irlandesa no se corresponde con la imaginación de Milei: servicios públicos gratuitos, desde el transporte hasta la salud y la educación, todo como miembro de una comunidad regional…

Pero veamos el antecedente de Irlanda antes que entendiera que ser colonia no forma parte de ningún plan de desarrollo, según el cual Argentina necesitaría 150 años antes de cambiar de rumbo—resumiré aquí una explicación más extensa de Moscas en la telaraña.

Para que la Revolución industrial se produjese, las colonias fueron forzadas a exportar alimentos básicos a Europa, lo que aseguró a su clase proletaria una subsistencia que los campos europeos no podían proveer. El proceso de desarrollo industrial indo-bengalí se interrumpió a fuerza de leyes proteccionistas inglesas, sanciones económicas y por la poderosa razón del cañón imperial, es decir, lo que se llamará más tarde libertad y libre mercado.

Una vez que Irlanda adoptó las nuevas reglas impuestas y se convirtió en competencia para Inglaterra, Londres echó mano al viejo recurso de contradecir su propio sermón para imponer restricciones que impidiesen cualquier independencia de su primera colonia. Los irlandeses debieron venderse a sí mismos como esclavos indenture en las colonias de Norteamérica—inmigrantes ilegales de hoy.

Inglaterra no sólo impuso su enclosure (privatización por cercado) a Irlanda y a Norteamérica, sino también a India y Bengala, con el mismo resultado: al tiempo que las minorías se enriquecían, los pueblos que perdieron sus tierras comunales, su formas de vidas, sufrieron hambrunas con decenas de millones de muertos.

Esta idea novedosa de la propiedad privada según el valor de cambio del mercado y su derecho a la expropiación, se expandió rápidamente. 29 años después de la creación de la trasnacional East India Company en 1599 (cuya bandera tenía trece franjas rojas y blancas), el puritano hijo de terratenientes ingleses y primer gobernador de Massachusetts, John Winthrop, lo resumió así: "Dios ha dado a los hombres un derecho natural y un derecho civil. El primer derecho era natural cuando los hombres poseían la tierra en común… Luego, a medida que aumentaban los hombres y sus ganados, se apropiaron de ciertas parcelas por encierro y se les otorgó un derecho civil… Los nativos americanos no cercan ninguna tierra… Si les dejamos suficiente para su uso, podemos legítimamente tomar el resto".

Aunque no existe ni la propiedad privada ni el libre mercado como ordenes sociales en la Biblia, según Milei "el Estado es el Maligno (Satanás) y el libre mercado es el sistema de Dios". Su repetida referencia, Moisés, era el Estado, un indiscutible dictador, y la Tierra Prometida era propiedad colectiva, arrebatada a otros pueblos por la fuerza, no por las leyes del mercado.

Las supersticiones de Milei surgieron en la Inglaterra del siglo XVII, cuando los más ricos cercaron las tierras comunales, los parlamentos legalizaron el despojo y los intelectuales del poder (John Locke y otros liberales) lo legitimaron para la posteridad. Algunos campesinos tuvieron que competir por el arrendamiento. El resto se hundió en la miseria o emigró a las ciudades donde, más tarde, se convertirían en el proletariado.

El mercado (ahora atrapado en las bolsas) se convirtió en el dictador supremo. Las diferencias sociales en cada país y las diferencias nacionales a nivel global aumentaron. Para 1800, las diferencias entre países alcanzaba un desequilibrio de tres a uno. En la segunda mitad de siglo, la desproporción era 35 a uno. Esto se tradujo en cientos de millones de muertos debidos al nuevo sistema capitalista y a la nunca lograda (más bien destruida) "libertad del mercado".

Irlanda fue la primera república bananera—no Honduras. Para 1840, tenía una población de ocho millones. En 2023, apenas llega a siete. La mitología moderna atribuye este fenómeno a La peste de la papa, pero la

causa de casi dos millones de irlandeses muertos y otros millones de emigrados no fue un hongo, sino el capitalismo. La peste se originó en México y se extendió desde Estados Unidos a Europa. Ni esos países ni la Europa continental sufrieron hambrunas, porque poseían agriculturas más diversificadas.

Irlanda fue el primer laboratorio imperialista de Inglaterra, como las repúblicas bananeras fueron el primer laboratorio de Estados Unidos. Como los imperios occidentales promoverán el monocultivo en sus colonias (oro, plata, azúcar, tabaco, algodón, bananas, café, cobre, carne, inmigrantes, turistas), Irlanda se convertirá en una colonia europea con la papa peruana como monocultivo y principal fuente de calorías de su población. Antes de la plaga, distintos observadores habían denunciado las condiciones de vida paupérrimas de los campesinos irlandeses. Las ganancias de los campesinos eran destinadas al pago de rentas, las cuales eran definidas en Londres por la sagrada Ley de la oferta y la demanda.

Cuando estalló la hambruna, Londres afirmó que el problema se resolvería por magia del libre mercado, al tiempo que los terratenientes exportaban otros productos de Irlanda, como carne y leche, para satisfacer las necesidades del mercado en Inglaterra. William Smith O'Brien de Limerick, en 1846 observó: "lo que resulta más indignante es que la gente se muere de hambre en medio de la abundancia". Historia por demás conocida por otras colonias, como India o Bangladesh.

No por casualidad, el encargado de la crisis de Irlanda, Sir Charles Trevelyan, era un retornado de la brutal administración de India y, no por casualidad, inició el racismo anti irlandés, el cual cruzaría el atlántico detrás de sus víctimas. Trevelyan era un fervoroso defensor del libre mercado y del laissez-faire, superstición conveniente para unos pocos. Como casi todos los fanáticos del libre mercado, recurrió a Dios para explicar los misteriosos fracasos: le echó la culpa a las víctimas: "Dios envió esta calamidad para darles una lección a los irlandeses", declaró. Si China perdió el tres por ciento de su población en la hambruna de 1958-62, solo Irlanda perdió el 12 por ciento un siglo antes.

Ahora, en mucho menos de los 45 años prometidos por Milei, China pasó de ser (económicamente hablando) Mongolia para ser Japón.

El cambio radical no se produjo en un país de diez o de cincuenta millones de habitantes sino en uno con mil doscientos millones y, aunque gran parte de su economía es un capitalismo diferente al capitalismo bélico anglosajón, fue ejecutado por un gobierno comunista. Entiendo que el secreto de China radicó en que no pudo ser fragmentada y endeudada (neocolonizada) a tiempo, como en la Guerra del Opio, como en cualquier otro caso de amenaza independista.

No, no propongo a China como modelo de nada, sino como refutación. El punto es, ¿por qué no dejar que Argentina sea Argentina, con todas sus variaciones posibles? ¿No es ese el verdadero principio de la prosperidad, del bienestar y de la dignidad de cualquier país que se precie de no ser una maldita colonia?—dale, Javier, reflexiona; fuentes confiables me han dicho que lees esta contratapa.

¿Es malo que una empresa del Estado tenga déficit?

EN OCTUBRE DE 2023, EL CANDIDATO presidencial argentino Javier Milei volvió a insistir que “es un oxímoron tener un Estado empresario, porque no cumple el rol de un empresario. La realidad es que debería correrse del medio, porque cuando lo hace el sector privado lo hace mucho mejor”. Cuando Milei dice que el Estado “no cumple el rol de un empresario” está en lo cierto, por las razones equivocadas. Las empresas estatales suelen tener déficits porque cumplen una función social que, más que a los pobres, beneficia a las empresas privadas. Por las buenas razones y por las malas también.

Washington y las corporaciones que lo asaltaron a finales del siglo XIX (en reemplazo de los esclavistas derrotados en 1865) siempre lo tuvieron claro: un déficit del gobierno es un superávit de las empresas privadas. De hecho, cada vez que el gobierno tuvo superávit, se debió inventar una guerra para convertirla en déficit, como fue el caso de la Guerra de Corea, harto estudiado por economistas de verdad.

“El mejor sistema de salud posible —complementó el candidato libertario— es un sistema de salud privado donde cada uno pague sus servicios; debemos eliminar la asistencia social directa”.

Puede que parezca repetitivo: el ejemplo de “las empresas privadas que lo hacen mejor” se prueba como una falacia en los mismos “países exitosos” como Estados Unidos. Bastaría con volver a los múltiples ejemplos que prueban la función central en la economía de los Estados y del gobierno.

En Estados Unidos, la educación y la salud son las más caras del mundo. Si todavía las universidades (antros progresistas, según los libertarios) mantienen un prestigio en investigación, se debe a dos razones: 1. La creación de dólares de la nada; el privilegio de ser un país imperial hace que el Estado y sus instituciones privadas inviertan en investigación mucho más que cualquier otro país. 2. Históricamente, esa misma facilidad económica para la

investigación y la enseñanza ha absorbido los mejores estudiantes y académicos de todas partes del mundo, los cuales han sido autores de la mayoría de las patentes e investigaciones producidas en este país.

El caso de la salud es aún más evidente: por lejos, es el sistema de salud más caro e ineficiente del mundo. Sus médicos suelen estar atrapados en la maraña de las empresas privadas, como las farmacéuticas. No es raro que alguien que no procede de esa área de especialidad deba informarle a los médicos de las últimas investigaciones producidas en las universidades de donde estudiaron ellos mismos. Para no hablar de la responsabilidad de estas compañías privadas en generar la epidemia de opioides y su inefectividad en prevenir los millones de adictos y los cien mil muertos por año por sobredosis, con un sistema que privilegia el tratamiento antes que la prevención. Business.

¿Por qué? Aquí viene otra depravación del mega negocio privado: el sistema de salud aquí está comercializado, inflado en sus precios por los beneficios desorbitantes de las aseguradoras, corporaciones que se benefician de una población enferma, no sana. Si la situación no es peor, es porque hay un Estado poniendo algunos límites, como controles de calidad… Todo en detrimento de “la libertad de hacer grandes negocios”.

En educación, las escuelas chárteres y los váuchers han canalizado el dinero de los impuestos a través del maldito Estado hacia el sector privado, lo que no solo ha producido un empobrecimiento de la educación pública sino también una comercialización de la educación privada, donde los jóvenes no son estudiantes sino clientes. ¿Esto es hacerlo mejor?

Un Estado no es una empresa cuya razón de ser son las ganancias propias, no la vida ajena. Un Estado debe cumplir con múltiples servicios sociales, incluyendo el apoyo a las empresas privadas, por lo cual, frecuentemente, tiene déficits. Estos déficits son ganancias, no solo de los de abajo; sobre todo de las mismas empresas privadas de los de arriba.

Milei and Co.: “¡La libre competencia es la libertad que lo resuelve todo!”.

El dogma de la “libre competencia” (el mercado desatado) no sólo es contradictorio sino también autodestructivo. La libre competencia del mercado lleva en su interior la semilla de la destrucción de la libre competencia.

¿Cuál es el ejemplo más perfecto de libre competencia en cualquier sociedad? Podemos encontrarlo en los deportes, desde el fútbol hasta las carreras de atletismo. Allí están los ejemplos más radicales de libre competencia (si dejamos de lado las condiciones sociales, como el capital de un club para comprar los mejores jugadores del mundo). Tanto el fútbol como una carrera de atletismo son lo más aproximado a una verdadera libre competencia porque están rodeados de múltiples y estrictas reglas restrictivas.

La lista de prohibiciones es numerosa (una de mis preferidas en el fútbol es la ley del offside) y sólo deja libre lo que se intenta medir: la resistencia, la técnica, la superioridad de un atleta o de un equipo. Estas reglas apuntan a la abstracción de toda ventaja que no sea el talento y el mérito táctico del individuo o del equipo.

Diferente, el dogma del libre mercado es autodestructivo porque cualquier ventaja lograda por cualquier competidor (supongamos el caso utópico de que todos los compe-tidores partieran con las misma igualdad de condiciones) es usada a favor del individuo o del grupo para limitar y destruir la libre competencia. A medida que la diferencia de poder entre el “exitoso” y el “perdedor” aumenta, la libre competencia disminuye hasta desaparecer. Las grandes corporaciones no compiten; destruyen la competencia.

El principio de que mi avaricia y mi egoísmo es bueno para los demás, nunca fue verificado. Todo lo contrario. Recientemente, el experimento de microcréditos fue un éxito en muchos países pobres (hasta en Estados Unidos) y un fracaso en otros países como Camboya, donde creó endeudados. El misterio se debe, según el premio Nobel Muhammad Yunus, a que todos los fracasos se dieron cuando se administró el microcrédito como un negocio y no como un instrumento social. El objetivo natural de la avaricia benéfica de los liberales nunca funcionó, aparte de ser la primera responsable de la destrucción del planeta que sus creyentes niegan contra toda evidencia. No sólo fue un dogma, sino la ideología más perversa de los últimos cuatro siglos.

Las ideas ultraliberales de La Libertad Avanza ni siquiera son ideas. Son viejos dogmas que nunca se aplicaron en sus imperios amados, sino en las colonias donde fracasaron de forma repetida y sistemática. Al inicio del Postcapitalismo, son una reacción apasionada y visceral, propia de todo dogma moribundo. Pero todavía tienen oportunidades de ganar elecciones y de fracasar aún más estrepitosamente que antes.

Ahora, supongamos que Milei se convierte en presidente de Argentina, que la princesa besa un sapo que se convierte en un príncipe y que Argentina se convierte en Estados Unidos. Aun así, habrá que preguntarse si vale la pena una civilización asentada en la insensibilidad psicópata, en el desprecio por “el perdedor”, por el semejante que nos da todo el sentido de estar vivos.

Índice de nombres

1836, 9, 11, 25

1860, 11

1945, 11, 14, 18, 85

ad hominem, 7, 9, 65, 66, 68

Adam Smith, 88, 96, 100, 104

Adolf Bruno Heusinger, 12

Alan Greenspan, 107

Albert Schnez, 13

alt-right, 35

Angela Merkel, 41

Anthropic, 104

antiimperialista, 68, 83

antiperonismo, 18

Apple, 81, 117

AR-15, 36

Arthur Miller, 85

Assange, 59

Augusto Pinochet, 17

Ayn Rand, 16, 107, 121, 123

Aza Raskin, 81

Bahía Cochinos, 25

Banco Mundial, 27, 31, 111, 113

Barrett, 51

Batista, 91

Bauhaus, 85

BCE, 29

Benny Hill, 20

Bertolt Brecht, 85

Biblia, 69, 125

Biden, 36, 40

Bill Crosby, 79

Bill Gates, 81

Bioy Casares, 87

BlackRock, 31

BM, 28, 114

Boko Haram, 79

bot, 39, 40, 42, 44

Bots, 7, 38

Braden, 18, 86

BRICS, 112

Brooke Allen, 71

Cambridge Analytica, 45

capitalismo, 8, 14, 15, 22, 28, 29, 30, 46, 60, 61, 62, 65, 69, 74, 98,

99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 107, 110, 115, 118, 119, 125, 126

capitalista, 8, 12, 13, 14, 16, 24, 30, 32, 48, 60, 62, 65, 69, 70, 95, 97, 99, 107, 115, 116, 125

Carl Brigman, 41

Carlos Menem, 86

CBS, 89

CEO, 81

Charles Gustav Binderup, 75

Che Guevara, 70

Chiquita, 10

CIA, 10, 13, 17, 29, 43, 45, 46, 48, 57, 59, 77, 85, 86, 91, 117

cipaya, 48

cipayismo, 88

Ciudadanos Unidos, 31

Clarence Thomas, 51

clasismo, 7, 38, 40

Claudio Williman, 71

Clinton, 36, 37, 82

CNN, 37, 82

Cobalt, 117

cobalto, 117, 118

colonialismo, 30

complejo industrial militar, 13

Confederación, 11, 14, 48, 55, 86

Consenso de Washington, 17, 99

consumismo, 7, 72

Corán, 69

Cordell Hull, 85

corpofeudal, 31

Covid19, 111

Dan Crenshaw, 24

David Ricardo, 100

David Thoreau, 58

Deepmind, 104

Discord, 76

Disney, 82, 84

Doctrina Monroe, 20, 24

Doing Business, 31

East India Company, 100, 119, 120, 123, 125

Edad Media, 47, 72, 76

Edgar Maddison Welch, 36

Edward Bernays, 23, 45, 58, 75

efecto Cantillion, 110

Einstein, 74, 89

El Chavo, 20

El Chavo del 8, 20

El Paso, 10

Elon Musk, 30, 44, 105

enclosure, 125

entrepreneur, 120

Ernst Ferber, 13

esclavitud, 7, 9, 10, 11, 12, 23, 25, 28, 30, 34, 48, 53, 54, 55, 58, 60, 78, 84, 92, 97, 100, 101, 117, 118, 119, 122

Esclavitud, 8, 116

Eugen Gomringer, 74

Eugene Ionesco, 85

Facebook, 30, 40, 42, 81

fake, 40, 45

fanatismo, 16, 23, 24, 37, 41, 48, 67, 72, 74, 92, 97

Fascismo, 7, 60

feudalismo, 14, 30, 101, 107, 118, 119

Fidel, 57

FMI, 27, 29, 64, 99, 106, 111, 113, 114

Fondos buitres, 7, 49

Fort Knox, 21

Francis Drake, 120

Francis Fukuyama, 77

Frank A. Vanderlip, 76

Franklin D. Roosevelt, 13, 27, 77

Frantz Fanon, 38

Franz Joseph Schulze, 13

Frederick Funston, 79

Frente Polisario, 44

Friedman, 27, 97, 107, 121

Gabriel Boric, 57

Gadsden, 86

García Lorca, 85

George Creel, 80

George H. Bush, 17

George Orwell, 83

George Santos, 90

Giorgia Meloni, 33

Goebbels, 38

Gorsuch, 51

Goya, 72

GroupMe, 42

Guerra Civil, 12, 14, 55, 77, 119

Guerra Fría, 14, 22, 29, 77, 83, 88

Hanan, 45

Hans Rosling, 47

Hans Speidel, 13

Hayek, 27, 88, 97

Hegel, 39

Heinrich Himmler, 13

Henry Ford, 34, 75, 109

Henry Morgan, 120

Hezbollah, 44

Hillary Clinton, 35, 36, 37, 82

Hitler, 11, 12, 13, 32, 41, 83, 85, 109, 124

Hollywood, 14

Hugo Chávez, 44

IA, 42, 44, 104

impuestos, 9, 32, 54, 58, 63, 111, 113, 114, 115, 122, 128

inmigrantes, 7, 9, 10, 20, 21, 22, 36, 41, 42, 64, 78, 114, 124, 126

Inteligencia Artificial, 103, 118

ITT, 10

Jacobo Árbenz, 86

James Alefantis, 35

James Polk, 9, 37, 82

James Story, 17

Jane Akre, 89

Jawbone, 81

Jeffrey Sachs, 17

Jesús, 15, 67, 69, 83, 123

Johannes Steinhoff, 13

John Atkinson, 56

John Podesta, 35

José Martí, 22, 41

Joseph Stalin, 12

Juliet Rhys-Williams, 107, 121

Jünger Habermas, 89

Karl Schnell, 13

Kathleen Clark, 49

Kathleen Connors, 73

Kavanaugh, 51, 79

Kim Kardashian, 76

Ku Klux Klan, 73

Kyle Herrig, 51

lawfaire, 83

Leah Pearlman, 81

Lee Salazar, 21

Leonard Leo, 50, 51

Leslie Moonves, 89

liberalismo, 33, 34, 60, 61, 101

libertad, 7, 9, 10, 11, 12, 14, 16, 19, 22, 25, 27, 28, 29, 31, 32, 34, 46, 47, 48, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 62, 65, 66, 67, 68, 69, 71, 73, 77, 84, 86, 87, 88, 89, 91, 92, 97, 100, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 128

libertario, 7, 9, 127

libertarios, 64, 71, 127

libre mercado, 31, 34, 64, 67, 100, 101, 113, 122, 124, 125, 126, 129

Lindsey Graham, 23

llamada Sedition Act, 58

López Rega, 86, 121

Maduro, 18

Maine, 24, 37

makuas, 38

Malcolm X, 83, 84

Mammón, 15

Marci, 33

María Elvira Salazar, 22

Mario Vargas Llosa, 32

Mark Twain, 35, 58, 77, 85

Mark Zuckerberg, 30

Martin Luther King, 83, 107

Marx, 70, 71

McDonald’s, 14, 82

MediaQuant, 37, 82

Microsoft, 42, 80

Milei, 8, 22, 33, 35, 66, 67, 86, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129

Moisés, 67, 122, 125

Mozilla, 81

Mundo libre, 23, 56, 59, 83

narrativa, 10, 27, 32, 41, 60, 70, 77

nazis, 7, 11, 12, 13, 34

negros, 11, 24, 38, 41, 42, 54, 55, 60, 67, 71, 75, 77, 78, 79, 85, 92, 114

neofascismo, 33, 35, 60, 61

neofedualismo, 101

neoliberales, 27, 34, 64, 104, 106

Newton, 18

Nicholas Eberstadt, 97

Nino Gavazzo, 98

Nri, 16, 101

Obama, 36

Ocasio-Cortez, 49, 50

Occidente, 9, 12, 13, 58, 59, 67, 109

Octavio Paz, 68, 107

OpenAI, 104

OTAN, 7, 11, 12, 13, 40, 45, 63, 67

Patria, 48, 66

Patrice Lumumba, 117

Patriot Act, 59

Paul Singer, 49, 50, 51

PBI, 31

Pegasus, 43

Pepsi, 10, 88

Perón, 23, 86, 121

Pink Floyd, 84

piratas, 47, 119, 120, 123

Pizzagate, 36, 37

Polanyi, 101

Postcapitalismo, 129

Pulqui, 23

QAnon, 37

Racismo, 21

Ralph Reed, 89

Raúl Castro, 57

Rebecca Latimer Felton, 37, 41

redes sociales, 23, 35, 37, 38, 39, 40, 45, 61, 62, 75, 80, 81, 82, 104, 105

Reinhard Gehlen, 13

Reinhard Klingler, 38

Richard Nixon, 107, 121

Robert McChesney, 76, 89

Roberts, 51

Ron DeSantis, 25, 35, 59, 85

Rothschild, 102

Rutherford Hayes, 100

Sam Houston, 11

Samsung, 117

Samuel Alito, 49, 50

Samuel Huntington, 77

Samuel Woolley, 45

Sandy Parakilas, 81

Sean McFate, 45

Sean Parker, 81

Siddharth Kara, 117

Silicon Valley, 81

Spruille Braden, 18, 85

Standar Oil, 10

State Street, 31

Stephane Grimaldi, 14

Steve Wilson, 89

Stormy Daniels, 79

Super PACs, 31

Suprema Corte, 31, 50, 79, 96, 110

Tay, 42, 44

Tea Party, 35

Team Jorge, 44, 45

Tesla, 117

TexaCo, 10

Texas, 7, 9, 10, 11, 24, 54

The Alamo, 14

The Big Three, 31

The Liberator, 53, 55

TikTok, 76, 80

Torá, 69

Trump, 21, 25, 33, 36, 37, 39, 40, 41, 44, 79, 82, 114

Turing, 40, 89

Twitter, 30, 35, 40, 42, 44, 76, 81

Ubuntu, 16, 101

UFCo, 10, 57

Unión Soviética, 11, 12, 13, 14

Vanguard, 31

Versalles, 32

Víctor Hugo Morales, 65

Victoria Woodhull, 56

Volkswagen, 109

Wall Street, 31, 63, 104

WikiLeaks, 31, 35

Wikipedia, 44

William Hearst, 34, 110

William Lloyd Garrison, 53

Wolfgang Schäuble, 30

Yanis Varofakis, 29

Zo, 42

zurdos, 7, 63, 64

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

1. Carme Manuel, Guía bibliográfica para el estudio de la literatura norteamericana

2. Carme Manuel, ed., Teaching American Literature in Spanish Universities

3. Russell DiNapoli, The Elusive Prominence of Maxwell Anderson's Works in the American Theater

4. José Beltrán, Celebrar el mundo: introducción al pensar nómada de George Santayana

5. Nieves Alberola, Texto y deconstrucción en la literatura norteamericana postmoderna

6. María Ruth Noriega, Challenging Realities: Magic Realism in Contemporary American Women's Fiction

7. Belén Vidal, Textures of the Image: Rewriting the American Novel in the Contemporary Film Adaptation

8. Santiago Juan Navarro, Postmodernismo y metaficción historiográfica: una perspectiva interamericana

9. Antonio Lastra, La Constitución americana y el arte de escribir

10. Yvonne Shafer, The Changing American Theater: Mainstream and Marginal, Past and Present

11. Vicente Cervera y Antonio Lastra, eds., Los reinos de Santayana

12. David Hamilton, Textualities: Essays on Poetry in the United States

13. Carme Manuel and Paul S. Derrick, eds., Nor Shall Diamond Die: American Studies in Honour of Javier Coy

14. Maurice A. Lee, The Aesthetics of LeRoi Jones/Amiri Baraka: The Rebel Poet

15. Xavier García Raffi, Alfred North Whitehead: un metafísico atípico

16. Carmen Rueda Ramos, Voicing the Self: Female Identity and Language in Lee Smith's Fiction

17. Maurice A. Lee, The Image of Women in Literature of the Harlem Renaissance

18. Paul Scott Derrick, “We Stand Before the Secret of the World”: Traces Along the Pathway of American Romanticism

19. Javier Alcoriza, El poder de la escritura. La ética literaria de Henry Adams

20. J. Hillis Miller, Zero Plus One

21. Francisco Collado, El orden del caos: literatura, política y posthumanidad en la narrativa de Thomas Pynchon

22. Ana María Fraile Marcos, Planteamientos estéticos y políticos en la obra de Zora Neale Hurston

23. Suzanne Greenslade, Under the Magnolias: Growing Up White in the South

24. Miriam López and Mª Dolores Narbona, eds., Women’s Contribution to Nineteenth-Century American Theatre

25. Susana Mª Jiménez Placer, Katherine Anne Porter y la Revolución Mexicana: de la fascinación al desencanto

26. Fabio L. Vericat, From Physics to Metaphysics: Philosophy and Allegory in the Critical Writings of T. S. Eliot

27. Juan J. Coy, Entre el espejo y el mundo. Texto literario y contexto histórico en la literatura norteamericana (I)

28. Juan J. Coy, Entre el espejo y el mundo. Texto literario y contexto histórico en la literatura norteamericana (II)

29. Antonio Lastra, Emerson transcendens. La trascendencia de Emerson

30. Juan I. Guijarro y Ramón Espejo, eds., Arthur Miller: visiones desde el nuevo milenio

31. Manuel Vela Rodríguez, La lucha contra el nihilismo: la recuperación platónica de Stanley Rosen

32. Jesús Ángel González López, La narrativa popular de Dashiell Hammett: 'pulps,' cine y comics

33. Mercedes Peñalba, Sinclair Lewis: la ironía como conciencia crítica

34. Gabriel Torres Chalk, Robert Lowell: la mirada de Aquiles

35. Antonio Lastra, Herencias straussianas

36. Mª Rosario Ferrer Gimeno, El viaje de Helen Hanff a 84, Charing Cross Road

37. Fernando Beltrán Llavador, La encendida memoria: aproximación a Thomas Merton

38. Carme Manuel, La reconstrucción del Sur en la narrativa de George W. Cable y Thomas N. Page

39. Paul S. Derrick, Norma González y Anna M. Brígido, La poesía temprana de Emily Dickinson: el primer cuadernillo

40. Douglas Edward LaPrade, Censura y recepción de Hemingway en España

41. Elvira del Pozo Aviñó, ed., Integralism, Altruism and Reconstruction: Essays in Honor of Pitirim A. Sorokin

42. Carolina Núñez Puente, Feminism and Dialogics: Charlotte Perkins Gilman, Meridel Le Sueur, Mikhail M. Bakhtin

43. Rosa María Díez Cobo, Nueva sátira en la ficción postmodernista de las Américas

44. María Frías, José Liste and Begoña Simal, eds., Ethics and

Ethnicity in the Literature of the United States

45. Maria del Guadalupe Davidson, The Rhetoric of Race: Towards a Revolutionary Construction of Black Identity

46. Rodrigo Andrés, Herman Melville: poder y amor entre hombres

47. Gerald Vizenor, Literary Chance: Essays in Native Survivance

48. Douglas Edward LaPrade, Hemingway and Franco

49. Mary Chesnut, Páginas de un diario de la Guerra Civil, trad. y ed. Carme Manuel

50. Sarah Orne Jewett, La tierra de los abetos puntiagudos, trad. y ed. Paul S. Derrick y Juan López Gavilán

51. Charlotte Perkins Gilman, Mujeres y economía, trad. y ed. Empar Barranco Ureña

52. Frances E. W. Harper, Iola Leroy, o las sombras disipadas, trad. Ángeles Carreres; ed. Carme Manuel

53. Olga Barrios, The Black Theatre Movement in the United States and in South Africa

54. Mª Gema Fernández Sampedro, El viaje en la ficción norteamericana: símbolos e identidades

55. Mary Rowlandson, La verdadera historia del cautiverio y restitución de la señora Mary Rowlandson, trad. y ed. Elena Ortells

56. Empar Barranco Ureña, Willa Cather: el reverso de la alfombra

57. Beatriz Ferrús Antón, Sor María de Ágreda: historia y leyenda de la dama azul en Norteamérica

58. Jack Kerouac, Mexico City Blues (Sesenta Poemas), trad. y ed. Rolando Costa Picazo

59. Fred Hobson, A Southern Enigma: Essays on the U.S. South

60. Constante González Groba, On Their Own Premises: Southern Women Writers and the Homeplace

61. Agustín Reyes Torres, Walter Mosley's Detective Novels: The Creation of a Black Subjectivity

62. Nancy Prince, Vida y viajes de la señora Nancy Prince, trad. Sergio Saiz; ed. Carme Manuel

63. A. Robert Lee, USA: Re-viewing Multicultural American Literature

64. Mar Gallego and Isabel Soto, eds. The Dialectics of Diasporas: Memory, Location and Gender

65. Graziella Fantini, Shattered Pictures of Places and Cities in George Santayana's Autobiography

66. Elena Ortells Montón, Truman Capote, un camaleón ante el espejo

67. María Jesús Castro Dopacio, Emperatriz de las Américas: la Virgen de Guadalupe en la literatura chicana

68. Louisa May Alcott, Louisa May Alcott: tres relatos de adultos, trad. y ed. Miriam López Rodríguez

69. Emilia María Durán Almarza, Performeras del Dominicanyork: Josefina Báez y Chiqui Vicioso

70. Francisco Javier Rodríguez Jiménez, ¿Antídoto contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-1969

71. Rubén Vázquez Negro, Sam Shepard: el teatro contra sí mismo

72. Juan José Coy, Mark Twain o el sentimiento trágico del humor

73. Douglas Edward LaPrade, Hemingway prohibido en España

74. Elisa María Martínez Martínez, Hitchcock: imágenes entre líneas

75. Michael Rockland, Un diplomático americano en la España de Franco

76. Nephtalí de León, Chicanos: Our Background and Our Pride

77. Teresa Gómez Reus, ed., ¡Zona prohibida! Mary Borden, una enfermera norteamericana en la Gran Guerra

78. Víctor Junco Ezquerra, Cristina Garrigós, Daniel Fyfe, Manuel Broncano, ed., El 11 de septiembre y la tradición disidente en Estados Unidos

79. Carlos X. Ardavín Trabanco, Jorge Marí, coord. Ventanas sobre el Atlántico: Estados Unidos-España durante el postfranquismo (1975-2008)

80. Beatriz Ferrús Antón, Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: entre España y las Américas

81. José Beltrán, Manuel Garrido, Sergio Sevilla, eds. Santayana, un pensador universal

82. Paul Mitchell, Sylvia Plath: The Poetry of Negativity

83. Yvonne Shafer, Eugene O'Neill and American Society

84. Rolando Costa Picazo, ed. Emily Dickinson: oblicuidad de luz (95 poemas)

85. Urszula Niewiadomska-Flis, The Southern Mystique: Food, Gender and Houses in Southern Fiction and Films

86. Fernando Savater, Acerca de Santayana, ed. José Beltrán y Daniel Moreno

87. Carmen Castilla, Diario de viaje a Estados Unidos. Un año en Smith College (1921-1922), ed. Santiago López-Ríos Moreno

88. Paul S. Derrick, Nicolás Estévez, Gabriel Torres Chalk, ed., La poesía temprana de Emily Dickinson: Cuadernillos 2 & 3

89. Judit Ágnes Kádár, Going Indian: Cultural Appropriation in Recent North American Literature

90. Lisa Ann Twomey, Hemingway en la crítica y en la ficción de la España de postguerra

91. Elena Ortells Montón, Prisioneras de salvajes: relatos y confesiones de mujeres cautivas de indios norteamericanos

92. Constante González Groba, ed., La mujer en la literatura femenina del sur de los Estados Unidos

93. Márgara Averbach, Caminar dos mundos: visiones indígenas del mundo en la literatura y el cine de Estados Unidos

94. Dídac Llorens Cubedo, T.S. Eliot and Salvador Espriu: Converging Poetic Imaginations

95. Cristina Martínez-Carazo, Almodóvar en la prensa de Estados Unidos

96. Ángel Chaparro Sainz, Parting the Mormon Veil: Phyllis Barber's Writing

97. Fabio Nigra, Historias de cine: Hollywood y Estados Unidos

98. Constante González Groba, ed., Unsteadily Marching On: The U.S. South in Motion

99. Thomas E. Chávez, Manuel Álvarez (1796-1856): un leonés en el Oeste americano. Trad. Imelda Martín Junquera

100. Félix Martín Gutiérrez, Retorno a la historia literaria norteamericana: itinerarios críticos y pedagógicos

101. Juana Celia Djelal, Melville's Antithetical Muse: Reading the Shorter Poems

102. Candela Delgado y Cristóbal Clemente, ed., Identidad y disidencia en la cultura estadounidense

103. José Antonio Gurpegui, Hemingway and Existentialism

104. Juan Miguel Company, Hollywood: el espejo pintado (1901-2011)

105. Eva Pich Ponce, Marie-Claire Blais y Margaret Atwood: bellas bestias, oráculos y apocalipsis

106. Thomas S. Harrington, Livin' la Vida Barroca: American Culture in an Age of Imperial Orthodoxies

107. Simon Ortiz, Un buen viaje. Trad. y ed. Márgara Averbach

108. Rubén Peinado Abarrio, Learning To Be American: Richard Ford's Frank Bascombe Trilogy and the Construction of a National Identity

109. Erza Pound, Ezra Pound: Primeros Poemas (1908-1920). Trad. y ed. Rolando Costa Picazo

110. Rae Armantrout, Rae Armantrout. Poemas (2004-2014). Trad. y ed. Natalia Carbajosa

111. Noelia Hernando Real, Voces contra la mediocridad: la vanguardia teatral de los Provincetown Players, 1915-1922

112. Paul S. Derrick, Nicolás Estévez, Gabriel Torres Chalk, ed., La poesía temprana de Emily Dickinson: Cuadernillos 4, 5 & 6

113. Teresa Requena Pelegrí, Gertrude Stein: teatro y vanguardia

114. Maria Christina Ramos, Mapping the World Differently: African American Travel Writing about Spain

115. José Manuel Benítez Ariza, Un sueño dentro de otro: la poesía en arabesco de Edgar Allan Poe

116. Alex Fernández de Castro, La masía, un Miró para Mrs.

Hemingway

117. A. Robert Lee, Americas: Selected Verse and Vignette

118. Laura López Peña, Beyond the Walls: Universalism in Herman Melville's Clarel

119. Nicolás Estévez, ed., Remando de noche: la poesía de Donald Wellman

120. Fernanda Bustamante y Beatriz Ferrús, coords., Miradas cruzadas: escritoras, artistas e imaginarios (España-EE.UU., 1830-1930)

121. Valeria L. Carbone & Fabio Nigra, eds., El pensamiento crítico desde Sudamérica: tres años de Huellas de Estados Unidos

122. Márgara Averbach, Leer antes: crítica literaria en suplementos culturales

123. Ana Fernández-Caparrós, El teatro de Sam Shepard en el Nueva York de los sesenta

124. Oreto Doménech i Masià, Poesia digital: Deena Larsen i Stephanie Strickland

125. Oreto Doménech i Masià, Poesía digital: Deena Larsen y Stephanie Strickland

126. Juan José Calvo García de Leonardo, Traslación, agresión y trasgresión: guerra y sexo ilícito en doce extractos de Hemingway, Mailer, Updike y Nabokov

127. Fabio Nigra, ed. El buen vecino: Estados Unidos desde Argentina y Brasil

128. John Howard, White Sepulchres: Palomares Disaster Semicentennial Publication

129. Paul Scott Derrick, Lines of Thought: 1983-2015

130. Beatriz Ferrús y Alba del Pozo, coords. Mosaico transatlántico: escritoras, artistas, imaginarios (España-USA, 1830-1940)

131. Sonia Petisco, Thomas Merton's Poetics of Self-Dissolution

132. Carolina Soria Somoza, Hombres sin atributos: masculinidades en la ficción chino-americana contemporánea

133. Juan F. Trillo, Tom Wolfe: cronista de la Norteamérica sin Dios

134. Andrés Sánchez Padilla, Enemigos íntimos: España y los Estados Unidos antes de la Guerra de Cuba (1865-1898)

135. Paul S. Derrick, Nicolás Estévez y Francisca G. Arias, ed., La poesía temprana de Emily Dickinson: Cuadernillos 7 & 8

136. Leandro Palencia, Todd Haynes: manierismo queer en Lejos del cielo

137. Gabriel Torres-Chalk, Mi ataúd abierto: Robert Lowell y la subversión de la elegía

138. José Manuel Benítez Ariza, Cosas que no creeríais. Una vindicación del cine clásico norteamericano

139. Alex Fernández de Castro, Tras el rastro de La masía, Miró y Hemingway: viajes y entrevistas

140. Santiago Posteguillo, Los relatos de Carson McCullers: viaje hacia la génesis de un estilo

141. Luis Pérez Ochando, Noche sobre América: cine de terror después del 11-S

142. Márgara Averbach, Contra la muerte en vida: literatura y cine contemporáneos estadounidenses e instituciones totales

143. Nieves Alberola Crespo, Susan Glaspell y los Provincetown Players: laboratorio de emociones (1915-1917)

144. William Allegrezza, Epics of the Americas: Whitman's Leaves of Grass and Neruda's Canto general

145. Nailya Garipova, La cultura rusa en las obras de Nabokov

146. Bárbara Gudaitis, Vanesa Cotroneo, María Laura Cucinotta, Magdalena Testoni, eds., Escribir bajo amenaza: identidad y resistencia en las literaturas afroamericana y amerindia de los Estados Unidos

147. Carmen Rueda-Ramos and Susana Jiménez Placer, eds., Constructing the Self: Essays on Southern Life-Writing

148. Jorge Majfud, U.S.A. ¿Confía Dios en nosotros?

149. Jorge Majfud, Neomedievalism. Reflections on the Post-Enlightenment Era

150. Vicent Cucarella Ramon, Sacred Femininity and the Politics of Affect in African American Women's Fiction

151. Paul S. Derrick, Nicolás Estévez y Francisca González Arias, La

poesía temprana de Emily Dickinson. Cuadernillos 9 & 10

152. Thomas S. Harrington, A Citizen's Democracy in Authoritarian Times: An American View on the Catalan Drive for Independence

153. Sonia Petisco, Thomas Merton: pasión por la palabra

154. Kevin Richard Kaiser, An Ethics Beyond: Posthumanist Animal Encounters and Variable Kindness in the Fiction of George Saunders

155. Isabel Robles i Encarna Sant-Celoni, Adrienne Rich: Twenty-One Love Poems: Vint-i-un poemes d'amor (1974-1976)

156. Aviva Chomsky, Unwanted People

157. Valeria L. Carbone y Mariana Mastrángelo, ed., Anatomía de un imperio: Estados Unidos y América Latina

158. Walt Whitman, Días ejemplares. Trad. y ed. Santiago Rodríguez Guerrero-Strachan

159. Isabel Castelao-Gómez y Natalia Carbajosa Palmero, Female Beatness: mujeres, género y poesía en la Generación Beat

160. Hasan G. López Sanz, La pintura de frontera de George Catlin:

una etnografía entre la escritura de viajes y la imagen

161. Urszula Niewiadomska-Flis, ed. Ex-Centric Souths: (Re)Imagining Southern Centers and Peripheries

162. Emilio Sales Dasí, Blasco Ibáñez en Norteamérica

163. Toni Montesinos, El fruto de la vida diversa. Artículos sobre literatura norteamericana

164. Valeria L. Carbone, Una historia del movimiento negro estadounidense en la era post derechos civiles (1968-1988)

165. Nephtalí de León, La Llorona, A Spirit Unable to Rest (Un ánima que no descansa)

166. Juan Carlos Calvillo Reyes, Emily Dickinson: un estudio de poesía en traducción al español

167. Rita Dove, Thomas y Beulah, Rita Dove. Trad. y ed. Márgara Averbach

168. James Fenimore Cooper, Cuentos para quinceañeras, James Fenimore Cooper. Trad. y ed. de Marcelo G. Burello y Alejandro Goldzycher

169. María Jesús Rodríguez Hernández, Las heridas de la ausencia. Poesía de nostalgia en Canadá y Estados Unidos

170. Jorge Majfud, Perros sí, negros no: las raíces y los frutos del racismo estadounidense

171. John Howard, Felling & Pining

172. Anna M. Brígido-Corachán, ed. Indigenizing the Classroom: Engaging Native American/First Nations Literature and Culture in Non-Native Settings

173. Ignacio F. Rodeño Iturriaga, Four Books, One Latino Life: Reading Richard Rodriguez

174. Pilar Illanes Vicioso, Tennessee Williams y la Norteamérica de posguerra

175. Alfonso Martínez Berganza, Hemingway en la España taurina

176. Maite Aperribay Bermejo, Ecoxicanismo: autoras chicanas y justicia medioambiental

177. Rebeca Gualberto Valverde, Wasteland Modernism: The Disenchantment of Myth

178. Ana Pol Colmenares, Las voces de Theresa Hak Kyung Cha: trauma, silencios, balbuceos

179. Jorge Majfud, La privatización de la verdad: la continuidad de la ideología esclavista en Estados Unidos

180. Daniel Pinkas, ed. Recently Discovered Letters of George Santayana / Cartas recién descubiertas de George Santayana. Trad. Daniel Moreno, presentación José Beltrán

181. Carolina Fernández Rodríguez, American Quaker Romances: Building the Myth of the White Christian Nation

182. Benjamin Drew, The Refugee: Narratives of Fugitive Slaves in Canada. Trad. y ed. Vicent Cucarella Ramon

183. Christine Jensen Hogan, Un pas de deux, un pas de Dieu: Anne Bradstreet y Thomas Merton, una conversación. Trad. y ed. Fernando Beltrán Llavador

184. John Howard, Truths Up His Sleeve: The Times of Michael Cacoyannis

185. Rodolfo F. Acuña, Occupied America: The Chicanos Struggle toward Liberation. Trad. y ed. José Juan Gómez-Becerra

186. Carme Manuel, ed. The Slave's Little Friends: American

Antislavery Writings for Children

187. Noelia Hernando-Real, Rosas en la arena: los relatos de Susan Glaspell

188. Eusebio V. Llácer Llorca, El placer estético del terror: tres cuentos de Edgar Allan Poe

189. Jorge Majfud, El otoño de la plutocracia americana

190. Malena López Palmero, Del paraíso ultramarino al infierno colonial: Virginia (siglos XVI-XVII)

191. Nieves Alberola Crespo, Susan Glaspell: teatro, vanguardia y humor (1917-1918)

192. Sandra Llopart Babot, African American Women's Literature in Spain: Translation and Reception

193. Sara Martín, Detrás de la máscara: masculinidades americanas en el documental contemporáneo

194. Gérald Préher and Frédérique Spill, eds., Facets of the American South: Essays on a Peculiar Region

195. Andrea Burgos Mascarell & Miguel Martínez López, El ocaso de koinonia : la distopía en la literatura norteamericana

196. Donald Wellman, Ejercicios romanos. Trad. Francisca González-Arias

[1] Más allá del viejo Patio trasero, desde 1971 a 1977 y con un presupuesto de cinco millones de dólares (más de 30 millones a valor de 2020), el Programa de Educación Internacional en Ginecología y Obstetricia entrenó 500 médicos en 60 países, entre ellos el Chile de Pinochet y el Irán del Shah. El 21 de abril de 1977, el director del Federal Government's Office of Population, el doctor R. T. Ravenholt informó que el objetivo de Washington era esterilizar 570 millones de mujeres pobres, un cuarto de todas las mujeres fértiles del mundo. (La frontera salvaje. 200 años de fanatismo anglosajón en América Latina, 2021, p. 502.)

[2] Ver "Libertad de expresión hoy y en tiempos de la esclavitud" y "La libertad de expresión bajo vigilancia".

[3] Las leyes no prohibieron explícitamente que los esclavos aprendieran a leer y escribir. Prohibieron que quienes sabían hacerlo les enseñaran a leer y escribir a los esclavos. De la misma forma, hoy en día no hay leyes que prohíban la educación de nadie, sino todo lo contrario. Pero diversas políticas hacen que la educación sea inaccesible para quienes, por ejemplo, no pueden pagarla, al mismo tiempo que se estimula el comercio del entretenimiento, de la distracción, es decir, del ejercicio opuesto a la educación.

[4] Esta interpretación quedaba grabada a fuego por la misma constitución de 1861 que, al mismo tiempo que consolidaba el derecho a la esclavitud, trataba de erradicar el mal ejemplo de "negros libertos" que podían ser introducidos desde el norte y a los cuales, en gran medida, se los exportó a Haití y a África, donde fundaron Liberia. La sección 9 establecía: "Queda prohibida la importación de negros de raza africana de cualquier país extranjero que no sean los Estados o Territorios esclavistas de los Estados Unidos de América; el Congreso está obligado a aprobar leyes que impidan efectivamente esta posibilidad".

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

Este volumen es una selección de ensayos y reflexiones sobre las vicisitudes de la civilización noroccidental que indagan en temas como la crisis cultural y mediática, la radicalización de la cultura de la distracción, la ingeniería psicológica y electoral de las elecciones, el dogma de los mercados y la sacralización medieval de aquellas corporaciones que han secuestrado las democracias y que han convertido sus procesos electorales en rituales vacíos. Se trata, en realidad, de los riesgos de legitimidad y confianza ideológica a los que están siendo sometidas las democracias liberales, tanto por sus promesas de libertad y prosperidad como por su práctica autoritaria en nombre de la democracia. Siguiendo la expresión creada por el politólogo estadounidense Graham T. Allison en 2015, Jorge Majfud cree que nos encontramos ante un terremoto geopolítico producido por la trampa de Tucídides, es decir, ante el peligro de guerra que genera el violento temblor a perder de la hegemonía anglosajona.

Universitat de València Publicacions PUV